

ELENA STANCANELLI

---

*La mujer desnuda*



---

ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

# **LA MUJER DESNUDA**

**ELENA STANCANELLI**



**ANAGRAMA**

Panorama de narrativas

*Título de la edición original:*  
La femmina nuda

Edición en formato digital: octubre de 2018

© de la traducción, Pilar González Rodríguez, 2018

© La nave di Teseo editore, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3992-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

El sexo es todo el encanto que se requiere.

PHILIP ROTH, *El animal moribundo*

La actividad sexual es tanto el origen de efectos terapéuticos como de consecuencias patológicas. Su ambivalencia hace que sea en ciertos casos susceptible de curar, mientras que en otros, por el contrario, es de tal naturaleza como para inducir enfermedades; pero no siempre resulta fácil determinar cuál de los dos efectos podrá tener porque es una cuestión de temperamento individual, de circunstancias particulares y de estado transitorio del cuerpo.

MICHEL FOUCAULT,  
*Historia de la sexualidad, vol. 3: La inquietud de sí*

El modo en que tuve la prueba de que Davide se tiraba a Perro fue increíble y ridículo como una leyenda urbana. Ya sabes, esas historias de la vieja que te lleva en su coche y a la mañana siguiente te enteras de que lleva más de veinte años muerta, o el cachorrito de perro rodesiano que al crecer se transforma en un monstruo caníbal.

Estaba en casa esperando a unas personas con las que tenía una cita de trabajo. Serían las tres, las cuatro de la tarde. Me llamó Davide y hablamos un rato, no recuerdo qué nos dijimos, nada importante. La típica llamada breve y de trámite.

Vivíamos juntos desde hacía cinco años y habíamos entrado en la fase en que es crucial limitar los enfrentamientos. Él era agresivo, yo pesada, bastaba una palabra, una frase y empezaba la discusión. Me encolerizaba por tonterías frente a las que él reaccionaba gritando y dando portazos, golpeando las botellas en la mesa. Las llamadas telefónicas formaban parte de su estrategia, ser amable, pero estar atento, no quitar ojo al enemigo. Interpretar las pausas, los tonos de la voz. Antes de volver a casa por la tarde siempre llamaba y si notaba que había peligro decía que llegaría tarde, que me fuera a la cama sin esperarlo. Y colgaba para que no le pidiese explicaciones.

También aquella vez nos despedimos a toda prisa, solo que él no colgó. Probablemente fue una distracción. Es difícil valorar el sentido de algunos gestos, sobre todo cuando llegan en momentos en los que se está en equilibrio. Es como darle un codazo en la cara a alguien que está intentando sujetarse.

Quiero que sepas, Valentina, que sin ti no lo habría conseguido. Lo digo en serio. Si un día te lo preguntaran, en uno de esos juegos de sociedad tan del gusto de los escritores judíos, podrías decir que le has salvado la vida a alguien. A mí. Sentándome frente a ti, noche tras noche, durante todo un año. Mi año en el reino de la idiotez. Hablándome, aunque sabías que no te escuchaba. Teniéndome a tu lado, estuviera como estuviera. Sé lo difícil que

fue. Mi desesperación, desproporcionada para lo que me estaba sucediendo, era enorme e incomprensible. Y por eso, por haberla soportado sin demostrármelo siquiera, te estoy todavía más agradecida.

Lo hiciste porque me quieres. Y porque era evidente que estaba hundida. No escondía el desánimo, la incapacidad para reaccionar, la angustia que me subía a oleadas, como la leche al pecho de una madre. Pero lo que mostraba, lo que te decía, era solo una parte de la verdad. Y aun siendo grotesca, no era la peor. Lo verdaderamente repugnante, todas las cosas horribles y desquiciadas que hice, las mantuve ocultas. No te las contaba porque me avergonzaban. Esperaba que las intuyeses, pero objetivamente era imposible. Nunca habrías podido imaginarlas, conociéndome.

Por eso he decidido contártelas ahora. Quiero decirte lo que de verdad pasó en el año que comenzó con la llamada que Davide olvidó cortar. No porque crea que te doy algo agradable, no regalas bolsas llenas de basura a las personas que quieres. Ni porque esté obsesionada por el deseo de ser honesta contigo. Creo que para ti y para mí no hay diferencia. La cuestión, ya lo sabemos, nunca es la verdad, sino el bien.

Y tampoco te cuento esta historia para mostrarte lo que he aprendido, porque no he aprendido nada. No he extraído ninguna máxima que pueda serme útil en otro momento, no he reforzado mis defensas, no me he vuelto mejor. Tampoco estoy segura de que me haya servido de lección como para evitar que me vuelva a suceder. Al contrario. Ahora sé que nada te mantiene de verdad a salvo de la estupidez, menos aún lo que crees ser, las herramientas que llevas contigo. La inteligencia, la experiencia, los libros. Nada. Y saberlo no me hace más fuerte sino, al contrario, más frágil y más triste. Como los ancianos que caminan cautelosos porque saben que sus huesos pueden desmigarse con solo un paso en falso.

Me he convertido en una persona dañada.

Cuando te sucede algo malo, un accidente, una enfermedad, o algo estúpido pero increíblemente doloroso como me sucedió a mí, te conviertes en una persona dañada. Para siempre. Soy como un utensilio cualquiera que ha caído al suelo. Lo arreglas y vuelve a funcionar, pero conserva dentro el trauma de la caída. No sabemos cuándo, ni siquiera sabemos si pasará, pero podría estropearse otra vez. Y sería una consecuencia de esa antigua caída.

Como te decía, Davide me llamó y después no colgó.

Pero ¿por qué no colgué yo?

En cualquier otro momento de mi vida lo habría hecho. Me conoces, siempre he sido el tipo de persona que en estas circunstancias cuelga. Nunca me ha interesado descubrir la verdad profunda oculta bajo las apariencias. Yo creo en las apariencias. Siempre me había bastado lo que veía, lo que me decían. Era inmune a la pasión por las intrigas, por los dobles fondos. Ya conoces a esos que cuando leen algo sobre los grandes procesos dicen en mi opinión es inocente. Yo siempre pienso que es culpable por el solo hecho de que ha sido acusado. Si todo no puede conocerse, tampoco basta con sabérselas todas, ¿no?

Pensaba que era así, pero me equivocaba. En vez de colgar me puse a escuchar, callada como un muerto. A espiar lo que él decía sin saber que le estaban escuchando.

Dejé el teléfono en la mesa con el manos libres. Oía los ruidos de la calle, voces desconocidas. Oía la voz de Davide, primero en el bar, después en el taller. Me eché a temblar. Durante cada minuto de aquel suplicio, durante cada segundo, sabía que estaba cometiendo un error. Pero estaba excitada. Más que cuando simplemente estás haciendo algo indebido. Estaba excitada como cuando estás esperando el castigo.

«¿Ves a esa de ahí? Me la habría tirado en cuanto se cortó el pelo.» Le dijo a un tipo cuya voz no reconocía. Y después: «De todos modos cuando tengo ganas de follar tengo a esta y a esta y a esta...»

Una lista de mujeres entre las que no estaba yo, todavía su legítima compañera. Las conocía a todas: una cocainómana con más años que yo, incapaz de entender y de querer, una tipa muy baja y con la cabeza grande que revoloteaba siempre a su alrededor y me preguntaba riendo nerviosamente cómo podía estar con una persona como Davide, una profesora de guardería que llevaba falda con zapatillas deportivas y que cada vez que me veía apartaba la mirada.

Y Perro.

A la que él, por supuesto, llamaba por su verdadero nombre. La única a la que yo no había visto. Sabía de su existencia porque Davide me la había nombrado el suficiente número de veces como para levantar sospechas hasta en la persona menos maliciosa del mundo. Era una clienta del taller.

Un día Davide empezó a hablarme de esta, que tenía un perro que se llamaba Perro.

«¿Qué perro es?»

«Un mestizo.»

No me lo contó porque le pareciese algo gracioso sino porque tenía necesidad de nombrarla. Como hacemos con las personas que nos gustan. Desde ese momento empezó a nombrarla a menudo y sin que viniera a cuento. Decía mira, un coche como el de ella, o ¿sabes que la ensalada es más difícil de digerir que un filete?, me lo ha dicho ella. También el padre de ella tiene una casa en Londres, me dijo cuando fui a Londres.

«Así, es como ese.»

«¿Qué?»

«Perro. El perro de ella. Es como ese.»

Me lo dijo enseñándome un perro pequeño, un cruce de caniche y jack russell terrier.

«Feíto.»

Dije yo. Pero Davide no sonrió.

Por fin, después de escuchar la lista de sus amantes, a la que, gracias a Dios, no siguió una exposición de sus prestaciones y especialidades, colgué el teléfono. Esperé un par de minutos y le llamé. Le dije que se había olvidado de colgar. Davide dijo ¿qué? Le dije he oído todo lo que has dicho. Se quedó callado. ¿No tienes nada que decir? No, dijo. Y colgó.

En ese momento sonó el timbre. Eran las personas que estaba esperando, mi compromiso de trabajo. Durante toda la tarde no hice más que excusarme, levantarme e ir al baño a llorar, llevándome el teléfono por si me llamaba. Esperaba unos minutos, me quitaba el maquillaje corrido, me volvía a maquillar y volvía con ellos. Hasta que les pedí que aplazáramos el encuentro, que no me encontraba bien. Me parecieron aliviados.

«Benditos sean los olvidadizos, pues superan incluso sus propios errores.» Es una sentencia de Nietzsche y una frase de Kirsten Dunst en *¡Olvídate de mí!* de Michel Gondry. Una de mis películas favoritas, ya lo sabes. La he visto muchas veces. Incluso hace unos días, antes de empezar a

contarte esta historia. Me parece que tiene mucho que ver con lo que me ha sucedido a mí. O quizá, sencillamente, con cualquier historia de amor.

Clementine (Kate Winslet) y Joel (Jim Carrey) son dos treintañeros con algún que otro fracaso a la espalda. Se encuentran en un tren un día en que él había decidido ir a otra parte y después, sin una verdadera razón, había cambiado de idea. Hasta la mitad de la película no sabemos por qué lo ha hecho, cuál era su misterioso presentimiento. Ella habla mucho, él dibuja en un cuaderno, parece molesto, pero es solo tímido y un poco melancólico. Se enamoran, se aman con alegría, después se dejan. Están desesperados, los dos. Pasado un tiempo, Joel entra en una librería y allí está Clementine, en la caja. La saluda, pero ella no lo reconoce. Después llega un chico que la besa y ella no se incomoda en absoluto. Joel está aturdido, se va, no entiende. Se lo cuenta a sus amigos, que al final confiesan y le enseñan una tarjeta impresa. Dice: «Clementine Kruczynski se ha hecho borrar la memoria de Joel Barish. Por favor, no vuelvan a mencionarle esa relación. Gracias. Lacuna Inc.»

Joel entonces pide cita en la misma clínica, la Lacuna Inc. Lleva consigo algunos objetos que le habían pertenecido a ella, habla con el médico y decide que su tratamiento se aplicará la noche siguiente. Se dormirá con los electrodos en la cabeza y los técnicos aprovecharán su sueño para limpiarle a fondo el cerebro y quitarle cualquier rastro de Clementine. Pero los técnicos son chapuceros y en un determinado momento Joel se despierta, se da cuenta de lo que sucede y cambia de idea. Trata de aferrarse como sea a Clementine y a su recuerdo antes de que desaparezcan del todo. La esconde en la memoria de su niñez, esperando que los técnicos no la encuentren, grita y se desespera para que no se desvanezca también ella junto con la imagen de la casa de la playa donde se conocieron. Al escapar, se reencuentran en su cama, pero en la playa; hay un torbellino de cosas, viento, lluvia...

Mucho antes de que suceda esto, Joel y Clementine van de excursión. Es de noche, hace muchísimo frío pero se tumban sobre una placa de hielo. Ella tiene el pelo azul y la cara vuelta hacia él, que lleva un gorro de lana y mira al cielo. A sus pies, en el hielo, hay una gran grieta con forma de estrella. Acaban de conocerse, o tal vez de reconocerse, y han decidido hacer una tontería juntos. Una de esas cosas que nadie haría nunca solo y, difícilmente, con un amigo. No algo heroico, ni delirante, ni excitante, ni algo que contar a

los demás. Una cosa tonta que siempre habíamos querido hacer pero no habíamos encontrado la persona adecuada a quien proponérsela. Es una imagen que explica a la perfección qué es el amor.

Era un período malo, ya lo he dicho. Ya no nos gustábamos. Las personas cambian, casi siempre a peor. Se aburren una de otra y desaparece la magia. Cuando ya no estamos enamorados somos como jugadores que han agotado los tiempos muertos, los penaltis, los cambios. Seguimos ahí, en directo y sin rincones donde escondernos. Nos miramos a los ojos y sentimos incomodidad y cierto disgusto. Alguno lo consigue, sigue adelante. Más allá, tras el disgusto, debe de haber una especie de paraíso de las parejas. Gente que se divierte, que se dice la verdad sin dejarse herir, que desaparece y después regresa sin dar explicaciones.

Davide y yo no lo conseguimos. Cuanto más se basa una pareja en el encanto recíproco -y no en su complicidad, inteligencia, decisiones compartidas- tanto más difícil es cruzar ese umbral. Y nosotros éramos así al principio: inexplicablemente enamorados.

Davide es una persona con muchos secretos, pero incapaz de mentir. Y, por otra parte, yo nunca he estado obsesionada con la fidelidad. Así es que la razón por la que me quedé escuchando no fueron los celos.

En aquellos días, Davide me desafiaba. Se comportaba de un modo cada vez más impertinente para ver hasta dónde aguantaría yo. Cuando comprendí su táctica, en vez de hacer que la dejara, empecé a fingir una especie de torpes celos. Nunca lo había hecho, con nadie, así que me esforzaba. Le preguntaba, por ejemplo, por qué nunca recibía sms por la noche, por qué se apartaba de mí para responder al teléfono, pedía explicaciones sobre la incomodidad que se percibía cuando nos encontrábamos a una de sus amigas. Me decía que estaba loca, que me lo estaba inventando.

Lo hacemos todos, también yo lo he hecho. Nadie admite nada a no ser que lo pillen con las manos en la masa. Pero Davide hacía otra cosa peor: me agredía. Cuando se sentía acorralado se volvía violento.

Comencé a pensar que, si lo hubiese pillado, se habría rendido y habríamos interrumpido esa cadena de mentiras y agresiones.

Lo sé, Vale, es la idea más estúpida del mundo. Digamos que no sé si lo pensé de verdad o si era solo una excusa porque quería hacerlo. Quería desenmascararlo, pero también colarme en sus tejemanejes. La mezquindad es irresistible. Tratamos de ser decentes, pero apenas nos dejamos ir, volvemos a ser desagradables, a comportarnos de manera indigna.

Hablar de esto contigo habría sido el verdadero antídoto. Si te lo hubiese dicho, si te hubiese dicho desde el principio lo que estaba pasando, me lo habrías impedido. Me lo habría impedido yo misma con solo pronunciar en voz alta ciertas palabras. Si te hubiera dicho tan solo lo estoy espiando, quizá me habría detenido.

Pero no lo hice.

Pero espera, Vale, no creas que me siento víctima. Ni siquiera estoy segura de tener razón.

Mi sufrimiento era la vergüenza. Y de aquella vergüenza soy responsable. Ocurra lo que ocurra en mi vida de ahora en adelante, nunca dejaré de ser la persona que se comportó de aquel modo. En aquellas circunstancias, es cierto. Pero de aquel modo.

Es la razón por la que te cuento esta historia. Una historia que según mi modo habitual de pensar no debería contarse. Porque es indigna, y la dignidad es lo primero. Pero en nuestras existencias, hablo de las que tenemos a nuestro alcance en estos años y en esta parte del mundo, ¿dónde quedaría la dignidad? No quiero justificarme, pero lo que me ha pasado a mí, el modo en que, poco a poco, la obsesión ha suplantado a la vida, ¿no es quizá uno de los rasgos comunes de nuestras biografías?

Sospecho que hay algo equivocado en la idea que tenemos de la condición humana. Como una tabla inclinada en la que toda la inteligencia se acumula en un lado. Yo siempre he estado en esa parte, la parte correcta, racional, inteligente. Después cambió la inclinación y me deslicé al otro lado. El lado oscuro, estúpido, inútil. Donde no te aclaras, donde no eres más que una cosa temblorosa y desorientada.

Si existe esa parte, y cualquiera puede llegar a ella muy fácilmente, no debería juzgarse con tanta dureza. Pero quizá sea por eso, porque con muy poco se acaba allí, por lo que la despreciamos tanto. El castigo a nuestra arrogancia está cerquísima, como el mendigo de la acera que te ve pasar todas las mañanas.

Hay una enorme cuota de sufrimiento en la vida. El mundo es injusto y está lleno de cosas inaceptables. Las conocemos: el hambre, las guerras, el racismo, la muerte, la enfermedad. Cosas que están fuera de nosotros y que nos convierten en víctimas.

Pero el ser humano es miserable, también es miserable. Estúpido, vil, indigno. Presa de un sufrimiento arrebatado del que es el único responsable. Este sufrimiento existe. De hecho, es el más extendido y el más difícil con el que hay que vérselas porque solo te deja vileza.

Algunos de nosotros, yo incluida, tenemos el mito del heroísmo, de la lealtad, del orgullo. Querríamos existencias de las que sentirnos orgullosos, sufrimientos adecuados a nuestra estatura moral. Puede suceder, raramente. A mí no me ha sucedido, a mí me ha tocado un destino desmañado y un poco ridículo. Pero es el mío, y tal vez no solo mío.

Por eso te cuento esta historia. Porque también estas historias pasan.

Después de aquella llamada, Davide no volvió a casa durante algunos días. No recuerdo si le pedí yo que no volviera o si no nos dijimos nada y lo decidió por su cuenta. Da igual. No me importa saber quién tiene la culpa, quién tiene más culpa, quién causó el colapso.

A Davide sí. Él quería la absolución. No iba a parar hasta que yo reconociese su inocencia. Y el hecho de que fuese claramente culpable no cambiaba su defensa. No buscaba atenuantes, no decía que nosotros dos estábamos mal y que por eso él se había puesto a buscar a su alrededor. Tampoco me decía que yo fuera pelma, solo decía que él no había hecho nada. Sostenía, contra toda evidencia, que no era cierto que él se tirara a cualquier mujer que entrase en su taller.

Ya lo sabes, me importa tan poco el descubrimiento del culpable que las novelas policíacas me dan sueño. Inicié mi caza de pruebas por un motivo diferente: esperaba que al encontrarlas interrumpiría ese proceso de falsedad y violencia. Pero era un poco más complicado que eso.

No las buscaba por él, ni por nosotros, las buscaba por mí. Era una práctica sadomasoquista que solo tenía que ver conmigo. Lo demuestra el hecho de que a partir de un determinado momento incluso dejé de enseñárselas. Me las guardaba, eran mi pasatiempo, mi perversión.

No creo que Davide lo sospechase. Ante todo porque, como tú, él no tenía

ni idea de lo que de verdad estaba haciendo yo. Y cuando descubría algo, no podía imaginar que se tratase solo de la parte emergida, que debajo hubiera todo un iceberg de mezquindad. Nadie habría podido, y menos aún él.

Davide siempre comprendió poco de mí y yo de él, lo que convirtió nuestros cinco años de historia en agitados pero divertidos. Como te he dicho, no éramos de esas parejas inteligentes que hablan y encuentran soluciones. Ni siquiera en los períodos en que nuestro amor funcionaba. No había casi nada en común entre nosotros dos. Las cosas que nos unían eran tan escasas que ni siquiera podría citarlas. Si hubiésemos participado en uno de esos concursos con preguntas sobre la afinidad de la pareja, habríamos quedado los últimos.

Lo nuestro era una historia de amor y nada más. Sin grandes discursos, sin proyectos. Davide era la persona con quien hacer tonterías. Si me lo hubiese pedido, me habría tumbado a su lado en el hielo a contemplar las estrellas como Clementine. Y no tanto porque confiase en él -y confiaba muchísimo, hasta que estalló el infierno-, sino porque pensaba que hacerlo con él sería divertido. Más aún, que era la única persona en el mundo con quien sería divertido hacerlo. De todas las cosas por las que me desesperé en aquel período, quizá esta sea la única sensata: nunca habrá otra persona con la que me divierta estar tumbada sobre una placa de hielo contemplando las estrellas.

La gente me preguntaba a menudo qué me unía tanto a Davide. Sobre todo durante el año que viví en el reino de la idiotez, el que comenzó con la llamada de teléfono. La gente -no tú, tú nunca- me preguntaba qué tenía de especial nuestra historia para que yo llevara tan mal la separación.

La respuesta es nada. No tenía nada de especial. Ninguna historia especial. El amor nunca es especial.

Pasados unos días, Davide volvió a casa. Espontáneamente o porque yo le había pedido que regresara, como de costumbre no estoy segura. Lo único que recuerdo son unas maletas con ropa que iban y venían.

Cualquiera habría esperado que tratase de complacerme de todas las formas posibles, de hacerme olvidar lo que había sucedido. Que dejase de ver a las mujeres enumeradas en la llamada, que fuese amable conmigo, que tratase de reconquistarme. Todo lo contrario. Davide había vuelto a casa por

el motivo opuesto, para vencer.

Comenzó a rebuscar en mi móvil y en mi ordenador. Encontró algo, sí. Siempre que rebuscas en alguna parte encuentras algo. Si eres suficientemente obstinado y estás obsesionado, asocias, superpones, confrontas. Había pruebas de una traición y otras pruebas inocentes por completo y mal interpretadas.

Mis traiciones y las tuyas son muy diferentes, intentaba explicarle. Aunque, no hace falta decirlo, no era un argumento fácil de sostener. Sin embargo es sustancial.

En primer lugar, Davide era compulsivo. Desde que decidió que la fidelidad se había terminado, se tiraba a cualquier mujer que le pasara cerca. Después, y esta es la cuestión crucial, no era capaz de esconderse. Yo sí. Yo separaba los dos mundos. Basta con ser racional, nada de llamadas a las horas en que se está juntos, explicar claramente a la otra persona, al amante, cuáles son los límites, no perder la cabeza. Mis traiciones estaban en una zona que nunca entraba en contacto con nuestra vida, la mía y la de Davide. Si él no hubiese rebuscado, no se habría enterado de nada. Eso es una pareja. Un lugar en el que dos personas tratan de comportarse de manera que no creen problemas al otro. Ser buenos escondiendo las huellas de una traición o cualquier cosa que pueda herir al otro es el único modo de mantener en pie una relación. Aparte de la fidelidad, claro está, que es un talento de muy pocos.

En una pareja es necesario ser leales, pero es inútil y peligroso ser sinceros. Ahí estamos, yo era leal y él no. Y esta última ocurrencia suya de volver a casa para echarme la culpa era lo más desleal del mundo. Estaba furiosa, pero a él no le importaba. Solo quería que yo admitiera parte de la culpa y así hacer tabla rasa: si yo era culpable, todos eran culpables, entonces todos eran también inocentes.

Pero ¿de qué servía la inocencia?

Se había enamorado de aquella mujer, de Perro. Esa es la razón por la que la había tomado conmigo.

Para estar segura, para estar segura de que la rabia de Davide se debía a que se había enamorado de Perro, empecé a leer todos los mensajes de su móvil. Me levantaba por la noche, cuando él estaba dormido, y me encerraba

en el baño con su teléfono. Alguna vez se acordaba de borrarlos, a veces borraba alguno pero quedaba parte de la conversación, que yo tenía que reconstruir.

Así encontré aquel mensaje: te quiero. Seguido de otro mensaje: estoy loco por ti.

Mientras Davide hacía la maleta por enésima vez, se lo dije. Le has escrito te quiero, le dije. Estoy loco por ti, ¿te das cuenta? ¿Por qué sigues diciendo que eres inocente y por qué quieres estar conmigo si estás enamorado de otra?

Te quiero no significa una mierda, me dijo. ¿Cómo que no significa una mierda? Nada, es solo un modo de hablar.

Ahora ya lo sabía todo, más allá de cualquier duda razonable: Davide se tiraba a todas las mujeres que yo imaginaba que se tiraba y se había enamorado de Perro. No había más que averiguar y, además, estábamos en cierto modo separados, aunque en cierto modo no nos dejábamos del todo.

Me quedé con él como si no hubiera otra elección, como una malcasada del siglo XIX. Me quedé allí y seguí acunando el cadáver de nuestro amor, como las madres orangután a las crías muertas. Esperando que se recuperara, o quizá solo porque no conozco otra forma de elaborar el luto.

Pero tampoco él se iba de verdad. Quería que la puerta no se cerrase del todo hasta conseguir que lo considerara inocente. Su inocencia era el modo en que imaginaba que daba otra oportunidad a nuestra historia.

Davide se fue y volvió a casa docenas de veces. Más tarde dejó de volver. Cuando me quedé sola de verdad, empecé a deslizarme y luego a precipitarme definitivamente en el reino de la idiotez a través de un agujero negro. Me precipitaba aferrándome a lo que podía. Hasta que también la inteligencia dejó de agarrarse y me precipité con más facilidad y rapidez hasta el fondo. Estaba enloquecida.

Los celos hacían de mí finalmente una mujer comprensible. Ridícula paradoja. Cuanto más loca estaba, mejor me identificaba la gente y más tranquila se sentía. Era la mujer traicionada. Una situación que no tenía que defender o explicar. Estaba donde a las personas no les cuesta imaginar a una

mujer. Era una mujer por la que las otras mujeres sentían, o al menos mostraban, solidaridad. Y los hombres, ese sentimiento mezcla de fastidio y deseo.

Me encontraba mal, muy mal. Sin embargo, por primera vez, no sentía el peso de la responsabilidad. Cuando eres reconocible, cuando muestras comportamientos incluso espantosos, pero que los otros consiguen descifrar con facilidad, estás más tranquilo. Como en las manifestaciones, cuando marchas entre desconocidos que gritan cosas que en una situación normal te parecerían tontas, banales. Y sin embargo las gritas también tú y te emocionas.

La mujer en que me había convertido era más fuerte porque era más clara. Mucho más fuerte que Anna, mujer racional, complicada, solitaria. Había creado un fantasma de mí más real que yo misma y dispuesto a adueñarse de mi cuerpo, de mi cerebro, de todo. Por eso me ha costado tanto hacerlo desaparecer. Y todavía hoy sé que está aquí, en algún sitio. Escondido, listo para echárseme encima en los momentos de debilidad.

Tenía que saberlo todo de Davide: qué escribía, qué hacía, dónde estaba, dónde dormía, con quién follaba. Tenía que saber todas estas cosas pero no por él, que me habría mentado. Por eso lo espiaba. Me había vuelto vil y mentirosa, un bicho.

Cuando se fue de casa para siempre y su móvil desapareció de mi radio de acción, pasé a Facebook.

Conocía su contraseña y él la mía de los tiempos en que confiábamos el uno en el otro. Pero, por supuesto, nunca la había usado. Suponía que tendría una cuenta en Facebook para el trabajo, para entretenerse con los amigos. No sé por qué supuse semejante estupidez cuando nadie por encima de los cuarenta años usa Facebook para el trabajo o para entretenerse. Todos lo usan para ligar. Todos excepto yo, que de hecho cerré casi de inmediato mi cuenta, no me servía para nada.

La primera vez que entré en su cuenta con su contraseña, fue después de que se hubiera ido definitivamente. En su correo privado encontré un montón de mensajes intercambiados con las mujeres a las que había nombrado a su misterioso interlocutor. Los escarceos, las citas, las guarradas. A juzgar por la frecuencia e intensidad de los mensajes, parecía que toda su actividad sexual

se desarrollaba en aquella cuenta. Pero no fue tan doloroso. Su torpe modo de escribir les daba a aquellas conversaciones un tono infantil, ridículo. Me hacía reír ver cómo usaba ciertos estereotipos, la prisa por llegar al resultado, fácil de descifrar para mí, que lo conocía bien.

Lo único que de verdad me dolía era Perro.

Después de aquella primera vez, adquirí la costumbre de entrar en su cuenta continuamente. Mi ordenador está encendido todo el día y en aquel período lo tenía siempre abierto en su cuenta de Facebook. Las veinticuatro horas del día.

Aunque ya no vivíamos juntos, hablábamos a menudo. Muchas veces me llamaba un segundo antes o después o incluso en el mismo momento en que intercambiaba mensajes con alguna de las mujeres de la lista. Eso me sacaba de quicio. La contemporaneidad total, la incapacidad para concentrarse en una sola cosa durante media hora, diez minutos. Todo junto y todo igual, en el mismo plano.

Davide follaba más o menos con todas las mujeres que conocía e incluso se había enamorado de una de ellas, pero no consideraba ninguna de estas cosas un obstáculo para estar conmigo. Naturalmente se daba cuenta de que había forzado un poco los límites, pero como él seguía declarándose inocente, si yo insistía en su culpa, no comprendía que yo no estuviera dispuesta a perdonarlo como él me había perdonado a mí.

Trataba de explicarle que no tenía sentido hablar de perdón. Se pide perdón a alguien cuando se está decidido a cambiar de costumbres. Perdóname por lo que he hecho, no me perdones por lo que todavía estoy y seguiré haciendo mientras lo desee, porque me gusta mucho.

En este segundo caso, que corresponde al nuestro, no se pide perdón, se pide derogar los pactos. Si tú me estás traicionando con todas mis amigas y las tuyas, y piensas seguir haciéndolo, no puedes pedirme que te perdone, puedes pedirme la abolición de la regla según la cual la nuestra es una relación monógama. Abolición que debería valer para ambos. Es verdad, podrías pedirme su abolición unilateral, pero, formulada así, es una propuesta con pocas posibilidades de salir adelante. Si fuéramos razonables, deberíamos habernos sentado en una mesa y decirnos que había llegado el momento de

que cada uno hiciese lo que le viniera en gana, sin que eso interfiriese en nuestra historia. Y si eso no era posible, separarnos de verdad.

Pero Davide, que no usa la lógica y seguía negándolo todo -incluidas las cosas que escribía en el chat de Facebook y que yo, por un escrúpulo de mi inteligencia, no había copiado para usarlas como prueba pero se las echaba en cara sin citarlas para que no se diera cuenta de que las había leído-, se negaba a hablarlo de este modo. Su táctica consistía en alejarse y llamarme de vez en cuando como si no hubiera pasado nada. La posibilidad de que nos separásemos definitivamente no entraba en su horizonte. Y, por desgracia, tampoco en el mío.

Espié su chat durante semanas, hasta que un día, solo porque él tenía muchas sospechas, confesé. Le dije que seguía entrando en su cuenta y después borraba el aviso de intrusión de su correo electrónico. Le dije que había leído todo, todos los mensajes que se escribía con las otras mujeres y especialmente con Perro. Le dije que no podía imaginar cuánto me había hecho sufrir todo aquello, pero que por fin, al decírselo, me había liberado. Y que a partir de ese momento siguiese su camino, que yo no quería saber nada más de él.

Él entonces cambió su contraseña.

Al día siguiente probé a entrar, adiviné la contraseña nueva en pocos minutos y seguí espiándolo y borrando los avisos.

Es desagradable, ¿verdad? Pero lo más increíble es que Davide parecía secundarme. Cometía errores garrafales. Increíbles, gigantescos. Después de aquella primera llamada de teléfono no había hecho otra cosa que crear las condiciones para que yo pudiese espiarlo.

¿Por qué? ¿Estaba distraído? No, no estaba distraído para nada. Tenía una relación difícil con la tecnología, es cierto, pero no como para justificar aquellos errores. Lo que sucedía no era casual. No quería que terminásemos, quería crear alarma, elevar la tensión, lanzar todo por los aires y después, quizá, volver a irse.

¿Te estás riendo, Vale? ¿Crees que es un ataque extremo de paranoia? ¿Cómo te explicas, entonces, esta historia de la contraseña?

Yo creo que Davide, convencido de que ya no me gustaba, hartado de mí, fastidiado por el final de la magia, empezó a sembrar indicios en lugar de dar

explicaciones. Quizá yo también hice algo parecido cuando intuí que él me estaba espiando y conservé correos y sms que debería haber borrado. Pero cuando me di cuenta de que el juego se estaba haciendo peligroso, que nos íbamos a hacer mucho daño, cambié la contraseña de mi correo, borré lo que había que borrar y todo terminó.

Cuando él se dio cuenta de lo que estaba haciendo yo, cambió su contraseña, pero la adiviné. Volvió a cambiarla y volví a adivinarla. Yo creía que esto sucedía porque, después de haber vivido con él cinco años, era capaz de leerle el pensamiento. En parte era verdad. Sabía cuáles eran las fórmulas que podría memorizar, cuáles los campos en los que las buscaría. Y lo mismo podría haber hecho él conmigo. Por esta razón la nueva contraseña que elegí para mi dirección de email le resultaba totalmente inaccesible. Pertenecía a un campo semántico, y a un tiempo de mi vida, que Davide no podía conocer ni intuir.

¿Por qué no hizo él lo mismo?

Había partes enteras de su vida pasada y de su presente que yo ignoraba. ¿Por qué no rebuscaba en ese saco para encontrar una contraseña a la que yo no pudiese llegar?

Porque quería que yo llegase a ellas. Para no tener que dar explicaciones. Y para conseguir que yo me sintiese culpable por haberlas descubierto. De ese modo me humillaba doblemente.

A partir de un determinado momento la humillación se convirtió en la clave de todo. Cuando empezamos a convivir, ya nos humillábamos con insultos. Después, cuando comenzamos a vivir en casas diferentes sin conseguir, sin embargo, estar realmente separados, pasamos a humillaciones más profundas. Por ejemplo, lográbamos que el otro realizase acciones desagradables, para después poder reprochárselas.

No sé decir con exactitud qué le sucedía a Davide; lo que me pasó a mí es que la humillación ya no era la consecuencia de nuestra relación fracasada, sino el motivo por el que no la dejaba. La nuestra no era ya una historia de amor, sino una maquinaria psicótica que me proporcionaba una humillación constante.

No necesito saber por qué me resultaba tan atractivo sentirme humillada. Lo único que sé es que durante un año de mi vida aproximadamente practiqué

una forma sistemática de autohumillación psicológica y física. Me infligí un programa de ejercicios espirituales al revés.

¿Fue el modo de ritualizar el duelo de la separación? ¿O más bien el modo en que quise castigarme por la separación?

Todos saben hacer unas cosas y otras no. Hablo de las cosas que sirven para vivir. Pero yo no sé hacer una cosa importantísima, teniendo en cuenta los tiempos que vivimos. No sé pasar de una relación a otra. No sé hacerlo físicamente. Mi cuerpo se niega a abandonar la complicidad conquistada con esfuerzo y a trasladarla a otro cuerpo. No hablo de sexo. El sexo tiene en sí mismo toda la confianza, complicidad e intimidad que necesita. Hablo de cotidianidad, de convivencia, de esas cosas pequeñas y tontas que hacen dos personas que están juntas y no dos amigos, dos hermanos o hermanas.

¿Se puede salir de la vida compartida con alguien y entrar en la de otro? Así, en unos meses, incluso en pocos años. Yo creo que no. Creo que las relaciones sentimentales en serie generan mucho más sufrimiento que placer. Lo considero algo equivocado, injusto, tremendo, pero sobre todo no sé hacerlo. Si no es de forma desastrosa, como me ha sucedido siempre que me he visto obligada a ello.

Mi estrategia, si se la puede llamar así, es matar. Mato a la yo que era y renazco como una mujer diferente. La Anna que pasa de una relación a otra no es la misma. Una Anna muere con su viejo amor, y una nueva Anna nace.

El modo en que me maté esta vez fue no comiendo.

En ciertos momentos, cuando durante unas horas no pasaba nada en la cuenta de Facebook de Davide, deseaba que todo acabara de golpe. Que cerrara la cuenta y no volviera a abrirla. Lo pensaba de verdad, como cuando se piensa en dejar de fumar entre un cigarrillo y el siguiente. Otras veces seguía los avatares de Davide y de aquellas chicas como una novela policíaca: ¿dónde se habrían visto? ¿Qué habrían hecho?

El peor período fue el de la bolita azul.

Me había descargado e instalado en el teléfono la aplicación. Pero me lo había pedido él, por si me lo robaban. Y mientras la instalaba, él me decía a voces: así podrás saber siempre dónde estoy. Y se reía. Y yo pensaba para mis adentros: así podré saber siempre dónde está.

Se llama Buscar mi iPhone. Para usarla tienes que conocer el correo electrónico con que se ha registrado ese teléfono y la contraseña de iTunes: tenía ambas cosas. El teléfono se indica con una bolita azul que se mueve sobre un mapa de carreteras, un plano de fondo amarillo tipo Google Maps. Puedes elegir si prefieres una visión plana o en 3D. Según la velocidad de desplazamiento del teléfono -a pie, en coche o en moto- el rastro en el plano aparece en tiempo real o ligeramente falseado. De vez en cuando se para. Porque el teléfono sale de la zona de cobertura o por cualquier otro oscuro motivo.

Cuando la bolita se detenía tenía la sensación de que se invertían los papeles. Pensaba, como cuando jugábamos de niños, que nos habíamos parado uno frente a la otra y que, a la señal, le tocaría a él perseguirme y a mí escapar. Intercambio. Sin embargo, siempre era yo la que perseguía. Durante meses no hice otra cosa que seguir las evoluciones de la bolita azul. En la pantalla del ordenador, en el móvil. Cuando salía, incluso cuando me sentaba en un restaurante contigo, Vale, apoyaba el iPhone en el bolso de tal manera que pudiese verlo con solo girar la cabeza. Cuando se apagaba, lo tocaba y reaparecía la bolita.

Te dabas cuenta, ¿verdad? ¿Cómo pudiste tener tanta paciencia? No podías más. Yo lo sabía y tendría que haberte dado un respiro. Pero no era capaz. No puedes imaginar cuánto te agradezco que no me lo dijese nunca. Que continuaras sacándome de paseo como a la hermana pequeña de la que no consigues librarte.

En el restaurante me sentaba delante de ti en silencio, sin parar de mover las piernas cruzadas. Y cuando en algún momento de la velada inevitablemente me echaba a llorar, tú hacías como si nada. Alguna vez te ponías a canturrear. Habías adoptado esta reacción absurda, tal vez para no darme una bofetada. Y funcionaba, porque me hacía reír. Mientras tú canturreabas cancioncillas estúpidas, yo poco a poco dejaba de llorar. Ni siquiera sé si te dabas cuenta, canturreabas en voz baja y yo lloraba y reía, y me calmaba.

Un par de veces te largaste. No te largaste exactamente, no es tu estilo, pero pediste la cuenta al camarero y te levantaste. En otra ocasión me dijiste que escribirías al presidente del gobierno y le pedirías autorización para desconectar mis aparatos. Tenías razón, siempre tenías razón, pero yo estaba

atrapada, ¿comprendes?

El movimiento de la bolita azul en la pantalla del ordenador reproducía los desplazamientos de Davide por la ciudad. Para verificarlo, o más bien porque mi cerebro estaba ya completamente tocado, a veces también abría la aplicación cuando estaba en casa conmigo. Porque de vez en cuando Davide venía a casa, de vez en cuando también follábamos. Entonces, encerrada en el baño, controlaba en la pantalla del móvil cuántos metros se alejaba, si cambiaba de habitación.

La bolita azul me da tranquilidad, pensaba. Por eso lo hago. Si sé dónde está Davide, no tengo que preocuparme de buscarlo. Falso, claro. Saber siempre dónde se encontraba significaba solo vivir dentro de una obsesión. Borrar cualquier otro pensamiento, establecer unas prioridades demenciales: lo primero de todo, que yo sepa dónde está la bolita azul. Antes que hablar con la gente, contigo por ejemplo, antes que hacer un buen trabajo, antes que dormir. Horas, días enteros. Estaba trabajando y con el rabillo del ojo no perdía de vista la bolita azul. Entraba y salía de la aplicación para actualizar la ubicación, trataba de no ir a lugares donde el móvil no pudiera conectarse a la red.

Todavía hoy no consigo mirar un mapa de Google con tranquilidad. Algunas zonas de Roma, las que él recorría con más frecuencia, como el barrio donde vive Perro, ni siquiera consigo enfocarlas en la pantalla. Se me nubla la vista. Si tengo que buscar una dirección en esas zonas me siento mal. Me vuelve la antigua sensación de náusea, como un reflejo de Pavlov.

La bolita azul me llevó a casa de Perro.

Llamaba a Davide, le preguntaba dónde estás y él me decía estoy en tal sitio o en tal otro. No era verdad, nunca era verdad, ni siquiera cuando se trataba de lugares inocentes. Cuanto más lo acosaba, más me mentía sin necesidad. Pero la mayor parte de las veces no era sin necesidad, mentía porque estaba en casa de Perro.

Al principio no sabía que era la casa de Perro. Solo veía que la bolita azul volvía continuamente a aquella maraña de calles que me angustiaba. Perro vive en una zona de Roma que siempre me ha angustiado. Está en el extrarradio, unida al centro por un paso elevado y una larga avenida muy

transitada. Como la representación gráfica de los elementos químicos. Y su casa está en la parte más alta, que es todavía peor. Una zona de chalés elegantes que se protegen entre ellos como en un burgo medieval. En el interior las calles son muy estrechas y de sentido único. Hay callejas privadas, escalinatas, placitas no señaladas en el plano. Es un lugar complicado. Si yo fuera terrorista, me escondería allí para que no me encontrasen.

Comencé a sospechar que era la casa de Perro porque Davide pasaba a menudo la noche allí. Los mensajes para las otras, con las que -gracias a Dios- continuaba follando, se habían hecho cada vez más escasos, lacónicos. Incluso en ocasiones desdeñosos. Una en concreto, a la que yo conocía porque me había buscado para pedirme un favor, era atacada y ridiculizada. Cada vez que follaban, ella le escribía palabras afectuosas y él le contestaba de manera vulgar.

En todo caso, Perro era la única que podía presumir de los estoy loco por ti, aunque Davide me hubiera explicado que eso no quería decir una mierda. A partir de cierto momento, mi atención se concentró en ella. Después de unas semanas en que la bolita azul permanecía durante horas parada en la misma dirección, decidí que allí vivía Perro.

Y fui. Varias veces.

Las primeras veces me limitaba a pasar con la moto sin detenerme, cuando la bolita azul me aseguraba que Davide estaba en otra parte. Merodeaba un rato, miraba alrededor. Aquel barrio era de verdad insoportable. Solo había mujeres con las caras deformadas por la cirugía estética, perros minúsculos, hombres con gafas oscuras y la mueca en el rostro de quien toma constantemente cocaína y Viagra. La mueca de quien querría tener otro corazón, más joven y sano, y una polla dispuesta a sus deseos. Coches SUV, chicos con pantalones caídos que dejan al aire calzoncillos de firma, chicas vestidas de putas, con las melenas alisadas y tatuajes en los tobillos.

No sabía exactamente cuál era la casa de Perro, pero la bolita se detenía en una curva a la que daba un pequeño hotel. Llegué a pensar si no sería el hotel el destino de Davide. Llamé por teléfono para preguntar si había una habitación reservada a su nombre, haciéndome pasar por su hermana. No la había.

Aparte del hotel, allí estaban todos los chalés de dos pisos con jardín, buganvillas y verjas con células fotoeléctricas. Un día me armé de valor y me puse a caminar por delante de dos o tres chalés entre los que podría estar el suyo. Me di diez minutos, después de diez minutos podría levantar sospechas.

Vi salir de un portón a una mujer bajita, delgada, con larga melena rubia. Estaba de espaldas. Todavía no sabía qué aspecto tenía Perro, pero aquella mujer llevaba una bolsa grande de la que asomaba la cabeza de un perro pequeño. Se puso los auriculares para escuchar música del móvil. Caminaba deprisa y no se me ocurría adónde podía ir. En ese barrio la gente se mueve en coche o en taxi. No va a pie a ninguna parte. Aceleré el paso hasta encontrarme muy cerca de su espalda. Sacó un manojito de llaves y desconectó a distancia el antirrobo de un coche. Y yo, todavía hoy me pregunto por qué, le puse la zancadilla.

Algo que no hacía desde los seis años y, por supuesto, nunca a una desconocida por la calle. Pero me vino muy bien que ella acabara tendida en la acera sin darse cuenta de qué había sucedido. La adelanté y me volví a mirarla sin decir palabra. El perro, el que estaba en la bolsa de la mujer que no era Perro, había rodado por la acera más adelante.

«¿Cómo estás, Jay-Z?»

Dijo ella apretando entre los brazos aquella cosita temblorosa, y yo me eché a reír. No conseguía contenerme. Hacía meses que no me reía así. Ella se quedó desconcertada, después me gritó, me insultó hasta que me subí en la moto y desaparecí en la curva, todavía riéndome.

Nunca he vuelto a ese barrio de los cojones. No volveré en mi vida.

¿Perro sabía de mi locura?

Hasta algunos meses antes habría jurado que Davide nunca le habría contado nada por no parecer débil, en manos de una exnovia desquiciada. Pero ahora era distinto. Ahora estábamos separados y yo no sabía nada de él, cómo se sentía. Quizá mi locura lo enorgullecía, o quizá hasta podía parecerle divertida, un tema para partirse de risa con Perro. Ahora ella era su aliada y yo la enemiga.

En cualquier otro momento de mi vida me habría importado muchísimo lo que pensara Perro de mí. Jamás, jamás me habría humillado tanto ante otra persona, una mujer, mi rival. Jamás. Antes me habría matado de forma ritual

o habría desaparecido. Pero desaparecido de verdad, rompiendo las tarjetas de crédito y comprando documentos falsos.

Si me hubiese quedado habría sido solo para demostrarle que no me importaba y que habría sabido y podido comportarme como ella, estando con todos los hombres que quisiera. Eso es lo que hacen habitualmente las mujeres de mente sana. Eso es lo que he hecho siempre también yo, hasta aquella llamada de teléfono y la caída en el reino de la idiotez.

Sé que no lo creerás, Vale, pero en aquel momento pensé que Perro y yo habríamos podido ser cómplices. Si me hubiese presentado de forma correcta, pensé, si le hubiese hablado de mujer a mujer, ella lo habría entendido. Quizá habríamos podido ser amigas, confiarnos algunos secretos menores, hacernos confidencias sobre Davide. Sobre, por ejemplo, lo poco que nos merecía. Ella habría podido llamarme para pedirme consejo, yo habría sacado a pasear al perro, Perro. ¿Qué? ¿Nos vamos a la playa con tu perro, Perro? Cosas así.

Una vez que fuéramos amigas, excluiríamos a Davide de ese perfecto *ménage* nuestro. O, todavía mejor, al conocerme, Perro habría podido darse cuenta de que yo era mucho mejor que ella. Y que lo único bueno que ella podía hacer era quitarse de en medio de una puñetera vez. Desaparecer, rompiendo las tarjetas de crédito y comprando documentos falsos. Pero no antes de haber tenido cierto número de conductas aberrantes e inexplicables tan repugnantes como para destruir definitivamente su poder de fascinación. Acabando con la posibilidad de que Davide la echase de menos más tarde.

Me imaginaba que Perro me dejaría una carta cuando desapareciera, en la que me pediría perdón y me explicaría que todo lo que había imaginado sobre ella y Davide no era cierto, se trataba solo de un desliz, la suya había sido una historia intrascendente y sin consecuencias. Me diría, en esa carta, que ninguno de los dos estaba enamorado del otro, que aquellos estoy loco por ti no querían decir una mierda, que no tenía que explicármelo pero que, de todas formas, significaban todo excepto te quiero con locura y, lo más importante, que el sexo con él era mediocre. Más aún, que en sus encuentros ella tenía siempre la sensación de que él me echaba de menos. A mí como amante, a mí y todo el sexo maravilloso que le había confesado que habíamos tenido mientras estábamos juntos.

Esta historia de que Perro se hubiera solidarizado conmigo me gustaba

tanto que le escribí cartas. Unas diez, diría yo. Eran cartas preciosas rebosantes de fraternidad y espíritu conciliador. Ese sentido de comprensión por la imperfección del mundo, de tolerancia por el débil, de sentido de la dignidad que me era totalmente ajeno. Mientras me sentaba frente al ordenador convencida de hacer no solo lo más justo sino también lo más decisivo, estaba poseída por otra yo. Igual de idiota, la verdad.

Querida Perro, escribía por ejemplo (evidentemente no escribía Perro sino su verdadero nombre), no tengo nada contra ti. Querría que esto te quedara claro. Tampoco tengo nada contra Davide. Creo que hay cosas que pasan. Cuando se lleva un tiempo juntos, no es raro encontrar otras personas que nos gustan. También me ha pasado a mí, como puedes imaginar. Más de una vez. Estaría muy bien entonces que, ante algo tan natural, nos comportásemos con inteligencia. Sé que eres una mujer muy ocupada, pero qué me dirías de tomarnos un aperitivo, tú y yo solas, como las personas adultas y sensatas que somos...

Le escribía cartas así. Tenía una carpeta en el escritorio que se llamaba Cartas a Perro. A medida que las escribía, las iba archivando. No tenía en aquel momento su dirección de correo electrónico. Y cuando la tuve, ya había abandonado la idea de convertirme en amiga de Perro, afortunadamente.

Cuanto más tiempo permanecía la bolita azul delante de la que ya sabía que era la casa de Perro, peor estaba yo. Lloraba, fumaba, me desesperaba. Cuando la bolita se deslizaba fuera de aquel barrio de mierda, recuperaba el aliento.

Davide, entretanto, me llamaba y continuaba diciéndome mentiras sin ton ni son. Hasta que empecé a responder a sus mentiras diciéndole que sabía dónde estaba de verdad. Enviándole mensajes cada vez que aparcaba cerca de la casa de Perro, insultándole cuando trataba de decirme que no era verdad. Lo hice sistemáticamente durante unas semanas, convencida de que antes o después acabaría confesándole de dónde sacaba la información. Quería decírselo, quería que lo supiese y desactivase aquella maldita aplicación. Pero cada vez que lo intentaba pensaba en qué sucedería cuando la bolita azul desapareciese para siempre de mi vida. Pensaba en cómo podría sobrevivir sin saber siempre dónde se encontraba Davide en aquel preciso momento, y que él podría echar mano otra vez de su axioma, uno de los motivos por los que yo andaba desquiciada: yo nunca digo mentiras. Y ya no tendría nada

para refutarlo.

Pero tenía que dejar aquello, en alguna parte del cerebro lo sabía. Para convencerme me puse a pensar en algo absurdo: no era tan seguro que la bolita anduviese por donde andaba él. Quizá era yo quien la dirigía desde mi ordenador o mi móvil. Quizá no existía ninguna bolita azul, quizá solo estaba jugando a un videojuego cuyo objetivo era mi destrucción final.

Una noche, por fin, Davide se dio cuenta. Una de aquellas noches que iba a pasar en vela, tumbada en una cama, quizá invitada por amigos, fingiendo leer, la bolita azul desapareció. Traté de entrar en la aplicación y no conseguí abrirla: habían cambiado la contraseña de iTunes. Me congratulé con él vía sms, me metí en la cama y no traté de adivinar la nueva.

Aquella noche, después de muchísimo tiempo, dormí.

A pesar de toda esta demencial actividad mía de espionaje, nunca dejé de trabajar. Por las noches salía a cenar contigo, a veces follaba con Davide, a veces follaba con otros hombres que, incomprensiblemente, tenían ganas de follar con la piltrafa que yo era entonces. Pero la mayor parte del tiempo lloraba y nada más.

Me he preguntado por qué lloraba tanto. Habría podido abatirme, vomitar, quedarme en la cama días. Habría podido pelear con todo el mundo. Pero no, lloraba. Excepto en algunos momentos agitados, no sollozaba, no sorbía los mocos: dejaba que las lágrimas me corriesen por las mejillas hasta la boca. Lentas, cálidas, tampoco me las secaba. Iba siempre con gafas de sol, incluso por la noche, y caminaba con la cabeza baja. Cuando podía me escondía, sobre todo en los baños. Si iba a casa de alguien, me apartaba al menos un par de veces por velada. El 31 de diciembre de aquel año lo pasé encerrada en una habitación, tumbada sobre una montaña de abrigos, llorando. Y leyendo un ejemplar maltrecho y sin tapas de *La invención de la soledad* de Paul Auster. Un libro que ya había leído y que tampoco me había gustado tanto.

Durante toda aquella noche de fin de año estuve leyendo un libro que no me gustaba, mientras los demás se divertían. De vez en cuando entraba alguno a buscar papel de fumar, un encendedor. Cuando me veían, se disculpaban. Yo decía no importa, estoy bien. ¿Qué lees? ¿Paul Auster? ¿Bueno? Sí... De todas formas, ahora voy, no os preocupéis.

Una vez me eché a llorar porque en un semáforo se detuvo a mi lado una

moto. Ella, sentada detrás, tenía colgado a un lado un bolso verde, uno de esos bolsos hechos como las carteras de los niños. Él llevaba un par de botas Dr. Martens verdes, del mismo verde. Eran feúchos, ambos. El amor feúcho. Me los imaginé por la mañana, mientras decidían llevar aquel bolso y aquellos zapatos a juego. Me los imaginé riendo. Tumbados en una placa de hielo agrietada. ¿Dónde estaba yo? Ya no tendría sitio en aquella dimensión, en la cadena sentimental.

En otra ocasión lloré en el baño de Alessandro, mi amigo abogado. Sentada en la sala de espera, hojeaba una revista. A mi lado había una mujer que llevaba en la cabeza un fular de seda con dibujos de cachemir anudado en la nuca. Mientras aparentaba leer, empecé a pensar que estaría enferma, que le estarían poniendo quimioterapia. Tenía en la mano un sobre transparente grande con varios folios, documentos. Encima aparecía el nombre de Alessandro. Me preguntó si yo también tenía cita con el abogado y a qué hora. Porque ella solo tenía que entregarle aquel sobre y si no me importaba dejarla pasar delante, solo un segundo. Le dije que sí, que no había problema. Después me preguntó dónde vivía porque estaba segura de haberme visto ya en alguna parte.

«Pirámide.»

«¿Cómo?»

No quería entablar conversación con ella, no quería hablar de dónde vivía.

«¿Pirámide es el nombre de un barrio? Perdona, no soy de Roma.»

«Es una pirámide.»

Le sonreí y volví a abrir la revista, porque sabía que estaba a punto de ponerme a llorar y no quería que eso pasase. Pero la abrí con demasiado ímpetu y se cayó al suelo. Me incliné para recogerla y la mujer del fular aprovechó para hablarme otra vez.

«Yo vivo...» Y dijo el nombre del barrio en el que vive Perro, ese barrio de mierda más allá del paso elevado. «¿Lo conoce?»

«No», le dije. «Es decir, sí, pero no me gusta mucho. Es más, lo arrasaría. Si pudiera pedirle un deseo al genio de la lámpara le diría: ¿podrías arrasar ese barrio hasta los cimientos, por favor, ese que está al final de esa avenida de mierda...»

No conseguía parar. Seguía en un intento inútil de esconder mi ataque

histórico detrás de una ocurrencia ingeniosa. La mujer me miraba, estaba quieta y tenía la boca entreabierta. Parecía asustada. Los romanos, dijo, cuando al fin me callé, sois muy simpáticos, quizá un poco demasiado... No encontraba la palabra, temía ofenderme. Yo le dije discúlpeme. Me levanté, cogí mi bolso del suelo y me fui al baño. Me encerré allí y lloré.

Me avergonzaba. Esperaba que aquella mujer no se hubiera dado cuenta de lo que me estaba pasando. Esperaba que creyese que me había ofendido por aquel adjetivo que no lograba decir, me parecía más digno. Sé lo que piensan los demás cuando ven a una mujer adulta echarse a llorar, hablo de una mujer sin un fular en la cabeza. Lo sé porque aquel año me sucedió muchísimas veces.

Encerrada dentro del baño, sentada sobre el váter, me esforzaba en pensar en cada vez que a aquella mujer del fular le habían clavado todas aquellas agujas. En el veneno que le provocaba náuseas y vómitos, en el momento en que empezó a caérsele el pelo. Y antes, cuando le dijeron que existía aquella mancha y tenían que operar, dándole los porcentajes de supervivencia (¿50/50, 70/30, 64/36?) y añadiendo que, si no moría, tendría que pasar de todos modos por un infierno que la aniquilaría. Me concentraba en su marido, en sus hijos, en todas las personas de su entorno. Había aprendido a hacer aquel ejercicio. Para alejarme de los pensamientos obsesivos, trataba de pensar en cosas reales. Objetos, lugares, zapatos, colores. O en el dolor de los otros, siempre que fuera real. Las enfermedades, el dolor físico, las humillaciones de los hospitales. Esa bata de papel que te ponen para operarte, abierta por la espalda, por la que asoma el culo desnudo.

Poco a poco me calmé. Me soné la nariz con papel higiénico y salí. Me miré en el espejo. Me maquillé y me puse las gafas de sol. Tengo alergia, le diría si me miraba. Pero la mujer ya no estaba.

Estoy separada, me repetía.

Y pensaba en mi cuerpo desmembrado, brazos y piernas, hígado y pulmones que se separaban unos de otros. Te estás separando, decía una voz horrible en mi cerebro. Oía las carcajadas, sentía aquella voz tremenda que era yo. Y veía una especie de dibujo animado antiguo, una coreografía en blanco y negro donde unas marionetas con la forma de mis órganos bailaban un swing, acercándose y separándose. Trataba de quitármelo de la cabeza,

pero en cuanto me relajaba volvía.

En aquel período tenía a menudo estas visiones. No eran exactamente visiones sino más bien breves vídeos que me pasaban por delante en los que la misma escena se repetía hasta el infinito. Eran tres o cuatro, siempre los mismos. Sobre todo por la noche, apenas cerraba los ojos. Además del vídeo de los órganos, los otros eran todos sobre Perro, Davide y Perro follando.

Separada.

Desmembrada.

Dividida de él.

Él por un lado y yo por otro.

No era tan fácil. Teníamos que desenredarnos, una operación que requeriría mucho tiempo y muchísima paciencia. Habíamos estado juntos cinco años y, como siempre sucede, entre nosotros se había creado un territorio indistinto, una franja de Gaza cuya propiedad reivindicábamos ambos. ¿Era mío o suyo un modo de hablar, de arrastrar una consonante para imitar mi dialecto? ¿Y aquella canción? ¿Me vestía así porque me gustaba a mí o porque él me había dicho que me quedaba bien? ¿Quién había sido el primero en pedir siempre un segundo café por la mañana en el bar convirtiendo aquel gesto en inevitable?

Separarse no significa volver a ser lo que eras antes de conocer a la persona de la que te separas. Ojalá fuera así de fácil. Nunca vuelves a ser quien ya has sido. Y no solo porque ha pasado el tiempo. Separarse significa convertirte en una persona nueva. La que permanece después de haber deshecho con el tiempo y la paciencia la trenza de un amor acabado. Muchas cosas, evidentemente, se quedan enredadas. Y cada vez que te das cuenta, cada vez que haces un gesto, usas una palabra que era de él, vuestra, te estremeces.

Se dice siempre que sería mejor separarse deprisa, a los primeros síntomas. No arrastrar el resentimiento con la esperanza de que con el tiempo la rabia vuelva a transformarse en amor. La rabia no vuelve a transformarse en amor, jamás. Si eres afortunada, se transforma en afecto, pero en amor jamás.

Te lo dicen todos, ahora también lo digo yo, pero cuando estás en esa situación no te rindes. O simplemente no consigues soltar la presa porque crees que es el único punto al que puedes anclarte. Si lo suelto, piensas, y lo

pensaba yo, me arrastrará la corriente. Quién sabe a qué mar, a qué cielo. Sin embargo es lo contrario. Si te quedas agarrada te arrastrará.

No hay ninguna corriente fuera. Fuera todo está normal, como siempre. Es dentro donde está el infierno. Y yo seguí aferrándome durante un tiempo inverosímil. Un año, todo un año de locura.

Durante este tiempo me volví incapaz de cuidar de mí misma. Desatendí la casa, pero también mi cuerpo. Aparte de vestirme siempre del mismo modo, me lavaba poco, no me peinaba y casi nunca me depilaba.

Iba desaliñada, con indolencia, me parecía que olía mal. Tenía la cara hinchada y más surcada de lo habitual. Me habían aparecido dos arrugas muy profundas a los lados de la boca. Me dolía constantemente el vientre en una zona que no lograba identificar.

A veces pensaba que eran los pulmones. Estaba convencida de que era un tumor. Había vuelto a fumar de manera salvaje. Nadie habría merecido una enfermedad mortal más que yo en aquel período. Cuando me acostaba por la noche me oía crepitar los pulmones. Si inspiraba oía dentro el ruido de un papel rígido que se arrugaba. Y un soplo, que procedía de un punto que no identificaba. Pero no era cáncer. Quizá era una colitis, una gastritis, algo que tenía que ver con la digestión.

En los días en que creía tener una enfermedad de estómago o intestino, me desagradaba mi boca. Me sabía a podrido, imaginaba que todos a mi alrededor lo notaban. Me mantenía a distancia de los demás, mascaba chicle de menta, me ponía la mano delante de la boca cuando hablaba. Quería evitar sobre todo que me miraran dentro para descubrir la podredumbre que escondía.

En un determinado momento dejé de comer.

La última vez que me puse a cocinar fue después de que Davide se marchara de casa definitivamente. Pasadas unas semanas en las que no había encendido la cocina ni siquiera para un café, una de las escasas noches en que no me habías invitado a cenar traté de prepararme la comida más sencilla posible, pasta con tomate. La única para la que contaba con los ingredientes: un paquete de espaguetis y un tarro de tomates pelados, resto de alguna compra hecha con Davide. Encontré incluso una cebolla casi intacta. La corté por la mitad, el centro estaba ya un poco marrón, pero qué se le va a hacer,

tampoco la iba a usar entera. Después de quitar la parte estropeada y picar la parte buena, la eché en la sartén con aceite y la dejé que se sofriese.

Mientras se sofreía la miraba. Se iba dorando y el olor se extendía por toda la casa. Como si todo fuese normal y alguien estuviera poniendo la mesa, como si los espaguetis estuvieran cociendo -sin embargo no había ninguna olla con agua en el fuego- y en algún momento tuviera que sentarme en algún sitio y cenar. Pero no sucedería, no habría ninguna cena, era evidente. No me sentaría, no abriría una botella de vino, ni siquiera sería capaz de poner al fuego la otra olla, la del agua. No sería capaz de completar la cadena de gestos que tendría como resultado un plato de pasta con tomate. Todos mis esfuerzos se habían agotado en aquella cebolla medio podrida que se sofreía en el aceite. Apagué el fuego y me fui a dormir.

Cuando me levanté al día siguiente la cebolla seguía allí, revenida en el aceite frío. Como una acusación. Desde aquel día no traté de cocinar otra vez. Empecé a comprar solo crackers y zumos de fruta.

No sé qué experiencia tendrás tú con los zumos de fruta, Vale, pero es sorprendente lo que han cambiado de cuando nosotras éramos niñas. También los crackers han cambiado: ahora son mejores, más sabrosos, y gracias a algún nuevo ingrediente milagroso no se desmigán entre los dedos cuando les untas el queso stracchino. En la mayor parte de los casos han quitado la línea de puntos perforados que los dividía por la mitad y que servía para partirlos mejor. En cambio, casi siempre terminaba en un destrozo, como todas las líneas perforadas, empezando por las de los recibos. Ahora los crackers están enteros y a menudo llevan semillas variadas, harinas de calidad. Los hay con sal por encima, sin sal por encima, integrales, con cereales. Pero con todo, aparte de la línea perforada, los crackers no son muy diferentes de los que tú recordarás.

En cambio, los zumos de frutas son irreconocibles. Los de un solo sabor casi no existen ya: naranja, piña, pomelo. Todavía los tienen en algunas tiendas de descuento, en envases gigantes con etiquetas feas. Tienen ese sabor áspero que recuerda un poco la RDA. Nadie los compra, excepto las familias numerosas de bengalíes, o los adolescentes cuando hacen la compra para las fiestas. Después los mezclan con vodka y los vomitan en las alfombras. El de pomelo es mortal, al primer sorbo se te cierran todas las papilas hasta las orejas, como si alguien estuviese tratando de estrangularte.

A veces esos zumos antiguos te los encuentras en los Eurostar o en los vuelos de Alitalia.

Pero los zumos modernos, occidentales, son buenísimos. Compuestos por frutas variadas, reunidos por colores, forma, utilidad. Los hay de frutos rojos, de fruta blanca, amarilla, azul, con aloe, ginseng, flor de azahar, energéticos, digestivos, detox. Tienen nombres extraños que evocan placeres refinados. Y todos contienen vitaminas, antioxidantes y aquello que se supone que nos irá bien y de lo que todos, evidentemente, carecemos.

Pensé mucho en los zumos de frutas aquel año. ¿Por qué preferimos lo que está compuesto de tantas cosas? ¿Cuántas más cosas lleva, más felices somos? Creo que es una cuestión crucial. Ya no nos fiamos, ya no somos capaces de decir sí, quiero eso. Porque eso es engañoso. ¿Y si se revela después agrio, demasiado dulce? No tenemos la fuerza de defender nuestra elección. Para elegir hay que suponer que una cosa es mejor que otra, o al menos que nos gusta más que otra cosa. Elegir es excluir. Pero nosotros no sabemos qué queremos, qué nos gusta. Ya no lo sabemos. Así es que lo que nos hace más felices es lo múltiple, mejor todavía si está enriquecido con otra cosa. Un sabor indescifrable pero buenísimo, del que no se puede asegurar el origen. No existe ningún detox en la naturaleza. Ahora casi todo lo que nos rodea es así, pensaba delante de estanterías enteras de zumos de fruta: múltiple e indescifrable.

De aquella multitud, prefería los frutos rojos: frambuesa, cereza, grosella, arándanos. Entre otras cosas porque tenía la impresión de que contenían más vitaminas, y puesto que yo solo bebía zumos de frutas y solo comía crackers, pensaba que unas vitaminas añadidas me ayudarían a no morirme. Pero los frutos rojos son densos y dejan un residuo oscuro en el fondo del vaso. En casa tenía docenas de vasos desperdigados por mesas, cómoda, baño, todos con ese fondo oscuro, pegajoso.

Casi todas las noches las pasaba contigo, Vale. Íbamos a un restaurante. Tú hablabas y yo estaba callada. Lloraba. A la hora de pedir, me alteraba. La lista de platos me provocaba náuseas. Miraba el menú con angustia, habría querido decir nada, gracias. Pero no podía, no todas las noches. Así aprendí a hacer algo sencillo: pedía lo que pedías tú. Yo también, decía. Tanto que se convirtió en una costumbre. Lo hago todavía hoy, que he vuelto a comer regularmente y estoy bien. Cuando vamos a un restaurante casi siempre tomo

lo que tomas tú.

Llegaban los platos idénticos. Yo empezaba a mover la pasta de un lado a otro, a cortar el pollo en trozos cada vez más pequeños. Pero tú hacías como si no te dieras cuenta y también eso te lo agradezco. Si el camarero comentaba algo cuando retiraba mi plato casi lleno, tú cambiabas de tema. Sabías que no me moriría de hambre.

Lo intenté, pero no estoy muerta. Sin embargo, adelgacé más de diez kilos. Pasé de una talla 44 a una 40 escasa.

De vez en cuando me sobrevenían episodios violentos por la calle. Me doblaba en dos, incapaz de dar un paso. La gente se acercaba para ayudarme y yo decía que no me encontraba bien, pero que no se preocuparan, que se me pasaría. Recibí las indicaciones y preguntas más variadas -síntese, llamo a una ambulancia, quiere llamar a alguien, es italiana, necesita dinero- y muchos, muchísimos vasos de agua. Por lo general me hacían sentar en escalones, bancos, sillas que aparecían de repente en la acera, y después me daban un vaso de agua. Yo me dejaba hacer. Sabía que tras unos minutos alguien diría bueno, está mejor, ¿verdad? Y yo podría asentir y marcharme, algo tambaleante.

La última crisis violenta se me presentó en el aeropuerto. Iba a Londres sin ningún motivo. Había decidido pasar unos días en la casa que me había prestado aquel amigo mío, ¿te acuerdas? Conmovido por mi postración me había dado las llaves. Quédate el tiempo que quieras. Cinco días me parecían un tiempo razonable. Suficiente para que no pareciera ridículo y no tanto como para no poder soportarlo.

Iría sola. Ya había estado en algunos sitios sola, siempre huyendo de algún desastre. Viajar sola, ya lo sabía, no me gustaba. Me ponía melancólica, sobre todo por la noche. Y estaba segura de que esta vez sería todavía peor. Me decía que caminaría y, cuando se pusiera el sol, bebería hasta desplomarme. Nunca se me ha dado bien cenar sola y además tenía el problema de no conseguir comer. Sin que alguien me lo impusiese no sería capaz de sentarme en una mesa para cenar, pero tampoco de tragar un trozo de pizza mientras caminaba. La idea de todas aquellas horas de oscuridad, con las tiendas y museos cerrados, me preocupaba, pero había decidido ir igualmente.

Había hecho ya el embarque y estaba en la cola para pasar el control del equipaje de mano. Cuando llegó mi turno me quité el cinturón, los zapatos. Me sentí incómoda al quitarme los zapatos. Es un gesto íntimo y en ese período no soportaba ninguna intimidad. Además estaba sola y no podía bromear, nadie podía devolverme una imagen de mí misma diferente de la de aquel pequeño ser perdido, descalzo, de viaje a un lugar donde nadie me esperaba. Los demás viajeros empujaban impacientes mientras todavía había algo que sonaba, los pendientes, un collar. Pasaba y volvía a pasar y cada vez me sentía peor. Cuando por fin me autorizaron a pasar, un hombre de uniforme me devolvió mi carné de identidad partido en dos. Estaba viejo y estropeado y se acababa de romper en dos.

Sentada en la sala de embarque, lo saqué del bolsillo. No paraba de darle vueltas entre las manos y no sabía qué hacer. No me dejarían embarcar con un documento roto por la mitad. Pero en lugar de pensar que quizá fuera mejor así, que podría volver a casa, meterme en la cama y olvidarme de aquella estúpida idea de ir a Londres sola, me dio un ataque de desesperación. Temblaba, en la sala de embarque no había nadie a quien preguntar. Me levanté y, arrastrándome detrás del carro, corrí a buscar ayuda. No encontraba el mostrador de Alitalia. Iba de un lado para otro, subía y bajaba escaleras mecánicas, seguía indicaciones erróneas hasta que me tropecé con alguien que se había parado de golpe delante de mí y me caí. El móvil, que llevaba en la mano, cayó unos metros más allá.

Me desmoroné. Un par de personas se detuvieron a echarme una mano, pero yo empecé a gritar y creo que hasta agredí y traté de pegar a un chaval porque hubo un momento en que me sujetaron. Un guardia me cogió por los hombros y me inmovilizó los brazos a la espalda. Me hacía daño pero yo seguía vociferando contra aquel chico, no sé por qué, y después rompí a llorar. El guardia me empujó por los hombros y me apartó. Me dio un vaso de agua. Le expliqué lo del carné de identidad. Me dijo que me ayudaría, que estuviera tranquila. Minutos más tarde estábamos en un cuartito, una especie de vestuario. Él cogió cinta adhesiva y arregló mi carné. Un trabajo perfecto. Después me folló.

No sé cómo pasó, no me acuerdo. Debió de pedírmelo de alguna forma. Probablemente primero me besaría o me acariciaría. O quizá yo misma le besara o acariciara para agradecerle que me hubiera arreglado el carné. Me

folló en el suelo, en aquel cuartito. Sobre su chaqueta. Yo sonreía, aunque no servía para nada porque estábamos casi a oscuras y mientras tanto trataba de recordar si había cogido mi maleta o se había quedado donde me había caído. Tardó poquísimo, ni siquiera se quitó los pantalones. Después me tendió la mano para levantarme. Estaba incómodo, mucho más incómodo que yo. Me preguntó si estaba bien. Le dije que sí y volví a sonreírle. Me prestó su pañuelo. La maleta estaba allí, a mi lado.

Me acompañó a la puerta de embarque. Caminamos por Fiumicino uno junto al otro, en silencio. Oía el sonido de las ruedas de mi maleta rodando por el suelo. Tenía la sensación de que la gente nos miraba, pero creo que no era así. Enseñé a la azafata mi carné de identidad. Lo miró distraídamente y me dejó pasar. El guardia se despidió dándome la mano. Cuando entré en el túnel me volví, pero ya no estaba.

Ya lo sé, es increíble. En las condiciones en que me encontraba todavía había alguno con ganas de follarme. No muchos, pero algunos sí. Davide, claro, pero alguno más. Podría decir de algunos hombres, no de Davide, que consideraban mi situación una ventaja. Durante aquel año me encontré con hombres que querían follar conmigo no pese a que estuviera mal sino precisamente porque estaba mal. Casi siempre les permitía hacer lo que quisieran. Estaban contentos. Bastaba mirarme para comprender que tendrían sexo rápido, igual que se vaciaban dentro de una puta. Y así era de hecho, sin sorpresas. Follábamos el tiempo que ellos necesitaban y del modo que preferían. Yo nunca me corría, ni lo fingía. Pero a ellos les iba bien así.

Algunas veces ni siquiera me follaban. Me tocaban por aquí y por allá con escaso interés, sin desvestirme, me besaban torpemente en el cuello dejándome la marca. Después me ponían una mano en la nuca y aproximaban mi cabeza a su polla. Con cierta cautela al principio, hasta que se daban cuenta de que yo no oponía resistencia. A veces era yo misma la que les hacía comprender que no era necesario que se esforzaran en follarme y que se la chuparía tranquilamente, que era lo mejor también para mí. Y los hombres, aquellos hombres que consideraban una ventaja mi situación de desvalimiento, siempre se sentían aliviados. Me empujaban la cabeza con más fuerza, pero tampoco me oponía. Por muy brutales que fueran, por mucho que se arriesgaran a hacerme daño, a ahogarme, yo no me oponía. Era

otro ejercicio de humillación. Abría la boca y respiraba con calma.

No me cansaba, me parecía la comunicación ideal con aquellos hombres tan desesperados como yo. Con algunos era realmente fácil. Debía de tratarse de un deseo potente y a menudo insatisfecho. Se corrían deprisa, felices. Otros tardaban en llegar y después de un poco, molestos, terminaban solos. Corriéndose en las manos como adolescentes. Se trataba de operaciones que duraban como mucho diez minutos, todo incluido. La mayor parte de ellos corrían después al baño y se vestían a toda velocidad.

Pero no huían. Con frecuencia pasábamos a continuación un buen rato juntos. Era un momento agradable. Íbamos a cenar, charlábamos. Lo importante para ellos era cerrar el asunto, considerar cumplida la cuestión sexo. Una vez lavados y vestidos, sin ningún otro servicio que ofrecer, se tranquilizaban. Tras haber follado, o lo que fuese, aquellos hombres se volvían mejores.

Nunca habría imaginado, antes de aquel año, que hubiera tantos hombres a los que no les gusta nada el sexo. Que, sin estar limitados por alguna dificultad específica, piensan en el sexo como en algo cansado y embarazoso. Placentero una vez hecho pero agotador de hacer.

Evidentemente, también follé con Davide algunas veces. Después de que se fuera de casa, nos enviábamos sms toda la noche, escribiéndonos frases crueles. O nos veíamos en el bar, donde yo lloraba y él gritaba. Nos decíamos solo cosas terribles, nos pegábamos. A veces, sin embargo, follábamos.

Cuando follábamos nos decíamos que no volveríamos a dejarnos, porque era demasiado hermoso lo que había entre nosotros. Pero no era verdad. Todo estaba en ruinas. Ni siquiera follar estaba ya bien. Él salía de casa y yo sabía que no volvería. Pero pese a tener la certeza de que no había nada que hacer, habría querido retenerlo, sujetarlo. Quería que todo acabase ante mis ojos, no soportaba que para él hubiera otro sitio, otra posibilidad. Teníamos que seguir allí y atormentarnos hasta que nos hubiéramos devorado el uno al otro, acabado el último trozo de brazo, de espalda, de vientre. Como en aquel vídeo de Matthew Barney que habíamos visto juntos, *Drawing Restraint 9*. Donde él y Björk, vestidos con dos preciosos trajes japoneses, flotaban en medio de un agua lechosa en el interior de un barco. Se entrelazan y se cortan con un cuchillo trozos de carne y sangran lentamente.

Cuando Davide descubrió cómo averiguaba siempre dónde estaba y cambió la contraseña de iTunes, me quedé tranquila unos días. Descansé. La bolita azul por fin había desaparecido de mi vida. Estaba agotada, y en aquel momento me pareció que ese podía ser el final. Había sido descubierta, saldría de mi fortín de locura con las manos en alto y acabábamos de una vez.

Funcionó durante un tiempo. Ni siquiera traté de adivinar la nueva contraseña. Me sentía como si me estuviese desintoxicando. Pasaba mucho tiempo durmiendo, bebía zumos de fruta, me mantenía lejos de aplicaciones y sitios peligrosos. Pero duró poco.

Si Davide me llamaba por teléfono yo no escuchaba lo que me decía, que, en cualquier caso, no solía ser nada importante. En cambio, me había entrenado para interpretar el tono de su voz. Seguía todos sus tejemanejes, por tanto, sabía lo que acababa de hacer y, en cuanto colgáramos, sabría qué iba a hacer después. Con la práctica, había aprendido a averiguar si había follado y con quién -es decir, si había follado con una mujer cualquiera o con Perro por el modo en que me preguntaba cómo estás. No me equivocaba casi nunca.

Días después del final de la bolita azul me llamó. Nos vimos para tomar un café conciliador y supe que la historia con Perro iba al alza. Estaba locuaz y satisfecho, mucho más de lo que yo podía tolerar. De vuelta en casa, volví a entrar en su cuenta de Facebook.

Entre los mensajes privados había tres fotos.

Era una mujer, pero no se le veía la cara. Para ser más precisos, no se le veía nada más que la porción de cuerpo que está entre el ombligo y las rodillas.

Era el coño de Perro.

El primer sentimiento que experimenté, después del de tirarme desde el décimo piso, fue de admiración. El coño de Perro tenía algo de regio. Parecía que alguien se hubiera dedicado a él con talento y abnegación. Era más suave y elegante que ningún coño que yo hubiera visto. No había visto muchos pero el de Perro, en mi opinión, podía competir con los coños de las estrellas del porno, que en cambio conocía bastante bien. Parecía que le habían hecho tratamientos especiales, aunque no se me ocurrían cuáles. ¿Masajes? ¿Inyecciones de bótox? ¿Lámparas de rayos? No lo sé. El caso es que tenía

algo de innaturalmente bello.

Eran fotos hechas por ella misma y el encuadre era tan preciso que debía de haber perdido bastante tiempo para hacerlas. Como te decía, en la foto se veían el coño y una parte de los muslos, abiertos. Perro estaba sentada en el suelo y tenía el móvil en la mano. No estaba fotografiando la imagen reflejada en un espejo. ¿Cómo lo había hecho? Creía que había tomado la foto a ciegas, enfocando el móvil hacia ella, hacia el coño. Más tarde descubrí que en algunos teléfonos -no en el mío- puedes invertir la dirección de la cámara y ver en la pantalla lo que estás fotografiando.

El pavimento era de un color extraño, También la luz era extraña, violácea. Creí que habría obtenido aquel efecto con Instagram, pero no era Instagram. Lo sé porque hice pruebas. Probé todos los filtros posibles, desde 1977 a X-Pro II, pero no conseguí nada similar a la foto de Perro. Pensé entonces que sería la luz de la habitación, una lámpara especial. Pero quizá se trataba solo de una casualidad afortunada.

Aquella luz, cualquiera que fuese su origen, realzaba mucho el atractivo de la anatomía de Perro. La mano derecha sostenía el teléfono y por eso no se veía. Con la otra mano, la izquierda, se masturbaba.

No es exacto. Cada foto era diferente. Mi preferida era una en la que mantenía los labios abiertos con los dedos, casi como si invitase a su interlocutor a mirar dentro. Yo miré. Tanto tiempo que en cierto momento tuve la sensación de que me atraía a su interior. Sentía los músculos en tensión, la espalda separándose de la silla. Miraba aquel agujero negro como se hace con una prueba, para descubrir si, a fuerza de mirarla, nos revela algo útil para identificar al asesino.

Miré durante horas. Quería mirar donde había mirado Davide, quería entender qué tenía de especial aquel coño. Si tenía una forma peculiar, si escondía algo que ni yo ni ninguna otra teníamos. Una campanillita, una puerta hacia algo más bello, más fuerte.

Si hubiese habido algo que ver allí dentro, lo habría visto. Pero no había nada, ningún misterio, ninguna campanillita. Solo había esa oscuridad que ya sabemos, esa de donde todos hemos salido y que no queríamos recordar nunca por lo que es: una caverna de paredes blandas, un túnel estrecho y húmedo. Al fondo, nuestras vísceras, lo increíble de los órganos, el vientre y su incesante y desagradable actividad.

Después de estar mirando un rato, comencé a pensar que si Perro le mandaba aquellas fotos, aquellas y no otras, debía significar que a Davide le gustaba aquella posición, que habían hablado de ello, que quizá él le había mandado un mensaje (¿por qué no lo había interceptado?) en el que le pedía una foto de su coño abierto de aquel modo, con los dedos colocados en aquella posición.

El deseo es una cuestión milimétrica. Una cosa puede encantarte y otra, parecidísima, podría incluso disgustarte. ¿Le gustaba a él aquella posición en particular o Perro se había tomado libertades? ¿Le había enviado unas fotos de repertorio, usadas, enviadas ya a otro? Tal vez enviadas al mismo tiempo a más personas para descubrir qué efectos diferentes provocaban. Esta, por supuesto, era mi hipótesis preferida. Imaginar que Perro tenía muchos amantes y que a todos les endilgaba las mismas fotos.

Pero, por el contrario, también existía la posibilidad de que ella le mandase aquellas fotos para decirle que su coño era de él, solo de él. Porque con nadie había follado tan bien como con él. Esta, en cambio, era la hipótesis más dolorosa.

Pero no era solo por esta razón, porque me hacía tanto daño, por lo que perdía el tiempo con voluptuosidad. También estaba convencida, en mi delirio paranoico, de que esa era la hipótesis más probable, porque la respaldaba una frase que Davide había pronunciado sin darse cuenta en medio de una discusión que, como todas nuestras discusiones en aquella época, era totalmente irracional.

Hablábamos de nosotros. Del asco que él me provocaba y del que yo le provocaba a él, para ser exactos. Yo con más delicadeza pero menos eficacia, Davide usando siempre las tres mismas frases que, por razones que ahora no sería capaz de explicarte, Vale, me herían cada vez que las decía. Como si estuviéramos de verdad manteniendo una conversación en la que él me explicaba cuáles eran mis defectos, en lugar de emprenderla a pedradas. Yo le decía que su comportamiento era criminal, que pronto tendría que responder de mi muerte. Él decía que con toda mi inteligencia no era capaz de entender ni siquiera las cosas más elementales de la vida. Davide no parecía experimentar ningún sentido de culpa por el hecho de que yo antes o después pudiera morir de dolor y de hambre. Más aún, a pesar de la evidencia -ya

pesaba menos que una modelo inglesa-, replicaba solo que eran gilipollices.

En una de estas discusiones, de las que no consigo recordar más que gritos y cafés vertidos en la mesa a fuerza de puñetazos y yo que me levanto y me voy y, unos metros más adelante, me tambaleo, cosas así, sin embargo una frase se me quedó grabada en el cerebro. Una frase que, según él, había pronunciado un amigo nuestro. Se refería a su relación con Perro.

El primer dato que afrontar era que Davide, por lo general más reacio a hablar de sí mismo que un jefe sioux, le había contado su historia de amor con Perro a un amigo nuestro. Por lo tanto, ¿esta historia era tan importante como para tener que contársela a pesar del esfuerzo que le suponía contarla? Y, además, ¿qué habría pensado nuestro amigo de mí en ese momento? Sin duda que yo era una pobre desgraciada cuyo novio, por lo general mudo como un indio, estaba tan enamorado de otra como para sentir la necesidad de contarlo. Dada la poca consideración en que me tenía, nuestro amigo, en vez de decirle a Davide que estaba loco, que estaba haciendo una tontería y que así me perdería, la mejor mujer que podía tocarle en la vida, las cosas que se espera que diga un amigo de la pareja, dijo la frase en cuestión. Esa que cuando Davide me la contó acabó con mi sistema nervioso.

Es inútil preguntarse por qué me la dijo Davide, o si de verdad nuestro amigo había pronunciado la frase y en qué términos. Después de habérmela dicho, y vista mi reacción, Davide intentó dar marcha atrás de mil maneras, rectificarla, negar incluso que la había dicho. Como te explicaba, Vale, no se trataba de una conversación sobre la conveniencia o no de seguir juntos. No estamos hablando de realidad, sino de fórmulas mágicas, muñecas de vudú, fantasmas.

La frase era: si tienes la suerte de encontrar a alguien con quien te gusta tanto follar, no vuelvas atrás. Más o menos. Quizá Davide al repetírmela no dijo si tienes la suerte, porque no es su estilo. Quizá sí es el estilo de nuestro amigo, el capullo. Sí, él podría haberlo dicho así. Teniendo delante mi imagen, la pobrecilla. Has tenido esta suerte, ¿no querrás volver con esa pobrecilla, después de haber probado el paraíso?

Todos los seres humanos piensan que el sexo que practican los demás es mejor. Aparte de Rocco Siffredi o Cicciolina, todos los demás seres humanos que no hacen del sexo oficio y no tienen una valoración en términos de

audiencia de las propias prestaciones creen no ser suficientemente capaces, audaces, creativos, enérgicos. Lo creen también las mujeres, a pesar de que nuestras prestaciones sean por razones biológicas menos vistosas.

No estoy hablando de belleza o de características del cuerpo. No se trata solo de tengo las tetas pequeñas, caídas, el culo gordo, celulitis en los muslos, la tengo larga, la tengo corta, la tengo torcida. Y sobre todo: ¿seré un buen polvo? ¿O seré así así, algo que no se recuerda? Esa chica, esa de las piernas largas sentada en la mesa de al lado, ¿follará mejor que yo? ¿Y qué quiere decir exactamente follar bien?

¿Qué hacía Perro que yo no sabía ni sabría nunca hacer? Eso era. Cuando llegaba a este punto estaba justo en el centro del dolor. Aquello me dolía más que ninguna otra cosa. Apenas podía pensar en eso. Tenía que dejarlo enseguida. Dosificarlo. Solo un poco, hasta que me hundía.

En otra foto, Perro tenía la mano abierta sobre el coño -sus manos son muy grandes, con los dedos largos y nudosos como los de algunos monos- y un par de dedos metidos dentro. El índice y el corazón. Así es que, técnicamente, no se estaba masturbando.

Me preguntaba qué tipo de mensaje quería mandar a Davide con aquella foto.

El más sencillo: este coño es tuyo, recuérdalo.

O bien: esto es lo que hago habitualmente con mi coño cuando pienso en ti. Meto los dedos, lo abro, imagino la forma, la huella de tu polla cuando entra dentro, cuando mis músculos se cierran a su alrededor.

O también: date prisa en venir que no puedo aguantar y por eso, mientras te espero, empiezo a masturbarme.

O incluso: tú ya sabes lo que soy capaz de hacer con esto, procura no descuidarlo o lo que hace con tu polla lo hará con la de otro.

O ninguna de estas cosas.

Aquellas imágenes eran demasiado perfectas, demasiado silenciosas para estar pensadas en función del deseo bruto. Quería deslumbrarlo, creo yo. Sorprenderlo, hacer que pensara en ella como en una descarga eléctrica.

Quería que la admirase más que la desease.

En Florencia, en el Museo de La Specola, hay una reproducción del cuerpo femenino en cera. La llaman la Venus de los Medici porque, aunque se trata de un modelo anatómico, es muy sensual. El autor es Clemente

Susini, artista del modelado en cera del siglo XVIII, que creaba copias del cuerpo humano a partir de cadáveres diseccionados. La Venus está acostada sobre un cojín, dentro de una vitrina, tiene el pelo suelto, las piernas ligeramente dobladas, los brazos estirados y los dedos parecen apretar el cojín. Como si estuviese sintiendo placer. También el rostro, con los labios rojos, está relajado como el de quien acaba de tener un orgasmo. Lleva un collar de perlas y tiene un pecho hermosísimo, de adolescente. Pero la Venus es una caja, su vientre se abre y dentro aparecen los órganos. Cuando levantas la tapa, las vísceras se salen fuera como si hubiese sido herida en una explosión.

Pues eso, el coño de Perro, con su aséptica perfección, me recordaba un poco a la Venus de los Medici. Un modelo anatómico para estudiosos.

Hasta ese momento no tenía idea de qué aspecto tendría mi coño. Nunca me había preocupado de saber cuánto se parecía a los demás, si se podía decir que era bonito o feo, excepcional o normal.

Las mujeres no tienen por costumbre compararse el coño unas con otras como hacen los hombres con la polla. En los vestuarios, de crías, comparamos como mucho las tetas. Después de la adolescencia y de las primeras menstruaciones, el coño se cubre de vello y desaparece. Sabes que está ahí, lo sientes perfecta y continuamente, pero no lo ves. Nunca se te ocurre comprobar si ha envejecido, si necesita algo. Al menos yo nunca había pensado en eso hasta que vi el coño de Perro.

¿Qué tenía de diferente, por qué era tan bello?

Después de haber pasado muchísimas horas contemplándolo, después de haber visto entre sus muslos todo lo posible, de mi muerte a mi propio parto, decidí que para comprender el secreto tenía que probar yo.

Fotografiaría mi coño.

Los primeros resultados fueron desastrosos. Me hacía fotos sin mirar, ponía el móvil delante de las piernas abiertas y disparaba a ciegas. En la mayor parte de las fotos no se veía nada o porciones de piel de los muslos al azar. Pero después de un par de fotos más centradas me di cuenta de inmediato de que lo primero que tenía que hacer era depilarme. Completamente. Tal como estaba no conseguiría ninguna foto decente, era inútil seguir.

Lo hice sola. Después de un baño, cuando la piel está más blanda, empecé a cortar. Primero corté los pelos con las tijeras, después los afeité con la maquinilla. Poco a poco, porque me daba miedo. Miedo de hacerme daño pero también de lo que iba a encontrarme ahí abajo.

Tardé mucho, y aunque me cueste admitirlo, fue una especie de rito. Con un movimiento concéntrico quité todo el vello que escondía los labios, el clítoris, hasta que apareció debajo mi carne blanquísima. La maquinilla me hacía cosquillas y sentía fresco, como cuando te cortas el pelo en la nuca.

Me miré en el espejo un buen rato y comprendí de golpe que el coño de Perro no tenía nada de especial, simplemente estaba depilado.

Estaba lista para fotografiarme otra vez.

Le hice un trabajo fotográfico completo. Elegí algunas imágenes y las archivé en iPhoto junto a las de Perro. Unos días después me armé de valor y se las envié a algunos hombres, tres o cuatro, que en distintos períodos de mi vida habían sido mis amantes asiduos. Les gustaron, pero no más que otras fotos que les había enviado en el pasado. Esas imprecisas y feas que precedían a la depilación ritual. Ninguno reaccionó con el entusiasmo que yo había sentido ante las fotos de Perro. Ningún descubrimiento para ninguno de ellos.

La primera razón es obvia: belleza y deseo no se superponen y a menudo ni siquiera son cómplices. Menos aún la elegancia, que no tiene nada que ver con la fuerza bruta de querer tirarse a alguien. Yo había reaccionado de aquel modo ante las fotos de Perro porque las valoraba solo en el plano estético. No era capaz de entender si provocaban excitación y cuánta.

Pero había algo más. En el sexting no es importante cambiarse la mejor foto, la más guarra o la más bonita. Ese tráfico de fotos no sirve tanto para acumular imágenes con las que excitarse, ni para tener despierta la memoria sobre una parte del cuerpo deseado, sino que sirven, sobre todo, como una indicación de disponibilidad. Hacer sexting sirve para decir todavía estoy aquí, te mando mis fotos y por tanto te follaré más y más.

Mientras mandaba las fotos de mi precioso coño depilado a hombres que no veía hacía tiempo y que quién sabe cuándo volvería a ver, pensaba que el sexting no es muy diferente de telefonar a los padres. ¿Qué tal? ¿Todo bien? Todo bien. Entonces ya hablaremos. Claro. Hasta luego. Cuando no puedes ir

a ver a tus padres, les llamas. No es para decirles nada especial, solo les llamas. Y una vez que les has llamado ya no tienes que ir a verlos. Un par de días, una semana, un mes, depende de cuál sea tu relación con ellos. Los llamas porque no irás.

El envío de fotografías puede sustituir del todo el sexo. Mándame tus fotos y yo podré pasar sin ti. Las tendré en el teléfono, en el ordenador, no tendré necesidad de mirarlas. El solo hecho de tenerlas me procurará suficiente placer como para poder renunciar a follarte, si hacerlo es demasiado difícil o me parece demasiado cansado.

Sé lo que estás pensando, Vale. Que llegado este punto del razonamiento habría podido suspirar aliviada. Si aquellas fotos no indicaban ninguna especialidad, si todos mandan fotos solo porque ahora es fácil hacerlo, ellos dos, Davide y Perro, no eran especiales. Su sexo no era especial, el coño de ella no era especial. Mejor aún: el sexting sustituye el sexo y no lo amplifica, cabía la posibilidad de que aquellos dos ni siquiera follasen o, en todo caso, que no estuviesen follando en aquellos días. Quizá ella se había ido o tenía una enfermedad contagiosa.

Era un silogismo elemental, pero yo no conseguía formularlo. No podía. Si hubiese pensado que lo que había entre Davide y Perro era una aventura normal, todo lo que te estoy contando no habría sucedido. Yo pensaba exactamente lo contrario y que lo que les estaba sucediendo a ellos, y por tanto a mí, era algo inédito, nunca visto en la tierra. Que ante mí estaba el fantasma del amor absoluto, enorme, monstruoso. Que yo era el primer ser humano, desde las cavernas hasta hoy, en encontrarme delante del monstruo. Y que yo, sola, tendría que hacerle frente.

Antes de dormirme, casi siempre totalmente borracha, pensaba a menudo en el monstruo sin nombre, ese que inventó una chica de diecisiete años, Mary Shelley. La criatura gigantesca y melancólica que vaga por el mundo buscando respuestas a sus preguntas. Nadie le ha explicado nada, qué es una madre, qué son las palabras.

Victor Frankenstein, el arrogante joven suizo, había ido a estudiar ciencias naturales a Ingolstadt; rebuscó en las tumbas, en el laboratorio de anatomía, juntando órganos y jirones de pieles pútridas, desiguales. Quería crear vida, encender la chispa, y en cambio se había convertido en padre de

un monstruo, una criatura horrenda, enorme, deforme. Forjada en las tinieblas y parida por la arrogancia. Asqueado de su propia creación, Frankenstein ni siquiera le dio nombre.

Pobre monstruo, pensaba yo. No es cierto que apenas se despierta, al levantarse de la mesa de operaciones donde acaba de venir al mundo, trata de estrangular a su creador. Solo está aterrorizado. Su única culpa son aquellos terribles ojos acuosos, vacíos. Esta criatura no tiene alma, piensa Victor Frankenstein cuando el monstruo abre los ojos. No tendrá ninguna fuerza moral que contenga la potencia de sus músculos, que ponga freno al cuerpo gigantesco que le he construido. Y visto todo esto, ¿qué hace? Huye. Primero lo trae al mundo y después huye.

«Lo había deseado con tanto ardor que iba mucho más allá de la moderación, pero ahora que lo había terminado, la belleza de los sueños desaparecía, y mi corazón se llenó de horror y de un disgusto indecible. Incapaz de soportar la vista del ser que había creado, me precipité fuera de la sala y caminé largo tiempo arriba y abajo por mi habitación, incapaz de conciliar el sueño.»

Pobre monstruo. No ha nacido, no ha crecido: es un cadáver que se mantiene unido por cicatrices, ha cobrado vida por un experimento. No hay ningún otro como él, no sabe nada y no hay ninguna otra experiencia en la que pueda mirarse. Su mentor tendría que haber sido el muchacho, que en vez de eso escapa y lo deja vagando hambriento y desesperado por el mundo. ¿Quién si no su creador habría debido enseñarle lo que está bien y lo que está mal? Cobarde, arrogante, hijo de puta de Frankenstein.

El monstruo es inocente, pensaba borracha en la cama, con la cabeza dándome vueltas mientras esperaba a dormirme.

También yo, como Frankenstein, había desafiado a la vida y creado un monstruo. Le había dado aliento y músculo. ¿Por qué? ¿Por qué había creado un monstruo cuando ya tenía un enemigo dispuesto? Ya estaba Davide, ¿qué necesidad tenía de Perro?

La explicación que me di, Vale, es que si yo lo hubiese elegido a él, si - como hubiera sido lógico- hubiese atribuido a Davide la responsabilidad de lo que estaba sucediendo, habría tenido que renunciar a él. Quizá no para siempre, pero sí durante un tiempo. Hasta que hubiese olvidado todo. Y yo ni siquiera podía pensar en atravesar todo ese dolor sin él, sin poder agarrarme

al menos de vez en cuando a él. A pesar de que fuese, por lo menos en parte, la causa.

Por eso fabriqué un monstruo. Y sobre el pobre monstruo construido con los desechos de mi inteligencia descargué las responsabilidades y después le dije vete, me horrorizas. Pero él, el monstruo, se quedó allí. ¿Adónde podía ir? Era mío, mío para siempre.

Y aunque se hubiese ido, habría regresado. El monstruo siempre vuelve, porque lo que más desea es verte sufrir. Solo hay una solución: que uno de los dos muera.

Así, en un determinado momento, como el doctor Frankenstein, empecé a imaginar que yo podría matar a Perro. Antes de que ella me matase a mí.

Lo pensé seriamente. Quería matar a Perro porque me parecía el único modo de dejar de pensar en ella, es decir, el único modo de sobrevivir, de volver a comer y dormir. Tenía que estar segura de que nunca más me sentaría a tomar una copa donde pudiera encontrármela, de que nunca más llamaría a Davide, de que no le enviaría más mensajes. Tenía que estar segura de que ya no le enviaría más fotos de su coño. La condición para que yo volviera a ser una persona normal era que Perro no existiese, en ningún sitio. Que estuviese muerta.

Me pregunté quién podría ayudarme. Pero la única persona que me venía a la mente era Davide. Y aunque era capaz de pasar horas pensando que era necesario matarla y que tendría que pagar a alguien, sospechaba que acudir a Davide a pedirle ayuda para matar a Perro no era una buena idea.

Descartada la hipótesis del homicidio y sin querer abandonar la única perspectiva que podría liberarme de mi obsesión, o sea, saber que Perro había desaparecido de la faz de la tierra, me concentré durante semanas en que pillara una enfermedad terrible. Una que, tras atroces sufrimientos, la condujese a una muerte asquerosa, que le destrozase el cuerpo y el rostro de tal manera que su última imagen fuese una imagen que nadie querría recordar. Para conseguir que pillara una enfermedad terrible tenía que concentrarme en su cuerpo y elegir una parte sobre la que intervenir. Una especie de vudú virtual. En estos casos se hace un fetiche, una muñequita con forma de Perro a la que atormentar, pinchándola en los puntos neurálgicos del martirio que se le desea. Yo lo hacía mentalmente.

Trataba de visualizar lo que conocía de su cuerpo. Si de su rostro no sabía casi nada, de su coño sabía todo lo posible. Así pues, comencé dirigiendo mi magia negra contra sus genitales. Con los ojos cerrados, varias veces al día, me concentraba para que sufriera enfermedades venéreas de todo tipo, en particular las que vuelven imposibles o muy dolorosas las relaciones sexuales. Hacía votos para que se le formasen ampollas llenas de pus en el cuello del útero, se le abrieran heridas en los labios mayores que se transformaran en ulceraciones purulentas, que le aparecieran quistes, fístulas, vejigas, que todo lo asqueroso que el cuerpo puede producir le reventase desde los ovarios hacia abajo. Y que desde allí, desde aquella parte de su cuerpo con la que había hecho pedazos mi vida, se le desarrollase algo inexorable e imparable que la condujese a una muerte lenta, dolorosa, degradante. Respecto a un disparo, la enfermedad tenía la ventaja de carecer de épica y de reducir su cuerpo a una asquerosidad. Y esto no era poca ventaja, dado que las únicas cosas que cuentan para Davide son la épica y la belleza. Estaba segura de que si Perro muriese en un hospital, reducida a carne maltrecha, él la olvidaría con más facilidad.

¿Cómo reaccionaría Davide ante la muerte de Perro? Si un asesino disparase contra ella, la elegiría como su mujer ideal. Si el asesino fuese yo, nos elegiría a ambas como su mujer ideal. Pero ¿si estuviese deteriorada hasta convertirse en una criatura flaca y demacrada que afronta con dignidad o sin ella su fin? Mejor, mucho mejor.

¿Cuánto tiempo empleé en esta práctica demente? Mucho, mucho más de lo que imaginas, Vale. Lo tenía. Dormía poquísimo por las noches y estaba casi todo el tiempo pensando en Perro, en Davide con Perro. En lo que estarían haciendo. Sexo ante todo. Imaginaba que practicaban un sexo maravilloso durante noches enteras. Insistía en aquel pensamiento hasta convertirlo en un dolor físico, una náusea cada vez más fuerte. Entonces me levantaba y vomitaba. Después me volvía a la cama y aquellos eran los mejores momentos. Conseguía dormir unas horas. Pero cuando me despertaba el monstruo estaba otra vez allí.

¿De verdad pensaba que concentrándome en su martirio iba a lograr que enfermara, que mi energía podría actuar sobre sus células? Una parte de mí lo pensaba, lo admito. No tanto porque atribuya alguna capacidad misteriosa al pensamiento sino porque cualquier cosa que alcanza una temperatura emotiva

tan alta produce inevitablemente otra cosa. Del tipo de los dos palitos que se frotan.

Cuando cerraba los ojos y me concentraba en hacer que Perro tuviera un tumor maligno con la fuerza de mi deseo, una parte de mí, una parte pequeñísima de mí, imaginaba el momento de contárselo a Davide, la única persona con quien podría compartir semejante nivel de estupidez. Y él, como era su costumbre, me tomaría el pelo. Como cuando me empeñaba en que unas pildoritas de frutas o verduras, algunos remedios homeopáticos autoprescritos, fueran la cura perfecta para alguna molestia física que yo no tenía. La mayoría de mis fijaciones neuróticas me las había quitado él tomándome el pelo.

¿Me curaría también de esto Davide? ¿Bastaría que viniese a mí con la cabeza de Perro en una bandeja? No, había ido demasiado lejos. Nada de lo que pudiera hacer Davide arreglaría las cosas, permitiendo que me recuperara. Ahora me tocaba a mí.

¿Recuerdas que te conté que había ido al bufete de Alessandro, mi amigo abogado? Se trataba de un asunto de multas, Equitalia, lo de siempre. Me había echado a llorar en el baño después de haber hablado con la señora del fular en la cabeza.

Alessandro es un amigo mío de la infancia. Me parece que tú no lo conoces, ¿verdad, Vale? Tiene un par de años menos que yo, y rizos. Los hombres con rizos son una categoría interesante. A menudo tienen la costumbre de enroscárselos en los dedos, incluso de adultos. Alessandro tiene rizos apretados, con algunas canas, pero abundantes. No se los enrosca en los dedos pero es un hombre con rizos, no hay nada que hacer. Parece un crío, en resumen.

No para quieto, y tiene esta graciosa costumbre: mientras habla, se levanta de la silla y se pone a andar en círculos. Se mueve alrededor de la mesa, las sillas, el sillón, el ficus y la yuca del despacho como un salmón, agitando la cola. Es su forma de concentrarse. Cuando tiene suficiente espacio alrededor, hace estas extrañas evoluciones. Usa una pierna como eje. Una minúscula danza.

Tiene una voz bonita y sabe estar en silencio cuando hablas. Te mira y te escucha. Qué maravillosos los hombres que saben escucharte sin hacer nada,

que saben mirarte sin hablar. Siempre nos hemos gustado, creo. Siempre representamos la misma alegre escena de seducción, con frases a medias y divertidas miradas alusivas.

Aquel día, aquel en el que lloré, me preguntó qué me pasaba y le conté un poco. De la separación, de Davide. Sin demasiados detalles. Le dije que era complicado, pero que estaba bien, solo estaba un poco cansada. Él se quedó en silencio, me miraba.

-¿Puedo fumar?

-Claro.

También él se encendió un cigarrillo, después inició su danza de salmón a mi alrededor para explicarme cómo actuaríamos respecto a los documentos que le había entregado. Se trataba de una multa de más de diez mil euros por algo que mi asesor fiscal y yo estábamos seguros de no haber hecho. Algo que tenía que ver con el IRPF de 2002 y que no te voy a explicar ahora. Yo le escuchaba pero no conseguía concentrarme.

Alessandro hablaba, fumaba, se movía y yo oía su voz cada vez más lejana y después también su imagen comenzó a desvanecerse. Como el recuerdo de Clementine en el cerebro de Joel, durante el tratamiento de borrado en la Lacuna Inc. Yo estaba sentada en el sillón del despacho de Alessandro, pero quería agitarme y gritar. En un intento de fijar el recuerdo de Davide, de no dejarlo desaparecer. Quizá temblaba, me sobresalté, en todo caso, debí de hacer algo raro.

-Anna, ¿estás bien?

-Sí, sí. ¿Te puedes sentar, por favor? Me están dando náuseas.

Se rió. También tiene una bonita risa.

Vivía en una alucinación continua, una pesadilla paranoide. La realidad se desenfocaba y detrás aparecía lo que según mi cerebro enfermo era más verdad. Una sensación totalmente nueva para mí. La gente me hablaba y yo imaginaba que estaban aludiendo a cualquier otra cosa. Sobre todo acusaciones, advertencias.

En el nuevo bar -ya no quería volver donde iba con Davide para no tener que dar explicaciones- me encontraba a menudo con un señor mayor. Nos sentábamos en la misma mesa mientras nos tomábamos el café. Un día me dijo que era agente del Mossad. En los días siguientes añadió algunos

detalles. Muchas de las cosas que normalmente no comprendes de tu propia vida no las comprendes porque son investigaciones secretas, dijo. Alguien te está investigando y crea situaciones con las que ponerte a prueba. El amor, por ejemplo. Tú crees que es algo entre él y tú, sin embargo es una tapadera. No siempre, por supuesto, pero puede suceder. Justo, dije yo, porque me ha pasado que... No, dijo él, es mejor que no me hables de eso. Tú crees que puedes fiarte de mí, pero yo soy un agente del Mossad, antes que la buena persona que se sienta delante de ti en esta mesa, ¿entiendes?

Cuando aquel viejo me dijo que mi desastre sentimental podía ser una acción encubierta, no pensé que estuviera loco. Tampoco pensé que tuviera razón, es verdad, pero no lo excluí. ¿Comprendes, Vale?

Quizá tendría que haber ido a terapia, como hacen todos. Quizá así me habría detenido antes y gran parte de lo que te estoy contando no habría sucedido. Pero no lo hice.

Las pocas personas que seguían a mi lado en aquel período estaban desesperadas, me daba cuenta. Mi hermano, por ejemplo. Lo llamaba y de repente rompía a llorar. Él no sabía cómo comportarse.

«Tienes que hacer algo, Anna.»

«¿Qué? ¿Tienes alguna idea?»

«Sal.»

«Salgo, salgo todas las noches.»

«Estupendo.»

«Sí, maravilloso. Me emborracho. Después vuelvo a casa, caigo en la cama y me derrumbo unas horas. Vomito. Vuelvo a dormirme. A las cuatro me despierto. Sudada, vestida, no sé ni quién soy. Y me quedo despierta hasta la mañana.»

«Levántate, ponte la televisión.»

«No tengo tele. Me quedo inmóvil sudando bajo las sábanas y pienso. Siempre lo mismo. Dónde está él, qué hace. Ella folla mejor que yo.»

«¿Ella quién?»

«Perro.»

«¿Quién?»

«Nadie.»

«Anna, te lo pido, déjalo.»

«No puedo. Es una enfermedad. Hasta tiene nombre: anancasmo. Tu cerebro no avanza, se encoge. Tú crees que razonas y en cambio te embrollas. Cada dos minutos vuelves a pensar en lo mismo, o haces el mismo gesto. Como un pez dorado. Horas, días, meses. Siempre allí, como un derviche loco. Vuelta a vuelta, vuelta a vuelta. Pienso que antes o después las imágenes que me pasan continuamente ante los ojos se consumirán. Perderán definición hasta desaparecer, por autocombustión. Si no consigo alejarme, lograré al menos agotar esta mierda de obsesión, descargarla, antes o después.»

Estaba convencida de que no podía distraerme nunca, ni un solo paso en otra dirección. Si sueltas a tu presa, esa pesadilla asquerosa que velas toda la noche, todas las noches, todo habrá sido en vano. Sigue ahí, sigue ahí. Antes o después desaparecerá sola.

Un día mi hermano se armó de valor y me dijo que quizá tendría que buscar a alguien que me ayudara. E incluso tú empezaste a hablarme de psicoanálisis en un determinado momento. ¿Te acuerdas? Y tú y yo, Vale, odiábamos el psicoanálisis.

El psicoanálisis no te cura y te vuelve un engreído egoísta. Solo hay un modo de mejorar: olvidar, olvidarse. Ocuparse de los otros, de lo que pasa a tu alrededor. Devolver la propia vida al mundo. Y el psicoanálisis hace lo contrario. Pagar a alguien para que nos escuche, ¿no es espantoso? Vete a servir la mesa en un comedor de Cáritas, a lavarles el culo a los viejos, a tocar el tambor para que bailen los niños prófugos acampados en los centros sociales. O coge la moto y ve a hacer algo, cualquier cosa, incluso comprar un par de zapatos es mejor que ir al terapeuta.

Pero ¿sabes cuántas veces he llegado a quitar la cadena de la moto y me he quedado así, con la cadena en la mano cinco minutos, antes de echarme a llorar y volver a ponerla porque no era capaz de ir a ninguna parte?

No sé quién te habría dado aquel número de teléfono del lacaniano pero simpático que me enviaste por sms. ¿Te acuerdas, Vale? Era un mensaje estupendo, a saber cuánto lo habrás pensado. Lacaniano pero simpático. ¿Te he dicho alguna vez, Vale, cuánto te quiero? De todas formas, no lo llamé. Ni a él ni a ningún otro.

En cambio, me tomé siete Xanax y medio en total. Me los proporcionó ese amigo mío, ya sabes de quién te hablo. No digas nunca que te lo he dado yo, me pidió.

El insomnio me estaba volviendo loca. Hubiera sido mejor algo para dormir, lo sé, pero no conocía el nombre de ningún somnífero. Nunca habría podido pedir píldoras desconocidas y tragarlas confiadamente. Sin embargo aquel nombre, Xanax, me resultaba familiar, como a todos. Dices estoy tomando Xanax y te sientes parte de una comunidad. Y yo lo que más deseaba era sentirme igual a todos, reconquistar un puesto en la sociedad civil. Todos toman Xanax y están todavía vivos, van de vacaciones a Capalbio, compran *La Repubblica*. Seré buena, no lloraré más, no me echéis. No me veo acudiendo al psicoanalista lacaniano, pero tomaré Xanax, lo juro.

El Xanax, como todas las cosas famosas, funciona. Disuelve la angustia. Bastante rápido además. Lo tomaba por la noche, media pastilla. Me habían recomendado no mezclarlo con el alcohol. El amigo que me lo había dado estaba preocupado, temía que me diera un ictus o un infarto por mezclarlo todo. O que lo usase para suicidarme. Habíamos ido juntos a la farmacia donde él compraba y donde le daban cualquier cosa sin receta. Me había dado todo el envase, pero se veía que no estaba tranquilo. Habría preferido pasarme un par de pastillas cada vez. No me mataré, le dije llorando, quédate tranquilo. Y, por favor, dijo él nada convencido, no bebas con esto.

Las noches eran mejores con el Xanax. Seguía durmiendo poco, algunas horas sueltas, pero estaba más serena. El nuevo problema eran los días. Junto a la angustia, el Xanax se llevaba por delante todos los pensamientos, buenos y malos juntos. Hacía que me sintiera como una idiota vacilante, como esos críos con terribles enfermedades cerebrales. Tenía la sensación de babear cuando hablaba. Me equivocaba de calle con la moto, miraba la pantalla del móvil sin recordar a quién iba a llamar. Me dejé olvidadas dos veces las llaves dentro de casa. En parte era el Xanax, en parte era que, a pesar de las advertencias de mi amigo, yo seguía bebiendo, y cómo. Durante un par de semanas me convertí en Xanax y grapa. Pero todavía estoy viva.

Algunas tardes, agotada por el calor y por mi torpe toxicidad, me preguntaba sin demasiada aprensión si estaría muerta. ¿La combinación de alcohol y benzodiazepina me habría llevado de aquellas accidentadas y sudorosas somnolencias a una muerte misericordiosa?

Sin embargo, yo nunca había pensado en matarme voluntariamente. Por la noche me quedaba horas asomada a la ventana imaginando el mar allá al fondo y contemplando el amanecer sobre la punta de la Pirámide Cestia. Tenía siempre en la cabeza la frase de John Irving que había sido mi mantra desde que, adolescente, había leído por primera vez *El Hotel New Hampshire*. Pase lo que pase, sigue pasando más allá de las ventanas abiertas.

No me tiré desde arriba, no me tomé toda la caja de Xanax de una vez, ni tampoco crucé la calle corriendo con los ojos cerrados.

Un par de meses después de mi primera visita a su bufete, Alessandro me llamó por teléfono para decirme que lo había logrado, que lo había resuelto. No te lo creerás, Vale, pero alguien, al copiar mi declaración de hacienda, había añadido por error un cero y esto había ocasionado una serie de incongruencias en cascada que terminaban con la presunta evasión fiscal.

«¿Todo en orden, entonces?»

«Todo en orden. Podemos celebrarlo. ¿De qué humor estás? ¿Te apetece una cenita?»

«Por supuesto. Estoy mucho mejor.»

«Me lo he encontrado, ¿sabes?»

«¿A quién?»

«A tu exnovio.»

Alessandro había conocido a Davide unos años antes. Sabía que yo estaba con un mecánico y me llamó cuando se le paró la moto. Davide lo ayudó. Después discutieron por algo de la moto. Alessandro recibió con alivio la noticia de que lo habíamos dejado. Y con incredulidad toda mi desesperación.

Creo que por eso me lo contó, para producirme un sobresalto. Se comportaba como esos motivadores que te gritan al oído para hacerte caminar sobre carbones encendidos, me espoleaba, quería despertarme y hacerme comprender lo exagerada que era. O tal vez de verdad no se daba cuenta.

«Estaba con una.»

«¿Sí?»

Dije yo apretando los músculos de la mandíbula. ¿Qué podía hacer yo en esta situación? ¿Fingir un malestar, contraatacar, decirle sí, ya lo sé, está con una, cambiar de tema? Pero me salió aquel sí que le debió de parecer una

invitación a continuar. O, al menos, no una orden perentoria de callarse.

«La conozco. Trabaja en un comercio del Campo de' Fiori, la tienda de ropa usada.»

«¿Sí?»

«Una bobalicona flaca, tipo la mujer de Popeye. No fea. Pero ya la habrás visto.»

«¿Sí?»

«Anda siempre con un perro bajo el brazo, uno de esos perros pequeños.»

«Perro.»

«¿Qué?»

«Nada.»

«¿Todo bien?»

«Por supuesto. Ya lo sabía. Me lo ha dicho Davide. Tenemos una buena relación, ahora nos hemos tranquilizado, nos lo contamos todo.»

«Me alegro. No valía la pena, la verdad. No vale la pena estar tan mal. Las personas se dejan, las historias terminan.»

«En efecto.»

Las personas se dejan, las historias terminan.

En casa tenía una botella de whisky. Después de aquella llamada me la bebí entera, un vaso tras otro. A las diez de la mañana la terminé y me desplomé en el suelo, en medio de la sala. La noche anterior me había tomado medio Xanax. Había sido una noche tremenda, una de esas en las que la ansiedad me hace estallar el corazón.

Me desperté un par de horas más tarde, tirada en el suelo. No podía levantarme. Tenía sed, los músculos flojos y la sensación de tener un cuerpo inmenso. Caliente, como el de un perro cazando. Tenía que beber un poco de agua, pero ni siquiera era capaz de ponerme en pie. Pensé que había sufrido el famoso infarto, el que temía mi amigo. Cerré los ojos.

Volví a despertarme. Había oscurecido. Estaba acurrucada en el suelo. Por primera vez desde que había empezado todo aquello pensé que no sobreviviría. Había llegado al final y ya no me levantaría del parque. Me parecía que tenía las piernas y los brazos separados del tronco, no conseguía

governarlos. Me sentía como un montón de basura tirada al suelo, un trapo.

¿Cuánto tiempo llevaba en aquellas condiciones? Tenía la sensación de que estaría allí para siempre. Me quedaré aquí, acurrucada en el parqué al menos veinticuatro horas. Sonaba el teléfono, oía el pitido de los correos en el ordenador, las tareas de la vida cotidiana continuaban junto a aquel desecho de mí embarrancado como una ballena. Quizá estoy en coma, llegué a pensar. Te veía, Vale, cuando venías al hospital y te sentabas al lado de mi cama. Me colocabas los auriculares y me ponías sin cesar «Pezzi di vetro» de De Gregori, esperando que yo volviera.

La última vez que me desperté estaba en la cama. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, pero estaba vestida. Me levanté lentamente y me fui al baño a ducharme. Me desvestí. Me miré en el espejo de cuerpo entero. ¿Desde cuándo no lo hacía? Tenía los ojos hinchados y la piel de un color espantoso. Recuerdo una arruga muy profunda que atravesaba la frente, tan profunda que no conseguía aplanarla con el dedo. Tenía el pelo corto. Me lo corté cuando Davide se fue la primera vez. No me reconocía. Siempre lo he llevado largo.

Estaba delgada y con el pelo corto.

¿Quién es esa mujer?

Ya no soy Anna.

Me miré en el espejo y pensé que ya no era Anna. Ya no soy la novia de Davide, un poco desgarbada, siempre sin maquillar. Siempre un paso por detrás, para que fuera su atractivo lo que captara la atención. Davide era el guapo.

¿Era el atractivo de Davide la causa de todo?

Acariciaba mi pecho pequeño, la tripa, mi coño depilado como el de una niña. Mi coño liso, la piel clarísima a su alrededor, suave y vulnerable como ninguna otra parte de mi cuerpo. Mi tripa plana, los músculos de las caderas marcados como los de un atleta.

Sin embargo aquel último triángulo, apenas encima de la hendidura entre los muslos, estaba ligeramente redondeado. Una pequeña curva sobre los dos medios albaricoques oscuros y el clítoris rosa en el centro. Pero de pie delante del espejo no veía nada excepto la superficie de la piel, clara. Era como una muñeca.

¿Cuánto hacía que no me masturbaba? Meses, tal vez un año. Había

dejado de hacerlo. Junto con todo lo demás, había dejado también esto. Ya no sentía deseo, ni siquiera un simple deseo, mecánico, como el que proporcionaban mis dedos. Antes lo hacía a menudo. Por la noche en la cama. Para sosegar, para dormirme. Apretaba las manos entre los muslos, me gustaba sentir su calor. A veces solo me acariciaba, otras me masturbaba. No tenía nada que ver con el sexo. Era puro placer. Me gustaba sentir mis manos encima de mí, medir mis orgasmos, jugar. Me masturbaba mirando pornografía en internet, pensando en cosas que habían pasado, imaginándome otras. Antes lo hacía casi una vez al día. Cuando estaba con Davide y también en los períodos en los que follaba por ahí, antes de Davide.

Pero ya me había olvidado de qué era el deseo. Es una sensación que nunca consigues colocar en un punto exacto del cuerpo. El deseo está entre las piernas, en los pezones, en la espalda. Da escalofríos pero también es caliente. Te hace estirar las manos hacia los otros, buscar con avidez, pero también es un modo para sumergirte en un punto esponjoso y húmedo de ti. Es casi siempre una reacción. Un cuerpo, una persona te atrae, tienes ganas de tocarla, de que te toque y esto sucede de golpe. Después se pasa. O folláis y lo extinguéis. Pero el deseo es una parte esencial de tu relación con los otros. Si dejas de desear, el mundo que te rodea poco a poco desaparece. No tienes ningún medio para salir de la soledad. Si no sientes deseo el mundo no es interesante. No es nada, es gente que habla, ruido, gestos incomprensibles.

Yo ya no sentía deseo.

Aquel día, delante del espejo, cerré los ojos y con dos dedos empecé a acariciarme. De repente me vino a la mente la imagen de Perro, del coño de Perro. Me acordé de golpe de la llamada de Alessandro, de todo el whisky que había bebido, del coño de Perro, de cómo me había desplomado, del coño de Perro...

No sentía nada, no conseguía pensar en otra cosa.

Caí de rodillas.

Estaba muerta.

Perro, pues, era la dependienta de la tienda de ropa usada en el Campo de' Fiori. ¿La había visto alguna vez? Me esforzaba en recordar. Una mujer alta y delgada que se parecía a la mujer de Popeye. No fea, pero tampoco guapa.

Davide me había dicho que la había conocido en el taller, le había llevado

una moto, después un coche. Probablemente ahora iría al taller con regularidad, pasaría a recogerlo, se pararía cuando anduviera por aquella zona. Iría a buscarlo para salir a cenar, lo abrazaría y lo besaría. Él la llevaría a los bares y restaurantes del barrio, los mismos a los que me había llevado a mí. Qué pensará el socio de Davide, me preguntaba. Seguro que ya la habrá conocido, quizá hasta los ha visto abrazarse, besarse, exhibir su intimidad. ¿Qué pensaba cuando más o menos las mismas cosas las hacía conmigo? Con menos pasión y entusiasmo, desde luego, pero todavía entonces, cuando pasaba por el taller, Davide me trataba como si fuera su novia, me abrazaba, me besaba, exhibía intimidad.

Odiaba aquel taller ya. Pero Davide siempre me citaba allí, pese a mis protestas. ¿Por no ceder, por fastidiarme?

Me sentía incómoda, tenía la impresión de que su socio, como nuestro amigo común de la frase desafortunada, pensaba de mí que era una pobre desgraciada. Mira cómo sufre, habrá adelgazado quince kilos. Siempre angustiada, con lágrimas en los ojos, un desecho.

¿Por qué todos hacían como si nada? ¿Por qué su socio, aquel hombre gordo con una mujer tatuada en el antebrazo, no venía a decirme que me quería, que Davide se estaba equivocando por completo? Me conocía hacía años, habría sido normal que le disgustara lo que estaba pasando. Y también era normal que pensase que Davide estaba haciendo una tontería. ¿Por qué no estaba disgustado? ¿Por qué nadie estaba disgustado, aparte de mí?

Las personas se dejan, las historias terminan.

Y los amigos pasan de todo.

El aliento amigo que imaginamos en torno a una separación no existe. Puede suceder que algunas hembras se enfurezcan contra algunos machos y por esta razón, solo por esta, fingen solidaridad y desdén. Pero no se trata de ti, se trata de ellas. En cuanto a los varones, se ocupan de sus asuntos, siempre. Por una especie de sentido de culpa genético y por no meterse en problemas. A veces aventuran frases como la de aquel amigo de Davide y mío, que, si se piensa bien, más que afirmaciones son eso que sucede cuando el silencio se prolonga y comprendes que por fuerza tienes que decir algo. Algo al azar. Pero es verdad que lo que no sucede es que los amigos se acerquen a él o a ella a decirles estás haciendo una tontería. Los otros, los

amigos, piensan que cuando dos se separan crean un movimiento, un tema de conversación. Los que se han separado se revelan peores que ellos, y esto también tranquiliza. Piensan y declaran, siempre que el asunto afecte a otros, que se deben seguir las pulsiones, no quedarse aprisionado en una existencia rancia. Que la vida de pareja es aburrida, que el sexo se acaba, que un nuevo amor te hace sentir más joven. Te animan a lanzarte, a dejarte llevar por las emociones.

Todo gilipolleces. Lo único que necesitas en esos momentos es alguien como tú, Vale. Alguien que se siente delante de ti noche tras noche y te mire sin darte ningún consejo.

La dependienta de la tienda de ropa usada en el Campo de' Fiori. No, nunca la había visto, no la conocía. ¿Era famosa? ¿La reina de la plaza? Esa que todos dicen qué buena está la dependienta de la tienda de ropa usada, ¿te imaginas qué pasada tirarse a la dependienta de la tienda de ropa usada? ¿Era más guapa que yo, mucho más guapa que yo, incomparablemente más guapa que yo?

Tenía derecho a verla. Después de todo lo que yo había pasado, tenía derecho a mirarla a la cara y comprender. Iría a verla, entraría en la tienda y le dejaría las fotos de su coño, que ya tendría impresas en papel. Deben de ser tuyas, le diría, y me iría. Me parecía un gesto fuerte pero sobrio, un mutis elegante. Ten, esto debe de ser tuyo. Y me voy. Después desaparecería de su vida y de la de Davide para siempre. No nos conocíamos, no me reconocería, no podía ocurrir nada. Solo un minuto. Entraría, le dejaría las fotos y desaparecería para siempre.

Pero para hacerlo, para que el gesto fuera elegante y sobrio como lo había imaginado, tenía que estar segura de reconocerla. No podía arriesgarme a darle las fotos a otra, a una compañera. Quizá eran dos o tres en la tienda. Todas altas, delgadas y parecidas a la mujer de Popeye. Las tres reinas de Campo de' Fiori. Tenía que ver su cara al menos una vez antes de mi expedición. Habría podido vigilar frente al taller de Davide esperando a verla llegar, pero yo no hacía vigilancias. Estaba en la sombra, como un ratón, y como un ratón seguiría comportándome.

Así pues, fingiendo que era algo sensato, el último, inocente acto de despedida psicológica, me convertí en amiga suya en Facebook. Anna, la amiga de Perro.

No, claro, no lo he hecho con mi nombre. Me elaboré un falso perfil. Elegí la foto de una actriz sin suerte a la que nadie podía conocer. La llamé Francesca Marini, un nombre sencillo que no atrajese la atención. Seleccioné gente entre los amigos de Perro, cuidando que no fuesen también amigos de Davide y les envié una solicitud de amistad. Casi todos respondieron que sí. Cuando acumulé un número de personas suficientes para no levantar sospechas, pedí amistad a Perro. Y esperé. Horas después aceptó.

Ahora tenía acceso a la página de su perfil. Podía leer lo que Davide escribía en su muro. Había algunos vídeos de canciones que él le dedicaba. Entre ellos, también el de la canción que yo siempre había considerado nuestra canción. Había incluso la foto de un libro de fotografías de Steve McQueen que le había regalado yo acompañada de un post escrito por él, una especie de dedicatoria que presuponía una complicidad entre ellos respecto a aquel libro y a aquel actor. Y también cumplidos, comentarios sobre su belleza y algunas frases que, creo, querían demostrar a los lectores de la página que él era el amante en funciones. Ella respondía con malicia, alusiva. Pero era más lista que él, se exponía menos en público.

¿Qué tipo de mujer era Perro? Me lo he preguntado un millón de veces.

¿Se puede juzgar a alguien por lo que escribe en su página de Facebook? No, yo diría que no. Igual que no podían juzgarnos, en el mundo anterior a Facebook, por nuestra mochila: las frases, las chapas, la marca, la manera de llevarla al hombro. ¿O tal vez sí?

He leído sus post, los comentarios de los amigos, sus respuestas: puro repertorio. En su bio escribía: apasionada de la moda, música indie, películas años sesenta. Como estilo de vida había indicado Les Bains Douches. Un local de París de los años noventa frecuentado por famosos donde se iba a esnifar y follar en los privados. Esta elección me aterró. Pero después descubrí que nunca había estado en París y que le gustaban las fotos que había visto en una entrevista a Prince. Anárquica, sentimental y siempre indignada, concluía. A saber contra quién se indignaba Perro.

Facebook, comparado con la mochila, es más normativo. En teoría podrías escribir lo que quisieras, pero si metes la pata te bloquean. Es decir, te destierran, te borran. Desde la misteriosa entidad que lo gobierna y decide qué está bien y qué está mal. Se dice que dentro hay, como en casi todo lo

que nos afecta, secretos algoritmos. Si un número suficiente de usuarios señala un malestar frente a otro usuario, este usuario será tachado. Se trate de una fotografía de una madre amamantando, de una frase racista, de una imagen pornográfica. La justicia ciega. Con ese criterio, nada de lo que exhibíamos en nuestras mochilas habría pasado el examen de una censura, ni siquiera vendada.

Pero la verdadera diferencia son las alternativas. En Facebook se te pide continuamente que elijas: ¿eres así o asá? ¿Con gatitos o sin ellos, hard o soft, de derechas, de izquierdas o el muy popular son todos iguales? Para cada elección hay un catálogo de propuestas. Televisión, películas, música... No me adentraré en la cuestión comercial, el motivo por el que todos nosotros estamos encantados de ofrecer una caterva de informaciones a Facebook, mientras nos molestamos si el camarero nos pregunta amablemente si nos ha gustado el asado.

Facebook te coloca sin cesar frente a una elección, pero, como en un jardín de senderos que se bifurcan, después de cada elección hay otra elección y después todavía otra. Por lo general, los que son todos iguales, como Perro, siguen recorridos parecidos: desde anárquicos, sentimentales y siempre indignados a No Trenes de Alta Velocidad -No TAV-, *Pretty Woman*, Mannarino, Mister Bean, pasando por Salvemos el ex cine Palazzo, Salvemos los Beagle de Green Hill, Salvemos el agua de la privatización, Salvemos los hielos de la Antártida, Salvemos la belleza que a su vez salvará el mundo. Hasta Subsonica, Cure, Balanescu Quartet, Sakamoto, Baricco, Pasolini. Saramago, Murakami, Szymborska. Playas blancas, un niño cualquiera detrás de un alambre de espino cualquiera, unas cuantas de esas frases sobre los hombres que nuestras abuelas habrían bordado a petit point en cuadritos colgados en las paredes de la cocina. *Los Simpson*, *Sexo en Nueva York*, ashtanga yoga, Che Guevara, el papa Francisco, Greenpeace...

Perro era No TAV, Mannarino, Szymborska, pero sobre todo tenía una fijación con su perro. Había fotos de su perro en todo tipo de situaciones. Perro en la playa, Perro en coche, Perro en el parque, Perro con un gato, Perro durmiendo, Perro jugando con un perro enorme...

De ella, en cambio, había pocas fotos. Nada de selfies con morritos, nada sexy. Tampoco fotos de vacaciones en traje de baño. Algunas estaban tomadas dentro de la tienda. Había una con Renato Zero, otra con Mara

Venier. Pero había también una foto de ella en una vieja moto, una Triumph Bonneville. La de Steve McQueen. ¿Estaba allí para excitar a Davide?

Perro. El monstruo, la campeona mundial del polvo.

En ninguna foto se la veía bien. Tenía flequillo y era morena. Seguro que todavía lo tiene. Las mujeres morenas con flequillo son obstinadas, no cambian de peinado con facilidad. Todas creen ser la Valentina de Crepax, o Betty Page. Y en cambio es como si tuviesen barba: todas las mañanas tienen que ponerse delante del espejo para recortarlo, igualarlo, modelarlo. Las mujeres morenas con flequillo -las rubias menos, hay menor conocimiento y altivez en los flequillos rubios, no sé por qué- aprovechan esa cortina oscura para mirarte de abajo arriba. Será por eso por lo que casi siempre tengo ganas de pegarles.

Perro tiene el pelo largo y liso, negro, y un flequillo perfectamente cortado. Se lo recoge de varias maneras, pero siempre con dos mechones cayéndole a ambos lados de la cara. Creo que los lleva así para esconder las orejas de soplillo. No es guapa ni fea, tenía razón Alessandro.

Parecía una mujer normal, como tantas que he conocido en mi vida. Esas que se sienten complicadas y sensibles porque toman el café sin azúcar. No sé si hay un término para definir las. En resumen, de entrada Perro parecía una perfecta gilipollas. Una hija de papá que se las sabe todas. La tienda vintage, la moto de Steve McQueen, las fotos del perro. Joven privilegiada, que solo había salido del barrio de mierda donde vivía para ir al Campo de' Fiori a vender ropa de firma de segunda mano y, probablemente en junio, a Formentera.

Junto a su amistad, me hice con su dirección de correo electrónico. En el perfil de Facebook se pueden añadir algunas informaciones: la fecha y el lugar de nacimiento, las escuelas a las que se ha asistido. De este modo te relacionas con una serie de subgrupos: los que han nacido en Bari, los que han hecho humanidades, los escorpio. Siempre para ligar. Algunos, supongo que con el mismo fin, dejan a la vista su propia dirección de mail.

Con una especie de automatismo, antes incluso de darme cuenta de lo que estaba haciendo, intenté forzarla. Durante una hora, traté de entrar en la cuenta de correo de Perro con todas las contraseñas de Davide, añadiendo un

número del 1 al 10 al principio o al final, cambiando las mayúsculas, incluyendo las fechas de nacimiento de él y de ella (también aparecía en las informaciones de su página). Después pasé a cualquier combinación que se me ocurriese y contuviese la palabra Davide, la palabra amor o sus análogos. Usé frases y títulos de canciones que él le había dedicado, lugares donde sabía que habían estado juntos.

Pasada una hora, me detuve y me di cuenta de lo que estaba haciendo. Un delito penal, entre otras cosas. Pero, sobre todo, algo espantoso. Tampoco entrar en el correo de Davide había sido algo digno, pero al menos nosotros habíamos vivido juntos cinco años. A Perro, en cambio, no la había visto nunca. ¿Qué estaba haciendo? ¿Y qué esperaba encontrar en su correo, si hubiese conseguido entrar de aquel modo absurdo?

Me pregunto si está en nuestra naturaleza tratar de forzar la intimidad de las personas. Intentar entrar en los pensamientos, en el cuerpo de otro, para descubrir si es distinto de nosotros. Si esta manía forma parte de nuestra carga de estupidez, eso que tendremos que aligerar encarnación tras encarnación, o si, por el contrario, el medio nos ha vuelto más idiotas que nunca.

¿Tú crees, Vale, que si no hubiese existido internet me habría comportado de la misma manera? ¿Que me habría puesto una nariz falsa y un impermeable, habría abierto agujeros en el periódico para espiar a Davide debajo de la casa de Perro? ¿Que habría seguido con la moto? Quizá habría contratado a Tom Ponzi, habría permitido que escondiese cámaras y micrófonos en los sitios que él frecuentaba. No, no lo creo.

¿Recuerdas lo que respondió Bill Clinton cuando le preguntaron por qué motivo había comenzado su relación con Monica Lewinsky? «For the worst possible reason: just because I could.» Por el peor de los motivos, porque podía.

También yo pude, con poco esfuerzo. Y cualquiera podría. Es una tentación enorme, mucho más que cuando tenías que salir de casa para seguir un rastro con riesgo de que te vieran. Y la diferencia es el cuerpo. El cuerpo es el único principio de responsabilidad que tenemos. ¿A qué respondemos si no es al dolor físico, a la muerte, al hambre, a la sed, al cansancio?

En cambio, si nos movemos dentro de la virtualidad por completo,

desaparecen todos los frenos, porque desaparece nuestra identidad. ¿Quiénes somos sin los brazos, la cara, la voz? Fuiste tú, Valentina, quien me habló de Giorgio Agamben, de *Homo Sacer*. La vida desnuda, la zoé contrapuesta al bíos, el puro movimiento biológico excluido de estatutos jurídicos y ciudadanías. Ese ser humano, el prisionero del campo de concentración, el emigrante, sagrado e inexistente. ¿Quiénes somos dentro de la red y dentro de qué paradigma moral nos movemos? Sin el cuerpo, es decir, almas desnudas o desnudas nada, ¿contra qué tendremos que chocar para detenernos?

Como recordarás, en aquel período no me preocupaba en absoluto de cómo me vestía. Llevaba siempre los mismos vaqueros y un jersey cualquiera. Tenía el aspecto de una adolescente malhumorada. Precisamente por este motivo, porque no me cambiaba nunca, no me daba cuenta de cuánto estaba adelgazando.

Una noche tenía que ir a cenar con mi padre. Quería ponerme algo elegante. La falda de siempre, pensé. La negra hasta la rodilla. Me la pongo desde hace veinte años. Es perfecta para parecer una buena hija, una buena arquitecta, una buena hermana. Fui al armario a tiro hecho. Me la puse, la abroché en la cintura y se me cayó a los pies. No es que se bajara un poco, es que se cayó, como si dentro no hubiera nadie. Hasta tal punto que el problema no parecía yo, sino la falda. Le habría pasado algo a la tela, se habría dado de sí, habrían cedido los botones. Alguna cosa rara, pero a la falda, no a mí.

Empecé a buscar qué ponerme en el armario. Me probé casi todo lo que tenía, pero todo me quedaba grande. La mujer que podía ponerse aquella ropa no era yo. Como si me hubieran gastado una broma. Como si me hubieran llevado a una casa idéntica a la mía donde la ropa, la ropa que conocía, se hubiera vuelto de una talla gigantesca.

Nunca he estado gorda, lo sabes. Soy alta para la media, peso lo que debo, uso la misma talla de cuando tenía veinte años. Tengo un cuerpo normal, un cuerpo afortunado que no me ha exigido nunca estar a dieta. Pero todos aquellos kilos de menos en un cuerpo que no necesitaba adelgazar habían dejado a una mujer flaca, muy flaca. No fea. Una espada, una yo en esencia.

De Anna había salido aquella nueva mujer. La nueva Anna se me parecía

más que la precedente. Parecía una guerrera. La delgadez me hacía sentir fuerte.

Los sadhu, los santones indios, se inician a través de un largo ayuno. Sin comida y sin agua, después de unos días salen del cuerpo y entran en un estado entre el sueño y la vigilia. Entonces renacen. Y así en todas las religiones. El ayuno purifica, agudiza los sentidos, te hace más lúcido, casi un vidente.

Yo no me había vuelto más sabia pero, en cierto modo, intuía que aquel ayuno y aquel cuerpo me pondrían a salvo. No sería el cerebro, ni la inteligencia, ni un libro. Mi cuerpo me sacaría de aquel infierno.

Me quedé un rato delante del espejo. Mirándome, como unas semanas antes. Aquella vez creí estar muerta. Pero esta vez estaba lúcida, y viva. Me gustaban los huesos que sobresalían en la pelvis, me gustaban las rodillas que se habían vuelto esbeltas como las de una cría. Me gustaban las muñecas, el esternón acentuado como el de las bailarinas, las piernas finas.

Estaba mejor.

Al día siguiente incluso fui a comprarme ropa nueva. Me preparaba para volver a la vida.

Me pasé por la tienda donde siempre compro todo. La dependienta me preguntó qué me había pasado. Hará un año que no te veo. Empecé a probarme vestidos partiendo de una 44, mi antigua talla, y llegué a una 40 escasa. Has adelgazado muchísimo, seguía diciendo la dependienta. Estás bien.

Me sentía muy fuerte.

La ropa les queda mejor a las mujeres delgadas. Estaba elegante, erguida, no era un desecho. Tenía todo lo necesario para entrar otra vez en la sociedad del placer y del deseo. Tenía que dar un paso, un solo paso. Estoy aquí, he vuelto.

Me compré dos faldas, un vestido gris con mariposas, un par de zapatos de tacón rojos y una gabardina. Y una camisa de seda. Ropa de mujer. Una novedad. Siempre me había vestido como una adolescente. De verdad, qué te ha pasado, me preguntó otra vez la dependienta, acercándome el tique de la tarjeta de crédito para firmarlo.

-Nada.

-Quisiera que me sucediese también a mí. Estás de miedo.

Le sonreí y salí con una bolsa llena de ropa nueva, de hembra adulta. No, te equivocas, no estoy de miedo, solo estoy delgada, habría querido decirle. Estoy hecha una mierda. Solo ha cambiado el cuerpo. Pero tengo que curarme.

Bajando por la vía Cavour hacia los Foros Imperiales, pensaba de verdad que casi lo había conseguido, que estaba a punto de recuperarme. Irguiendo la espalda, dando un paso detrás de otro.

Casi lo había conseguido. Pero mientras bajaba, Davide subía en moto. Lo vi. Detrás iba una mujer y estoy segura de que era Perro. También él me vio, me saludó sin pararse. Estaba incómodo, aceleró. La mujer se volvió a mirarme, pero yo me había colado en un portal.

Casi lo había conseguido. Pero llegué a casa y, sin quitarme siquiera la chaqueta, entré en la cuenta de Facebook de Davide. Llevaba un tiempo sin hacerlo, Vale, créeme. Hasta un segundo antes de encontrármelo estaba casi segura de que nunca volvería a aquello. Había incluso borrado toda la cronología de mis búsquedas. Estaba a un milímetro de lograrlo.

Fue espantoso. Tenía las defensas bajas. Como los heroinómanos que se desintoxican y luego mueren por una dosis en el cuerpo limpio e incapaz de reaccionar. Me lancé sobre las líneas como una leona.

Había nuevos mensajes de Perro, me parecían más alusivos que nunca. Yo estaba fatal, sudaba. No podía parar, no era capaz. Sabía que había sucedido algo, lo presentía. Entré en la cuenta de correos y las encontré.

Doce fotos.

Doce fotos nuevas con la fecha del día anterior.

Creo que las habían enviado por WhatsApp, el único sitio donde no lograba entrar. Después él se las había reenviado a su correo electrónico para no perderlas y las había guardado en una carpeta. Error fatal. Si las hubieran dejado dentro de WhatsApp nunca las habría encontrado.

Las nuevas fotografías del coño de Perro eran más elaboradas que las precedentes. Doce, tomadas en otro lugar, con una luz diferente. Ella parecía más adulta. Una tontería, está claro. Seguía siendo Perro y tenía la misma edad, semana más o menos. Pero en estas nuevas fotos mostraba algunos detalles de la cara. Los ojos en negro humo, maquillados como si fuese una geisha, la boca roja de carmín.

Parecían mucho menos inocentes. Aunque se trataba de fotos de genitales expuestos, las otras tenían una especie de candor. Estas no. Eran decididamente más sucias.

Me hacían daño.

Debían de estar hechas en un baño. La pared de una bañera servía de fondo y el suelo era de baldosas blancas. No era una casa, porque pese a haber aumentado, girado, oscurecido y aclarado las fotos, no había aparecido nada que diese la sensación de un lugar vivido. Era un hotel, pero no un hotel de lujo. Parecía más bien un *bed and breakfast* de algún pueblo, tal vez de montaña. Uno de esos con las cortinas y la pareja de toallas lisas, de distinto color.

Perro llevaba una bata de seda rosa con estampado japonés. Esta vez también se había fotografiado el pecho, en una toma desde arriba que llegaba hasta las piernas. El torso de Perro, que veía por primera vez, estaba lleno de lunares de distintos tamaños. Tenía una piel clara y toda salpicada de pecas, sorprendente en una morena. Llamaba la atención un lunar grande muy oscuro a medio camino entre el pecho y el ombligo, a la derecha. Cuando la tensión era demasiado fuerte, me concentraba en aquel lunar y trataba de tomar aliento. Pero la mayor parte del tiempo era su coño lo que atraía toda mi atención.

La diferencia principal, la que en mi imaginación había transformado a Perro de irresistible adolescente en dominatrix era la presencia de objetos. Juguetes sexuales. El problema era que yo nunca antes había visto aquellos pequeños y deliciosos juguetes. O al menos con aquella forma. Cosa que había multiplicado mi angustia.

El uso de los juguetes ya daba a entender por sí mismo una creciente complicidad. Si Perro había mandado a Davide aquellas imágenes en las que se metía cosas en el coño, significaría que meter cosas en su coño era una práctica que ya habían compartido. O pronto compartirían o habían hablado de compartir. Quizá ella, por teléfono, le había explicado con detalle cómo lo hacía y Davide, presa de un orgasmo incontrolable, le había dicho enseñámelo, rápido. Cosas de este tipo. Lo cierto era que Perro no podía haber mandado fotos de aquel tipo arriesgándose a que él las considerase vulgares o, peor aún, poco excitantes. Iba sobre seguro, por fuerza.

Pero lo más grave, lo que convertía aquella complicidad en un vínculo

indisoluble a mis ojos, era que uno de los objetos usados en las fotos me había parecido, después de haberlo contemplado durante horas, una herramienta de trabajo de Davide. Un pequeño utensilio para atornillar y desatornillar, con mango de plástico y punta de hierro como otros muchos de su taller. Aunque yo no estaba segura, la sola posibilidad de que se tratase de una de sus herramientas y que, por tanto, las fotos dieran testimonio de un juego erótico tan perfecto, era como si me apuñalasen.

El otro objeto, en cambio, aunque de forma extraña, podía ser incluso un dildo. Morado, transparente. Un tubo del tamaño de una lata de Coca-Cola, de las nuevas, más largas y estrechas. De aspecto nada realista, no estaba hecho para parecer una polla. Lo curioso era que tenía dentro una especie de tubito conectado con algo externo que podía ser el extremo de un émbolo. Aparentemente tenía la función de una gran jeringuilla que podía dispararle dentro no sé qué. Nunca había visto un dildo con este aspecto.

Durante los siguientes días busqué en la red y en las sex shops, pero no encontré nada parecido. Quizá fuera un objeto creado para otro uso, quizá no era un dildo, me dije al fin. Podía ser un accesorio para decorar tartas o, tal vez, un utensilio de jardín para regar o para rociar pesticidas. Una bomba para traspasar líquidos de un envase a otro, o incluso un instrumento para uso médico. Caminé, miré escaparates de tiendas diversas con la esperanza de encontrar alguna sugerencia, frecuenté foros e hice preguntas tan concisas que temía que en algún momento apareciesen Perro o Davide, preguntando a aquel usuario de nombre raro -lo cambiaba cada vez- cómo cojones conocía ciertos detalles. Lo único que no había hecho era subir la fotografía a la red. Había probado a recortar el cuerpo de ella alrededor, dejando solo el misterioso tubo morado. Resultaron imágenes muy misteriosas, pero las borré.

No todas las fotos mostraban el uso de aquellos dos objetos. Cinco eran parecidas a las anteriores, excepto que en el encuadre aparecía también el pecho o, por lo menos, una parte del torso. Perro sostenía con una mano el móvil o la cámara de fotos, con la otra mantenía abiertos los labios, jugaba con el clítoris, se acariciaba. En cuatro aparecía con el tubo morado y en las otras tres tenía la herramienta para mí aún más inquietante que el tubo. En todas las fotos se veía o entreveía el rostro. Un detalle que significaba ante todo que ella se fiaba más. Había puesto a Davide en una posición de fuerza,

enviándole fotografías hard en las que podían reconocerla. Era señal de algo, de una fase de mayor complicidad entre ellos, quizá.

Pero me sorprendía otro detalle. La cara de ella, que se veía o entreveía siempre, tenía una expresión un poco hosca. No demostraba ningún placer, ningún abandono a aquellas prácticas. Perro se metía aquello dentro con rápida funcionalidad, parecía que, sobre todo, quería demostrar que sabía hacerlo. Como un juego de prestigio. Un desafío. Había algo desdeñoso en aquella mirada. ¿Por qué?

Porque no es fácil fotografiarse en esas posturas, y durante la mayor parte del tiempo buscas más que nada no hacerte daño y ofrecer un ángulo interesante, el más excitante. Pero Perro no estaba preocupada. Perro, en consonancia con el instrumental que exhibía, parecía más bien experta, y dominante.

Entre las fotos con el tubo, había una que me llamaba la atención de manera particular. Las demás mostraban las habituales piernas abiertas a horcajadas sobre lo que seguía pareciéndome el murete de una bañera, y una penetración parcial. La última de las fotos con el tubo, en cambio, la que más me llamaba la atención, mostraba a Perro en cuclillas, con las piernas muy abiertas. Se veían los pies descalzos de puntillas, los tobillos doblados -en uno llevaba atada una cinta roja como las de los seguidores de la cábala, la misma que Madonna y muchas actrices de Hollywood llevan en la muñeca-, los muslos en tensión y el coño en primer plano. En el centro de la imagen, el tubo morado posado en el suelo, vertical. Ella se acuclillaba encima, absorbiéndoselo dentro. Podía también ser un efecto de la luz, pero el tubo parecía suspendido, con los labios de Perro apretados alrededor.

¿Quieres saber cuánto tiempo he fantaseado con esa imagen, Vale? Mejor no, la verdad.

Cuando era muy joven, antes de que internet hiciese inmediata la posibilidad de verificar cualquier cosa, pensaba a menudo en una historia que había oído contar. No recuerdo si la protagonista era una puta famosa o una stripper que se exhibía en público, cosa más probable. Esta mujer, por supuesto de una insuperable belleza y refinamiento, iniciaba su espectáculo desnudándose a medias. Se quitaba zapatos, medias, falda y bragas y se quedaba vestida de la cintura para arriba. Vestidísima, con collares, sombrero

y una americana masculina, para hacer la escena que voy a describir aún más eficaz. Después se sentaba en un taburete, con aquella vestimenta asimétrica, y se encendía un cigarrillo. Del modo en que cualquiera de nosotros enciende un cigarrillo. Solo que un momento después movía el cigarrillo de la boca a los labios mayores y, sentada al borde del taburete, fumaba así, aspirando y soplando con el coño. Me parecía una historia conmovedora, además de impresionante. Aquella mujer que podía usar el coño para fumar, que debía haberse entrenado para hacerlo tras haber descubierto un día que era posible, me parecía un símbolo de la piedad y de la inutilidad de todo gesto, de la propia vida.

Pero el motivo por el que pensaba con frecuencia en esta historia no era solo la poesía. Aquella escena también me preocupaba. Eran los años en que Battiato cantaba «i desideri mitici de prostitute libiche», los deseos míticos de prostitutas libias, «lo shivaismo tantrico di stile dionisiaco», el shivaísmo tántrico de estilo dionisiaco, y «le gesta erotiche di squaw pelle di luna», las gestas eróticas de indígenas piel de luna. Y, como todos, empezaba a pensar que el sexo tenía secretos a los que yo no tenía acceso. Sin duda había músculos cuya existencia yo ignoraba, posiciones, debía también producirse un placer de sobrehumana intensidad en dar y recibir. ¿Qué tipo de deseo sentían las prostitutas libias? ¿Qué podría hacerle a un hombre aquel coño que sabía fumarse un cigarrillo? Lo que yo podía ofrecer en comparación era cero.

Las fotos de Perro, unidas a aquella frase «si tienes la suerte de encontrar a alguien con quien te gusta tanto follar, no vuelvas atrás», me habían devuelto a aquel tiempo de entonces, el de Battiato. Porque aunque sabía que mi coño casi seguro que nunca aprendería a fumar, tampoco estaba segura de saber hacer algo que ahora descubría que otra sabía hacer. Y no otra cualquiera, sino la mujer que con sus cualidades eróticas y su desenvoltura, con su juventud y quizá algo de misterio, había hechizado al hombre con el que yo había follado los últimos cinco años. Una cosa que, ateniéndonos a la última foto, parecía muy sencillo: coger del suelo con el coño un tubo morado del tamaño de una lata de Coca-Cola y levantarlo.

Mientras estaba inmersa en la contemplación de las fotos de Perro, Davide llamó por el telefonillo. Quería que bajase. Estaba fuera de sí, lo noté

en la voz. Debería haberle dicho que estaba ocupada, pero bajé.

Debía de haber descubierto que yo había descargado sus fotos. Debía de haberse dado cuenta de que había entrado en su cuenta de Facebook, quizá con la tensión había olvidado borrar el mail con el aviso de violación. Estaba asustada, pero aquella rendición de cuentas podía ser útil.

Como de costumbre me equivocaba.

Davide estaba furioso porque yo le había hablado a un amigo de nuestra separación, las causas y las culpas. Y, en su opinión, no tenía que haberlo hecho. Eran asuntos nuestros, asuntos suyos. No quería que los amigos pensaran que él era un mierda.

Pero no podía estar furioso por tan poco. Tenía que haber pasado algo más, quizá se había peleado con Perro. O había descubierto la historia de las fotos y no quería decírmelo, quería que se lo dijera yo, tuve tiempo de pensar antes de que explotase todo. Después explotó todo.

No recuerdo cómo comenzó. Él dijo algo irreplicable o yo dije algo mezquino. Que preferiría que no se acercase a mi casa cuando andaba por ahí en moto con aquella pobre desgraciada. Empezamos a gritar. Él me zarandeaba y yo doblé las rodillas y dejé que el peso me arrastrara hacia abajo. Me dejé caer agarrada a la mano con que me zarandeaba. Me quedé de rodillas en la acera, como si le estuviese suplicando. Pero no había súplica alguna, no le estaba pidiendo nada. Simplemente me había quedado plantada allí, terca como una mula. Davide intentaba levantarme, sacarme de la acera. Pero yo no quería, no me levantaría más, simplemente. Lloraba y gritaba, pero no pensaba moverme. Quería seguir allí, de rodillas, para siempre. Estaba tan cansada que deseaba morir, que me diese un infarto, que él me sacudiese con más fuerza para que me abriera la cabeza contra el suelo.

Davide estaba desquiciado. Que me comportase como una mula terca le resultaba insoportable. Me tiraba de un brazo, zarandeándome cada vez más fuerte. Y gritaba. La gente se paraba. Pero nadie hacía nada. Hasta que intervino la policía. Un coche patrulla que pasaba por allí. Les dije que no se preocupasen, que no pasaba nada. Pero no era verdad. Podía pasar cualquier cosa. Estábamos en una jaula pequeñísima, oscura, pegados uno al otro. Nos podíamos matar mutuamente. Un policía cogió a Davide del brazo y lo alejó. La gente seguía allí, parada alrededor. Hasta que el otro policía trató de levantarme y yo grité todavía más fuerte. Alguien me ofreció el habitual vaso

de agua. Davide lanzó contra un árbol el casco de la moto que sujetaba en la mano. Nunca me había visto tan cerca de algo espantoso. Se llevaron a Davide lejos. Después de mucho tiempo, cuando ya se habían ido casi todos, me levanté y volví a casa tambaleándome.

Sabía que habíamos sobrepasado un límite. Y en los días sucesivos hicimos lo único posible, no nos vimos.

Pero cuando no nos veíamos, yo estaba peor. Cuando no nos veíamos, yo pensaba en él todo el día. Si no lo veía, si estaba fuera de mi alcance, si no sabía dónde estaba, seguro que estaba con Perro.

Así es que de vez en cuando repetía algunas acciones, como llamar al número fijo del taller y después colgar, llamar a su socio y decirle que me había confundido de número, pero también, en ocasiones, le preguntaba si Davide estaba allí y al instante lo interrumpía diciendo que no, que no quería que me lo pasase, que era para una tontería y que le llamaría más tarde. Por lo general no estaba, había salido a comprar recambios. Esta frase, comprar recambios, se había convertido en mi pesadilla. La consideraba una excusa, una excusa chapucera e indolente, y me irritaba muchísimo. Cada vez que quien contestaba el teléfono del taller decía aquella frase, pensaba que significaba se ha ido a echar un polvo con Perro pero, compréndelo, no puedo decírtelo.

¿Cuánto follaban aquellos dos en mi imaginación? Siempre, más o menos. Según lo que yo imaginaba en aquellos días, Davide utilizaba cualquier momento libre para ir a follar con Perro. ¿Y dónde? ¿En el probador de la tienda de Campo de' Fiori? ¿Dentro de un coche aparcado en alguna parte? ¿En casa de ella, en aquel barrio al que, desde cualquier punto de la ciudad, se tardaba horas de atasco en llegar?

Aquellos días, los que siguieron a la escena de la calle, fueron los peores. Tenía miedo. No de Davide sino de nosotros. Creo que me quedé encerrada cuatro días en casa después de decirte que tenía gripe. Cuatro días en los que recuperé mis peores hábitos. Bebía, fumaba, pasaba horas delante del ordenador tratando de averiguar dónde estaba Davide y qué estaría haciendo, sin obtener demasiados resultados porque él se había vuelto más astuto. No comía, no dormía, descargaba de internet instrucciones para aplicaciones que podrían violar el móvil del presidente de Estados Unidos. Había encontrado

un sitio de pago que prometía violar cualquier contraseña por medio de una serie infinita de intentos. Tú metías el nombre y la dirección de correo electrónico y aquello empezaba a mover letras y números hasta que daba con la combinación adecuada. Algoritmos. Incluso he descargado Tor, el buscador con el que navegar en la red oscura, pero al final no entré.

Para salir de la angustia tendría que hablar con Davide, pero era imposible encontrarlo. Lo único que no hacía casi nunca era llamarlo, pero si le hubiese enviado un mensaje no me habría contestado. Podía pasarme por el taller, pero después de lo que había pasado me parecía demasiado. Demasiado exponerme ante él. Tenía que buscar el modo de verlo como por casualidad, así, para superar el momento con un abrazo o, al menos, mirándonos sin odio.

Al final, le llamé por teléfono. No me contestó. Le estuve llamando todo el día y no me contestó. Le mandé algunos mensajes, le llamé también al número fijo del taller, pero cuando oyó mi voz, colgó.

Dejé pasar unos días. Tenía que recuperarme, lavarme, comer, dormir un poco. No podía presentarme con aspecto de rehén recién liberado. Hasta fui a arreglarme el pelo. Cuando me sentí preparada, esperé aún unos días. Quería estar segura de no hacer gilipollices. Tenía que comportarme como un asesino profesional. Disparar y huir, sin vacilaciones.

La mañana en que decidí hacerlo me maquillé y vestí bien. No quería aparecer con mal aspecto. Aunque Perro no podía saber quién era yo. Quería que pensara que era una mujer guapa, aunque yo tuviese diez años más que ella. Quería que pensara que en diez años querría ser como yo. Me puse el vestido nuevo, el gris con mariposas y los zapatos de tacón rojos. Cogí un taxi y me bajé en el corso Vittorio. Desde allí me fui andando a Campo de' Fiori.

Los hombres me miraban y no con compasión. Había olvidado lo que era caminar por las calles de Roma vestida como una mujer normal, elegante, atractiva. Frente a la tienda de Perro, en el lado opuesto de la plaza, hay una librería. Me detuve un poco delante del escaparate para tomar aliento. Era el final de la mañana, todavía no habían desmontado el mercado. Caminé entre los puestos, admirando la fruta y las verduras como una turista.

«¡Perro! ¡Perro!»

Al principio no me di cuenta de lo que estaba pasando, pero el perrito había salido de la tienda y había corrido a mi encuentro. Decidido, como si me conociese. Correteaba entre mis pies, ladrando como un loco. Cuando vio que su dueña estaba a punto de pillarlo, se metió debajo de un puesto de fruta. Pero yo fui más rápida y lo atrapé por el rabo. Se volvió contra mí y me mordió la mano con sus agudos dienteillos. Sangraba, pero no lo solté hasta que su dueña me lo cogió de las manos. E incluso entonces lo dejé ir de mala gana.

«Lo siento. ¿Te ha hecho daño?»

«No es nada.»

«¿Quieres un vaso de agua?»

«No, gracias. Un vaso de agua no. Estoy bien.»

«Ven dentro, siéntate un momento. ¿Quieres desinfectártelo? Mientras tanto ponte esto.»

Perro me invitó a sentarme y me dio una venda que tenía atada al cuello.

«No está sucia, no te preocupes. Me la he puesto por precaución. Me he hecho un tatuaje hace poco y tiene que estar cubierto. Mira.»

Se apartó el pelo: tenía un dibujo extraño en la nuca.

«¿Qué es?»

«Es una divinidad sumeria.»

«¿Sumeria?»

«Sí, de los sumerios, son un pueblo de Egipto, mucho antes de los faraones. Es una divinidad del amor. ¿Te has enfadado?»

«¿Por qué?»

«Por Perro. Es tonto. Perdónalo.»

«¡Qué va!»

Me hubiera gustado preguntarle por qué se había tatuado precisamente aquel dibujo, si lo había hecho para celebrar algo especial que le hubiera sucedido o si era una casualidad. Si había elegido aquella mierda de divinidad sumeria en un catálogo, como habría podido elegir una mariposa, o si simbolizaba algo.

«¿La has dibujado tú?»

Le pregunté, esperando que me dijese algo, que me diese una pista. Me miró como si yo fuese idiota, como si el mordisco de su minúsculo y

asqueroso perro me hubiese roto la arteria que llevaba la sangre a mi cerebro.

«Que no, es una divinidad sumeria, ya te lo he dicho.»

Era evidente que la vía de la alusión no funcionaba con Perro. Si quería saber algo, tendría que ser más directa.

«Verás, vamos a hacer una cosa. Pruébate algo, lo que quieras. Te lo regalo.»

«No te preocupes, de verdad.»

«Me gustaría. Venga. Sin prisas. Cuando te encuentres mejor. Perdona un segundo.»

Se alejó. Me quité la venda de la mano. Casi no me había hecho nada aquel asqueroso perro histérico. Solo dos heriditas rojas con la carne un poco hinchada alrededor. Esperemos que no me haya pegado una infección, pensé al levantarme. Perro, desde la puerta, me hacía señas de que me sentara. Le indiqué que estaba bien, que no se preocupara. Ella, entonces, me señaló sonriendo los vestidos colgados, sin dejar de hablar por teléfono. Quería que me los probase y eligiese uno.

Perro. La reina de Campo de' Fiori.

Lo más relevante de su personalidad son los teléfonos móviles. No como función sino como objeto. Mejor dicho, objetos. Tiene tres y los lleva encima. Uno siempre en la mano, a veces dos, y los otros en el bolsillo o muy cerca de ella. Juega, busca información, saca fotografías, escucha música. Alterna estas actividades según un principio indescifrable. Con cada móvil mantiene una relación diferente, en una gama que va de la ternura a la total desaprobación. Le disgustaba uno en particular cada vez que sonaba. Sucedió un par de veces mientras yo estaba en la tienda. Debía tratarse de alguien con quien tenía un contencioso en marcha. Cuando sonaba aquel teléfono, Perro daba patadas a las cosas, miraba al cielo, y no respondía hasta que había repicado varias veces. Volvía de la conversación agotada, como después de una prueba durísima. En determinado momento, cuando salía por enésima vez del probador con un par de pantalones demasiado grandes, traté de crear cierta complicidad, hice una broma sobre los pelmas. Pero ella me ignoró. Sea cual sea el grado de afecto que la liga a sus tres teléfonos, Perro los trata con infinito cuidado. Los coge y los mima como si fueran hámsters. Forman con ella una familia.

La segunda cosa que sorprende de ella es una extraña forma de

indefinición. A pesar de tener un aspecto resuelto y de que se vista de forma decidida, casi agresiva, Perro es un poco imprecisa. Me da pereza incluso describértela, Vale. Alta, delgada, con ese espeso flequillo sobre la frente, se parece a muchísimas mujeres. No sabría decirte si se ha retocado la nariz, o la barbilla, pero, por el motivo que sea, resulta ligeramente difusa.

Hasta cuando la miras y ella camina, o te mira, te parece haberla ya visto millones de veces en los periódicos, por la calle. Pero, cuando empieza a hablar, comprendes cuál es su secreto: una especie de viscosidad. Perro es líquida y pastosa, se introduce en el engranaje de los pensamientos de las personas y los ralentiza. Estar a su lado hace que te sientas lento, como un panda embarazado. Te entran ganas de echarte a rodar por la hierba y chupar bambú todo el día. Las personas a su alrededor se desconciertan. Y no por su atractivo, que no es como para causar desconcierto, sino por esa mezcla de no terminar jamás una frase, permanecer a menudo inmóvil con la boca entreabierta, pasarse la mano por el pelo, acariciar los móviles. Quizá a lo que más se asemeja, desde el punto de vista psicológico, es a un Teletubbie. A uno cualquiera.

¿Cómo será tener a alguien así contigo? Me la imagino como una enfermedad. Algo que te roba toda la energía vital día tras día. Hasta que una mañana te levantas y no consigues ni enroscar la cafetera. Esta indolencia quizá se deba al patrimonio genético, quizá al condicionamiento ambiental. Gracias a su familia, rica desde más de una generación, Perro no debía de estar habituada a ocuparse de nada, excepto de los móviles. Pero en eso ha puesto todo su talento.

La tercera cosa es la obsesión por lo que ella considera elegante, y no siempre lo es. Parecer elegante le importa al menos tanto como ocultar sus orejas de soplillo. «Superchic» es su muletilla favorita.

«Estás superchic.»

Me dijo cuando, al volver a entrar en la tienda, me vio delante del espejo. Me estaba probando un par de pantalones de Donna Karan que, como casi todo, me quedaban grandes.

«¿Sabes a quién te pareces? A esa actriz, esa de Bridget Jones, Renée no sé qué.»

«Me quedan grandes.»

«Ah, eso siempre es buena señal.»

Se acercó para mirar la talla escondida dentro de los pantalones. Yo me aparté. Las bragas, en eso no había pensado. Llevaba unas bragas viejas y gastadas que no podían competir con lo que suponía que sería su ropa interior, sexy y superchic. No le iba a permitir curiosear dentro de mis pantalones. Pero Perro apenas rozó la tela a la altura de la cintura, y con maneras profesionales dijo:

«Una 40, enhorabuena. Ten, pruébate estos. Nadie ha conseguido metérselos, pero creo que a ti te valdrán.»

En la tienda de Perro había vestidos muy bonitos. Piezas singulares de grandes estilistas, ropa puesta una vez y luego devuelta, retirada de sets cinematográficos o de los armarios de ricas damas que probablemente los habían lucido en una sola ocasión.

«¿Quieres un café?»

«Sí, gracias.»

Respondí yo desde el interior de la tienda. El probador era minúsculo y yo temblaba. Cuanto más permaneciera allí dentro, mayores eran las posibilidades de que Davide pasara por la tienda y me pillase. Mi vestido estaba tirado en la silla, cubierto por montones de otros vestidos, chaquetas, pantalones. Tenía que marcharme enseguida. Oía que Perro seguía con sus móviles, que mandaba y recibía mensajes. Yo sudaba, pero había decidido meterme en aquellos pantalones en los que no entraba nadie y lo había conseguido. Si no podía ser la reina de Campo de' Fiori, al menos sería Cenicienta. Me los abroché, pero me costaba respirar.

«¿Puedo ver qué tal?»

Perro, sin esperar mi permiso, abrió la cortina y la sujetó con la mano.

«Estaba segura. Ay, si es que tengo yo un ojo... y no es por presumir. Te quedan de miedo.»

No era verdad. Me quedaban estrechos, no respiraba, pero había conseguido metérmelos y me sentía satisfecha.

«Voy a cogerte la medida para el bajo, Renée. ¿O te lo quieres hacer tú?»

Perro estaba arrodillada a mis pies midiendo el largo de los pantalones. Yo la miraba desde arriba.

«¡Pero qué alta era esta para estar tan delgada! Porque son usados, ya lo sabes, ¿verdad? Están casi nuevos pero son usados. No te da asco, ¿no?»

Veía su cabeza oscura, con una raya perfecta y aquel maldito flequillo. Por el escote de la camisa veía sus minúsculos pechos e incluso uno de los lunares. Y después vi la pulsera.

Vale, ¿te he contado alguna vez la historia del hombre gordo?

Cuando yo era adolescente, existía un hombre adulto, muy adulto y muy gordo. En aquella época, yo llevaba una pulsera de cuero, una banda ancha tipo muñequera. Un día me cogió por el brazo y con un dedo acarició la pulsera de un modo que habría podido considerar sensual, si él no hubiera sido tan gordo y tan viejo. Y si yo no hubiera sido tan ingenua. Por qué llevas una pulsera como esa, me preguntó sin quitar los ojos de mi muñeca. Yo, en ese momento, no supe explicarme aquel gesto, ni dar una respuesta satisfactoria a su pregunta. Creo que dije que me gustaba. Él me miró detenidamente y me dijo sonriendo: ay, pícara, tendría que darte unos azotes. Te lo merecerías. Y se fue. Unos días más tarde me invitó a su casa y yo me llevé conmigo a una especie de noviete. Nos ofreció cocaína. La tomamos, con la indiferencia de los chavales respecto a los hombres gordos y adultos. Él acariciaba mi muñequera, esperando que la cocaína nos hiciera algún efecto. Me decía cosas que no recuerdo, miraba a mi novio de manera ambigua. Pero no sucedió nada. Nos aburríamos los tres, y después de un rato nos metió en un taxi para que volviéramos a casa. Qué coño quería ese cabrón, me preguntó mi novio en el taxi. ¿Es maricón?

Quería que le pegasen, lo comprendí años más tarde. Me lo sugirieron, además. Alguien me dijo que a aquel tipo le gustaba que le pegaran jovencitos, si era posible, en pareja. Que era bueno y amable, pero que solo gozaba arrastrándose a los pies de chicos guapos y bobos como nosotros.

No entendía por qué me había elegido a mí, no tenía yo pinta de que me gustara azotar a los hombres. Después se me ocurrió algo: la pulsera. Entré en un foro BDSM. Tenía razón. Muñequeras, pulseras, cualquier cosa que pudiese simbolizar unas esposas eran una especie de indicación de disponibilidad. Algunas llevaban incluso puntas de hierro, y esas eran las más seguras. Con alguien que lleva una de esas pulseras, explicaba el sitio, podéis estar tranquilos, no os defraudará.

Bajo la camisa vaquera arremangada Perro llevaba una pulsera de esas, con puntas plateadas. Un arma medieval. Un objeto repugnante que no

encajaba con el resto de su atuendo. ¿Era Perro, por tanto, una esclava? ¿O una dominatrix? ¿O quizá una switch, o sea, alguien a quien le gusta representar ambos papeles, según la persona que tiene delante? ¿Y Davide también es un apasionado de prácticas sadomaso sin que yo haya tenido la menor sospecha en cinco años? ¿Sería este el secreto, sería a esto a lo que se refería nuestro amigo con aquella famosa frase? Y, por último, ¿era este el secreto del tubo morado?

O bien Perro, como habría sido más fácil pensar después de pasar media hora con ella, era solo una estúpida, como yo a los dieciocho años, y había elegido aquella pulsera porque le parecía bonita. Más aún, superchic.

«¿Te cogemos el bajo nosotros? ¿Cómo lo quieres?»

«¿El qué?»

«¿Los llevarás con tacones, con botas, con zapatos planos?»

Habría querido decirle que no los llevaría nunca, con ninguna clase de zapato. Porque me quedaban estrechísimos y no lograba respirar. Que los cogía solo para demostrarle que me entraban, y que, aunque le llevaba diez años, estaba tan en forma o más que ella. Y que había sido la novia de Davide cinco años y nos las habíamos arreglado muy bien, incluso sin azotarnos ni colgarnos de ganchos.

«Con tacones.»

Respondí. Por fin una respuesta adecuada.

«Renée, déjame tu número y así te llamo cuando estén listos los pantalones.»

«Se te ha caído esto.»

Me volví.

«Este es Guido, mi hermano.»

Tenía una fotografía en la mano. Una de las fotos que llevaba en el bolso. Debía de haberse caído mientras sacaba la cartera. A pesar de que Perro seguía diciéndome que me los regalaba para disculparse del mordisco del horrible perro, yo había insistido en pagar aquellos pantalones que nunca me pondría. Ahora la foto estaba en la mano de un chico de cara simpática. Era una foto del coño de Perro. Que él sujetaba del revés, sonriendo.

Me había propuesto comprar un sobre para meterlas y cerrarlas en él, pero

me había olvidado del sobre, igual que de mi actitud elegante y sobria. ¿La habría visto? Seguro que sí. Y seguro que habría pensado que era yo, que me fotografiaba para alguien. Era imposible que hubiese reconocido el coño de su hermana con una mirada rápida. Imposible.

Guido ya estaba colocado al mediodía. Cocaína. Sudaba, parloteaba, se partía de risa. Llevaba pulseritas de colores y collares, uno de ellos con un colgante negro en forma de punta de flecha. Casualmente la flecha señalaba un tatuaje en el pecho que asomaba por la camisa abierta. ¿Un búho? ¿Una calavera, una pistola? Qué es ese tatuaje, tendría que haberle preguntado. Desviar la atención hacia otra cosa. Sin embargo, roja como un tomate, cogí la foto que él sostenía aún en la mano.

«¿Cómo te llamas?»

«Giulia.»

¿Giulia? ¿Por qué había elegido ese nombre? No lo recordaría, era el nombre más estúpido del mundo.

«Yo la llamo Renée. ¿Verdad que se parece a la actriz que hizo Bridget Jones?»

«Me voy. Adiós, Giulia.»

«Hasta luego, Guido. Dile eso a papá.»

«¿Qué?»

«¡Acabo de decírtelo!»

«Adiós, Giulia.»

Me repitió, volviéndose hacia mí y sonriendo de forma cómplice.

«C'est pas moi.»

Susurré mientras se alejaba, sin levantar la cabeza. Él se detuvo.

«¿Qué has dicho?»

«Nada.»

El coño que has visto. No es el mío.

Vista de cerca Perro era mucho menos interesante que en mis noches de insomnio, al final del viaje de la bolita azul o en las fotografías de sus partes. Vista de cerca no era una gran generadora de obsesiones. Quizá era hasta graciosa y nada antipática. Solo un poco chiflada.

Mi plan de hacer mutis tirándole a la cara sus fotos no había funcionado.

No era un gran plan, lo admito, pero ella no me había ayudado. Si solo se hubiera mostrado un poco más intensa. Si se hubiese sentido molesta conmigo, o con un poco de curiosidad por mí o por cualquier otra cosa que no fueran sus móviles... No había pathos alguno en ella. Yo no podía hacerlo todo sola. Tendría que ser yo la que crease la situación, la que la desafiase de algún modo, la que hiciera subir la tensión. Buscaba la tragedia, pero Perro parecía hecha a propósito para que todo resultara grotesco.

Había conseguido un par de pantalones horribles y estrechos que se había empeñado en regalarme a toda costa y había despertado en mí un minúsculo reconocimiento. Y había dejado en su hermano cocainómano, Guido, la convicción de que yo era una especie de maníaca sexual. Alguien que andaba por ahí con fotografías de coños en el bolso. Realmente un gran resultado.

Aquella noche, Vale, fui andando a nuestra cita. Llevaba el mismo vestido gris con mariposas y los zapatos de tacón rojos. Cuando me viste silbaste.

«¿Qué es todo esto?»

«¿Estoy mal?»

«Estás muy bien. No pareces tú.»

También el camarero, el que noche tras noche devolvía a la cocina mis platos llenos, asintió.

«¿Dónde has estado?»

«Te dije que iba a ir al dentista y cuando voy al dentista siempre me visto bien porque pienso que si tuviese que morir en la silla o quedarme para siempre con la boca abierta por la anestesia, al menos no tendría que avergonzarme por mi aspecto.»

«Lo puedo conseguir, Vale. Lo deseo. Estoy mejor.»

«¿De verdad?»

«No. No lo sé. De todos modos hoy he hecho una gilipollez, pero es la última, te lo juro.»

«¿En el dentista?»

«¿Qué dentista? ¡Ah, el dentista! Sí.»

«¿Te has echado a llorar? ¿Le has robado dos frasquitos de anestesia y has huido para suicidarte con calma? ¿Te ríes? Entonces es verdad que estás

mejor.»

Un par de días más tarde me llegó al móvil un mensaje de un número desconocido: eres muy fotogénica. Estaba firmado por Guido, el hermano de Perro. Adjuntaba una foto mía cruzando Campo de' Fiori. Unas horas después, otro. Decía que el bajo de mis pantalones estaba listo. Firmado Perro.

¿Comprendes en qué lío me había metido?

Tenía que mantener la calma. Solo tenía que volver a la tienda y recoger los pantalones. Después saldría de allí y no volvería. Perro perdería mi número de teléfono y se comprometería con Davide. Se irían a vivir juntos, tendrían niños y yo me enteraría años después, cuando me los encontrase por casualidad en los pasillos de Ikea.

Recoger los pantalones y desaparecer. Después recuperaría mi vida de antes. Trabajaría en casa todos los días, bajaría de vez en cuando a tomar un café. Engordaría algún kilo, tendría un aspecto suficientemente tranquilizador. Quizá algún día vayamos tú y yo de vacaciones a París, como nos hemos prometido tantas veces.

Entraría, le diría a Perro que con aquella camisa que llevaba estaba superchic. O con aquel vestido o con aquella falda. En todo caso usaría el adjetivo superchic. Le haría un cumplido mientras cogía la bolsa con los pantalones. Y aquella sería la última frase que me oíría pronunciar. Me despediría con una sonrisa. Fácil de olvidar, nada sospechosa. No tendría motivo para hablar de mí con nadie y menos con Davide. Y fin de la historia. En cuanto a Guido, bloquearía su número de teléfono, para no recibir nada más tampoco de él.

Si hubiese realizado aquella sencilla acción, recoger los pantalones, todo se habría resuelto. Recogía los pantalones, me despedía de Perro, volvía a casa, bloqueaba a Guido y todo eso se habría acabado.

Era un día de sol e iba cantando en la moto. Me parecía ser algo feliz y hasta los músculos del cuello estaban menos tensos. Respiraba y me parecía que también había desaparecido aquel ruido de papel arrugado que hacían mis pulmones. Me paré en una tienda para animales y compré un muñeco para el perro de Perro. Una gallina despeluchada de goma, con las patas

levantadas, amarilla, para mordisquear.

Crucé Campo de' Fiori. Caminaba despreocupadamente pero en ese momento Guido salió de un bar con la taza de café en la mano y vino hacia mí.

«¡Giulia!»

«¡Ah! Hola, Guido. Perdona que no te haya contestado pero...»

«¿Vas a ver a mi hermana?»

«Tengo que recoger los pantalones.»

«No está, todavía no ha llegado. Espera, la llamo.»

«No, no. Mira, recojo mis pantalones y me voy. Tengo un poco de prisa.»

Lo dejé allí y entré en la tienda como una furia. La otra chica me reconoció y me dio enseguida la bolsa. Salí casi a la carrera. Me había quedado con aquella estúpida gallina en la mano. Tenía que dejar la gallina e irme, y ya estaba solucionado. Iba a entrar otra vez cuando me llamó Guido.

Estaba con el teléfono en medio de la plaza. Colgó y se me acercó.

«¿Vienes a cenar con nosotros esta noche?»

«Esto es para Perro.»

Dije tendiéndole la gallina.

«Con mi hermana y conmigo.»

«¿A cenar?»

«Sí, lo ha propuesto ella.»

«No lo sé. He quedado con alguien.»

«Tráetelo. ¿Es tu novio?»

«¿Qué novio?»

«El que te traerás esta noche.»

«¡Ah, no! Es un amigo.»

«Menos mal.»

Guido se fue sin esperar mi respuesta, con la gallina en su envoltorio en una mano y el móvil en la otra. Un minuto después me llegó un mensaje: hola, Renée. Nos vemos a las nueve en el hall del hotel de Russie. ¡Ay! ¡¡¡Me parece que Guido se ha enamorado!!! Con varias exclamaciones y algunos emoticonos.

¿Qué debía hacer?

Decir que no, por supuesto. Pero no era capaz, me había descolocado. No estaba preparada para aquella propuesta y temía que si improvisaba terminaría por equivocarme, por hacer algo irreparable. Convencí a Alessandro de venir conmigo. Aunque cuando le dije con quiénes íbamos a cenar me dijo que debía de estar loca.

«Pero ¿ella sabe quién eres?»

«No.»

«¿Estás segura?»

«Ya te lo he dicho, me ha invitado su hermano. Vale, ya voy sola.»

«Es algo perverso.»

«Es una cena. Te juro que después no volveré a verla. Había ido a recoger los pantalones convencida de que sería el último acto. Si no voy será peor, sospecharán.»

«Pero ¿por qué fuiste a verla?»

«No fui a verla, necesitaba unos pantalones. Y además fue antes de que tú me dijese que era ella.»

«Mentirosa.»

«De acuerdo, fue después. Pero me quedan fenomenal.»

«Muy bien, pues entonces te los pones. Y los tacones y el maquillaje y todo. Si voy, quiero verte ganar por mucho.»

«Tiene diez años menos que yo.»

«¿Y qué? ¿Quién es mejor, Elaine o Mrs. Robinson?»

«¿Quién es Elaine?»

A la entrada del Hotel de Russie, en la vía del Babuino, había dos porteros con sombrero de copa y chaqueta burdeos. Sonreían a los clientes y abrían las puertas de los taxis que se paraban delante del hotel. Dos tipos espléndidos, negros, elegantísimos. Somalíes, quizá, esas criaturas con la nariz minúscula y los ojos alargados. Rasgos delicados sobre cuerpos enormes y esculturales. Piernas, brazos, hombros perfectos.

En el centro del hall había una mesa de cristal con una composición de orquídeas. Cientos de orquídeas de colores variados, arregladas para representar algo que yo no conseguía descifrar. Un castillo, un animal, una ciudad. Algo precioso pero también un poco espantoso. Siempre son un poco espantosas las cosas hechas con las cosas, las casitas de pan, los árboles con

forma de animales, incluso las nubes cuando se parecen a algo son un poco siniestras.

Era todo bastante impresionante: los dos negros de la entrada, las orquídeas, un patio con mesas al fondo y el jardín que sube hasta las laderas del Pincio. Alessandro me cogió del brazo.

«Bonito, ¿eh?»

«Alucinante.»

«¿Nunca habías estado aquí?»

«No.»

Perro estaba sentada en una de las butacas cuadradas y blancas del bar, al lado de Guido. Llevaba sus habituales pantalones ajustadísimos, tanto que yo había empezado a pensar que quería esconder alguna cicatriz horrible, pero esta vez con un par de Louboutin negros, con tacones muy altos y plataformas. Con cordones delante, un poco Ann Sullivan, un poco sadomaso.

Todo lo que llevaba Perro me parecía hipersexuado. Pero ¿era verdad? ¿Su objetivo era lanzar una y otra vez señales al mundo mostrando su disponibilidad y predisposición por un sexo violento y ritualizado? ¿O bien se trataba, incluso en el caso de aquellos zapatos y de la postura que estaba escenificando semitumbada en la butaca blanca de bar, tan solo de una proyección mía? Por ejemplo, ¿se daba cuenta Alessandro?

«¿Tú crees que le gusta que le peguen?»

«¿Qué has dicho?»

«Nada. Estoy nerviosa.»

«Y haces bien.»

Mientras nos acercábamos, Perro estaba hablando por teléfono. Al mismo tiempo balanceaba llamativamente una pierna. La suela roja de los zapatos dejaba en el aire una estela brillante que me hacía volver la cabeza.

«¡Renée!», apartó el teléfono de la boca para que no la oyeran. «¿Estás bien? Ahora voy.»

Guido se levantó. Le presenté a Alessandro. Cuando Perro terminó de hablar, se quedó mirándolo. Estoy segura de que nos conocemos, dijo después. Tal vez, dijo Alessandro, tengo una memoria visual pésima,

perdóname. Pero Perro insistía y enumeró locales posibles y luego sitios de vacaciones. Quizá seamos amigos de Facebook, dijo al fin, pero por suerte se dio cuenta en ese momento de que llevaba puestos los pantalones comprados en su tienda.

«Te quedan genial. Estás superchic.»

Yo bajé la mirada hacia las piernas como una niña de seis años y me quedé en aquella ridícula posición demasiado tiempo. Eran solo las ocho y media y no tenía ni idea de cómo terminaría aquella velada.

«¿Sabes a quién te pareces tú? A aquel actor, aquel napolitano.»

«Troisi.»

«Justo, Troisi. ¿Cómo lo has adivinado?»

Alessandro, que probablemente odiaba aquel jueguito de los parecidos al menos tanto como yo, llamó al camarero.

Me había puesto tacones y me había maquillado, pero Perro llevaba más maquillaje y más tacones que yo. Los labios muy rojos, sombra de un morado encendido y muchísimo rímel. Un maquillaje que hacía años que no veía pero que debía estar de moda otra vez. A no ser que fuera un intento suyo de ponerlo de moda nuevamente. Me encanta sorprender y lanzar tendencias era un post de su cuenta de Facebook. Pintada así, su cara era muy diferente. Por la forma en que inclinaba la cabeza a un lado, me daba la impresión de que consideraba aquella mascarada suya un gesto artístico, una toma de posición respecto a la banalidad del mundo.

Sobre los pantalones llevaba dos camisetas de malla largas y anchas, una encima de la otra, ambas muy transparentes. Cuando se movía, quedaban al descubierto a veces los hombros, otras el cuello, o el pecho. Y se movía sin parar. Las mangas de las camisetas, una blanca y otra dorada, se agitaban, y no conseguía ver si todavía lucía en la muñeca la pulsera de cuero con puntas. La llevaba. Pero no me daría cuenta hasta el final de la noche, en las urgencias del hospital.

Pedimos cuatro Bloody Mary y nos los sirvieron con pajitas y un surtido de zanahorias, palitos de jengibre y tallos de apio. Junto al habitual conjunto de recipientes. Los típicos puercoespines de colores acribillados por mondadientes. Aceitunas, frutos secos, petisús, parmesano y otros bocaditos indescifrables. Los pantalones me obligaban a posturas forzadas, pero por

suerte Perro estaba casi siempre ocupada con sus móviles y no hacía caso de nada. Durante un buen rato trató de hacer una foto a escondidas a un cliente que estaba sentado a un par de mesas de nosotros, convencida de que era Jude Law.

Intenté explicarle que no podía ser Jude Law porque hablaba italiano, pero para ella no era prueba suficiente.

«Las celebrity se mimetizan. Son buenísimos. Buenísimos o buenísimas, ¿cómo se dice? ¿Por qué no vas y se lo preguntas?»

«¿Le pregunto si celebrity es masculino o femenino?»

«¡Que no, le preguntas si es Jude Law! Por Dios, Renée, era una broma, perdona.»

«¿Podrías dejar de llamarme Renée, por favor?»

«¿Por qué?»

«¿Quieres que vaya a aquella mesa y le pregunte a aquel hombre, claramente italiano, si es Jude Law?»

«Está bien, podría no serlo, pero si lo fuera sería una estupenda sorpresa. Te sorprendería, ¿verdad?»

«Sí, me sorprendería porque no...»

«Tú no eres una persona que se sorprenda a menudo.»

«Depende. Últimamente me he llevado varias sorpresas.»

«No, me pareces de las que lo tienen todo bajo control.»

«¿Qué dices?»

«Pareces una mujer racional.»

«Si vas a preguntarme de qué signo soy, no lo hagas, por favor.»

«Da igual, ya lo sé. Tengo que ir al baño. Estás un poco nerviosa esta noche, relájate.»

Me tendió las manos para que la ayudara a levantarse. Sus manos. Las conocía muy bien. Entre la palma y el pulgar notaba sus huesos finos, los dedos largos y nudosos que había visto un millón de veces apoyados en el borde de su coño, dentro, alrededor. Hubiera querido olerlos. Eran ligeros, los huesos parecían frágiles como los de un pollo. Se me escabulló.

«No es Jude Law, tenía razón Renée. ¿Vamos?»

Con aquellos zapatos imposibles, Perro caminaba como un flamenco en

estado de shock, uno de los embadurnados de petróleo de alguna guerra. Cruzó el hall apoyándose en el brazo de Alessandro, insegura. En la puerta se volvió hacia nosotros.

«¡Ahora se acabó el caminar!»

Era muy diferente de cuando la había visto en su tienda. La otra vez me había parecido banal, pero sobria. Ahora, en aquel hotel elegante, seguía siendo banal, pero exagerada. Hablaba en voz alta, agitaba los brazos, se volvía para controlar si alguien la miraba. Temí que fuese por mí. Imaginé que aquella excitación se debía a que había descubierto quién era yo de verdad. Que de golpe se volvería hacia mí y me diría: sé de qué signo eres, sé quién eres y sé lo que quieres. Aunque yo misma tenía dificultades para saber lo que quería, estaba segura de que ella lo sabía perfectamente y estaba a punto de gritármelo a la cara. Sin embargo, era la cocaína, como siempre. Cuando en el comportamiento de alguien hay algo muy evidente que no entiendo, por lo general es la cocaína.

Subimos a un coche conducido por uno de los dos magníficos porteros somalíes, que debía haberlo recogido en un aparcamiento. Después se bajó el portero y le dejó el sitio a Guido.

«¿Al EUR?»

Alessandro me miró con cara de es cosa tuya, te lo has buscado.

«Sí, un poco después, pero cerca. Verás como te gusta. Allí rodaron el anuncio de Nike o de Coca-Cola.»

«No querría volver tarde.»

Tampoco yo, tengo una cita después.

Perro tenía una cita, después.

Ha salido a comprar recambios.

No quiere decir una mierda, te quiero.

El coche se abrió a mis pies y me hundía hasta el centro de la tierra, llegué al punto exacto en el que todo se funde y después volví a subir, a sentarme en el asiento un momento antes de que el coche se volviera a cerrar.

Alessandro, a mi lado, se volvió de golpe.

«¿Qué ha dicho?»

«Nada.»

Respondí, esforzándome para que me saliera un hilo de voz; tenía la

mandíbula contraída como si me hubiera tragado un bocado de cemento.

«Has hecho un verso.»

Añadió Perro.

«Tipo un pájaro.»

«¿Un verso?»

«¿Quieres que vaya más despacio?»

«Pues sí.»

Aunque la Colombo estaba desierta, aunque Guido conducía a una velocidad normal, no había frenado, ni había hecho caso, si bien todos parecían satisfechos con mi respuesta. Entretanto le sonó el móvil a Alessandro. En el silencio que se hizo en torno a su llamada recuperé el aliento.

Perro tenía una cita, después.

También Davide en los últimos tiempos de nuestra convivencia tenía siempre una cita, después. Salía, volvía tardísimo. ¿Qué quiere decir que tienes una cita, después? ¿No puedes hacerlo mañana? También ahora, cuando alguien me dice que tiene una cita después, me saca de quicio. ¿Qué necesidad hay de tener otra cita? ¿No te basta con una? ¿Tenemos que llenar las noches acoplando las citas como el pescado y el arroz en el sushi? ¿No sería mejor llevar también a cenar a la persona con la que vas a echar un polvo, o por lo menos a tomar un aperitivo?

El día de mi cumpleaños -esto debo de habértelo contado ya, Vale-Davide me regaló un ramo de flores. Un gesto absurdo. Nunca lo había hecho, nunca lo habría hecho si hubiese pensado en mí como la persona con la que había estado tanto tiempo y no una persona cualquiera que cumplía años. Me dio el ramo de flores y le di las gracias. Con mucho énfasis, como si fuese el regalo que llevaba toda la vida esperando. O lo agredía con una feroz crueldad o lo trataba con la deferencia que habría empleado con la reina Isabel. Nada de naturalidad. Aquel día, después de haber hablado de su ramo de flores como si fuese un diseño original de Étienne-Louis Boullée encontrado en una subasta tras años de búsqueda, le pregunté si podíamos cenar juntos. Si podíamos, ¿comprendes? Mostrando toda mi desesperación.

Davide dijo que sí, pero no tenía ganas. Lo último que yo quería era pasar el cumpleaños sentada en una mesa frente a él, que en ese momento pensaba dentro de poco me voy. Pero ya era tarde y no podía dar marcha atrás. O

mejor: habría podido, pero la verdad es que esperaba que él se presentase a la cita con la cabeza de Perro en la mochila y la posase en la mesa pidiéndome perdón. Aquí está, ten, este es tu verdadero regalo. Pero no sucedió. Nos encontramos en un restaurante cutre. Cenamos deprisa, después se fue. Tenía una cita, después. Me quedé sentada sola un rato. Lloré en silencio, fumé dos cigarrillos. Después cogí la moto y me fui a casa de Perro. Davide estaba allí. Su moto estaba aparcada debajo. Le envié un mensaje: maldito seas por todo el daño que me has hecho. Cumplía cuarenta y cuatro años y pasé aquella noche gritando sola en la ventana. Tapándome la boca sola. A las cuatro, más o menos, pensé que me moría. Pero sobreviví una vez más.

«¿Sí?»

Alessandro estaba irritado. Hablaba en voz baja, esforzándose. Estaba sentado a mi lado, pero no lo oía. Tomé aliento. Cuando colgó, Perro le preguntó si todo iba bien.

«Los líos de costumbre. Siempre tengo problemas con gente cabreada. Quisiera ser animador de un complejo turístico, tirarme a las esposas mientras los maridos juegan al minigolf y disfrazarme de Barbapapá para jugar con los niños. ¿Cuánto falta?»

«Casi hemos llegado. ¿A qué te dedicas, Troisi?»

«Soy abogado, civilista.»

«¡Madre mía, abogados!»

«Porque tú, Guido, ¿en qué trabajas?»

«Déjalo, Guido habla así a causa de las mesas. Ha demandado al Ayuntamiento porque... Bueno, qué rollo de historia, hablemos de otra cosa.»

El local estaba más allá del EUR, en la carretera de la playa. Lejísimos, casi en Lanuvio. Daba a una calle ancha, con mucho tráfico y fea. Tenía ventanales grandes y hierro, en ese estilo industrial por el que todos los sitios parecen una pescadería. Pero este era de verdad una pescadería o, mejor dicho, un lujoso «ostras y champán». El letrero era un símbolo: ().

«¿Cómo crees que se leerá, “entre paréntesis”?»

«Yo creo que “coño”.»

Dijo Guido, y creo que tenía razón.

«¡Qué va! ¡Es una ostra!»

«Que viene a ser lo mismo.»

«¿Una ostra y un coño son la misma cosa?»

Perro no parecía convencida, pero tampoco en total desacuerdo. Fuera había un par de chicos negros, muy parecidos a los que montaban guardia en el Hotel de Russie. De pie, cada uno a un lado de la puerta de entrada, con la barbilla levantada. Llevaban pantalones grises muy ajustados y una camiseta de tirantes con el nombre del local: (). En las orejas tenían minúsculos auriculares con el cable retorcido. Nos miraron e hicieron una señal casi imperceptible que nosotros interpretamos como vía libre. Entramos pasando uno por uno entre los dos, rozándolos como en una performance de Marina Abramović. Rozándolos.

«¿Te gustan los negros?» Dijo Guido, revelándose más atento de lo que yo había imaginado.

«Tengo un amigo que los contrata. Por allí pasan también las mujeres jóvenes. Algunas amigas mías tienen dependencia de los negros. Son como las rusas para nosotros, los hombres. No es por ser racista, pero en mi opinión hay razas que saben hacer unas cosas y razas que saben hacer otras. A los negros les gusta follar todavía más que a nosotros. Y también a las rusas.»

Alessandro, en el que Guido buscaba apoyo con insistencia, estaba callado. Delante de la segunda puerta había una mujer con un cuaderno grande sobre un atril colocado en el centro.

-Mis amigos, por ejemplo, están siempre hablando de coños, sexo, sexo, sexo y después, cuando llega el momento, parece que les cuesta. ¿Puedes creer que de vez en cuando también a mí me cuesta? Sudas, te agitas, debes meter, sacar. ¿Y para qué? En cinco minutos has terminado. En diez, vale. ¿Y después? Yo creo que en unos años ya no practicaremos el sexo. Los hijos los haremos con jeringuillas y todos tan amigos, machos y hembras. ¿No? ¿No es mejor así?

Si de verdad me había invitado porque le gustaba, Guido no hacía más que meter la pata, pero me hacía reír. Su análisis sobre la relación de los hombres contemporáneos con el sexo era perfecta, la exposición algo tosca, pero similar a la que había elaborado yo. Estaba a punto de considerar la hipótesis de que Guido fuera mi hombre ideal, cuando se dirigió hacia la

mujer del cuaderno.

Perro mientras tanto hablaba por teléfono. Estaba tan entretenida con las reflexiones filosóficas de su hermano que no me había dado cuenta.

-Está lleno. Qué putada. ¿Y adónde vamos?

Preguntó Guido volviéndose hacia nosotros, pero Perro hizo con los brazos gestos de que esperásemos. Luego siguió con su conversación, alejándose un poco de nosotros. Alessandro se encendió un cigarrillo y estaba a punto de hacerlo también yo, pero la mujer del cuaderno nos señaló un cartel y nos hizo señas de que saliéramos para fumar. Salir de verdad, pasando entre los dos negros, a la calle. Alessandro ya se encaminaba hacia allí cuando, tambaleándose sobre los tacones, llegó Perro. Fue a hablar con la mujer del cuaderno. Que se había quedado callada, jugueteando con un lápiz y señalándonos de vez en cuando porque no habíamos apagado los cigarrillos y no habíamos salido. Pero después permitió que entrásemos, uno tras otro, e incluso nos sonrió.

«¿Cómo la has convencido?»

«Soy un genio. ¿Verdad, Renée?» Me cogió del brazo y después: «Estos jodidos tacones.»

Un camarero negro, hermano gemelo del de la entrada, nos acompañó a la barra y nos indicó que nos sentásemos en unos incómodos taburetes, en equilibrio, donde podíamos esperar a que quedase una mesa libre.

Pese a la misteriosa mediación de Perro, realmente todas las mesas estaban ocupadas. Parejas, algunos grupos de amigos no muy numerosos, la mayor parte entre los treinta y los cuarenta. Elegantes, ricos, profesionales. Gente que no te esperarías encontrar en un sitio cerca de Lanuvio. Parecía una fiesta privada, con personas que se conocían y se habían citado allí. Cuando nos sentamos, muchos se volvieron a mirarnos.

Al fondo del local se adivinaba un escenario, pero las luces eran bajas. Por uno de los lados corría la barra frigorífica, donde nos habían dejado a nosotros y de la que salía una neblina. En la barra, larguísima, alternaban botellas de Dom Pérignon metidas en hielo y enormes contenedores llenos de ostras. Las más grandes eran del tamaño de la palma de la mano. Mientras Guido me mostraba excitado aquellas criaturas monstruosas que emanaban un olor a mar y limón y una brisa helada, yo me concentraba para no vomitar.

Pensaba en cuánto te reirías, Vale, cuando te lo contase. En todas las veces en que habíamos dicho a coro al camarero: nosotras no comemos pescado. Quizá alguna vez vayamos allí juntas, te llevo a () y bebemos solo champán.

A Perro, en cambio, le habían servido un plato lleno y se llevaba a la boca una tras otra, chupando el molusco y dejando que el líquido le cayese por la barbilla, el cuello, hasta las dos camisetas transparentes superpuestas. Un líquido mezclado con el champán con el que regaba los animalillos antes de tragárselos.

Había muchas especies de ostras diferentes. Te las servían los camareros, todos negros y todos guapísimos, te las servían. Para tomar la comanda, tenían iPads que transmitían la información a los camareros de la barra. Estos ponían en los platos las ostras, eligiéndolas una a una y cogiéndolas con pinzas de plata. Otra categoría de camareros las repartía por las mesas. Cada paso de esta cadena de montaje tenía asignado un uniforme diferente. Aparte de esto, eran idénticos.

Algunas ostras eran más obstinadas que otras. En ese caso venían en tu ayuda los camareros que acudían a las mesas con un instrumento apropiado parecido a la baqueta para el gong, también de plata. Veía al camarero acercarse sonriente y después golpear con habilidad el borde de la concha cerrada, Estimulada en el lugar adecuado, la ostra abría las valvas y entonces alguien metía dentro la lengua y se la tragaba. La sala estaba saturada del olor un poco asqueroso de mar y de sexo que emanaban los moluscos. Un olor fangoso, fuerte. El olor de los cabos enrollados mucho tiempo en las cubiertas de los barcos, de las hojas, de las cosas sepultadas.

Para no llamar demasiado la atención, también yo pedí un plato de ostras. Elegí las más pequeñas porque las suponía con menos sabor y más inocuas. Las probaría e inmediatamente fingiría no tener hambre para continuar. Luego tal vez las devolviera al frigorífico, a su sitio. Pero la triple formación de camareros estaba atenta, no sería fácil burlar su vigilancia.

Chupé la primera ostra de mi vida, conteniendo las arcadas. Se me quedó en los dedos aquel olor y seguía olfateándolo, sin darme cuenta.

Alessandro me miraba y me puse colorada.

«Voy a lavarme las manos.»

Había tres lavamanos, alineados. Transparentes. Cuando ponías las manos bajo el grifo para que saliera el agua, se iluminaban. Diez segundos rojo, después azul, después verde. La señora que estaba a mi lado se miró un rato, creo que temía que se le hubieran teñido las manos de azul.

Detrás de mí entró Perro, a la que le costaba mantener el equilibrio y a la que le irritaba la presencia de una mujer que, después de haber buscado en vano un interruptor para conseguir un poco más de luz, se estaba pintando los labios iluminando el espejo con la linterna del iPhone que sostenía con la otra mano. Cuando por fin, satisfecha con el resultado, salió, Perro sacó del bolso una bolsita de plástico y puso un poco de cocaína en lo que a mí me había parecido una de las jaboneras. Pero no lo eran, aunque ocupaban un lugar similar, a los lados del lavamanos, y se parecían. No tenían ni rastro de jabón, y en cambio estaban ligeramente empolvadas de blanco.

«No, gracias.»

A Perro se le movían constantemente las camisetas transparentes, como un estremecimiento. Hasta que se le deslizaron hasta los codos, descubriéndole la espalda. En aquella penumbra veía su espina dorsal, curvada como el caparazón de un animal, nudosa.

Está muy delgada, pensé al ver su espalda. Larga y delgada. La cintura y las caderas finas, los pies y las manos enormes. Un insecto palo. Se recogió el pelo en la nuca para que no le cayera sobre la cara. Lisos, negros, largos. Como la Barbie de los años setenta.

Tenía ganas de tocarla, de sentir la consistencia de su piel. Quería recorrer con el índice su columna vertebral, quería meterle una mano en el culo. Alargué el brazo. Miré mis manos. Eran delgadas. Las muñecas, las venas. Ahora estaba tan delgada como ella. Quizá incluso más.

¿La odiaba ahora que la tenía tan cerca? Sí, la odiaba. Aunque no me parecía muy diferente de mí. Y no porque fuéramos ambas flacas. Perro tiene diez años menos, esnifa, es una especie de costurera para señoras ricas, tal vez se imagina que se ocupa de moda. Es una idiota, no antipática, vive en un barrio de Roma horrible y opulento, tiene un perro que se llama Perro. Cosas, todas ellas, en las que puedo ejercitar mi sarcasmo. Pero se fotografía el coño y Guido piensa que ese coño es el mío. En todo caso, también yo había fotografiado el mío. Y, además, estaba allí siguiéndola, para estudiarla, para buscar el modo de vengarme, mientras ella no sabía siquiera quién era.

Así que ¿quién era mejor?

Y, sobre todo, ¿éramos de verdad tan diferentes?

¿Sabes, Vale, cuál era la única diferencia incontestable entre Perro y yo?

Que ella no era yo.

Era otra.

Cuando volvimos del baño, Alessandro había conseguido una mesa. Idéntica a las demás de alrededor: redonda, baja, con el mantel burdeos, una lamparita en el centro y cuatro sillas, como en los locales de los gánsters americanos.

Nos sentamos.

«¿Dónde está Guido?»

Pregunté. Perro miraba mi collar con la insistencia de quien acaba de meterse una raya de coca.

«Me gustan tus perlas», dijo al fin, y parecía que articular aquella frase le hubiera costado un esfuerzo sobrehumano. «¿Puedo probármelas?»

Acercó las manos a mi cuello y casi me las arranca. Sus dedos olían a ostras y su aliento olía a moluscos viscosos y a alcohol. Volví la cabeza con repugnancia.

«Mi abuela llevaba perlas.» Se las colocaba sobre el pecho, mirándose en la aplicación de uno de sus móviles. «¿A qué edad te parece que puede empezar a llevar perlas una mujer?»

«Mmm, yo empecé hacia los setenta.»

Perro se rió y mi collar, que no se había abrochado, se le deslizó del cuello al interior de las camisetas, haciéndola reír aún más. Se levantó tocándose por todas partes para pillarlo, como si tuviese un bicho andándole por el cuerpo, pero el collar cayó al suelo. Nos metimos las dos debajo del mantel para buscarlo.

No sería necesario gran esfuerzo, el collar era largo y no podía estar muy escondido, pero allí debajo estaba oscuro y no había espacio para dos. Nos movíamos girando sobre nosotras mismas como cangrejos. Puse por casualidad una rodilla encima del collar y ella dijo aquí está, iluminándolo con la linterna de un móvil. Estiró la mano, pero sin tirar de él porque yo lo tenía sujeto con la pierna. Antes de apartarme, aprovechando que en la

oscuridad y en la posición que estábamos no podíamos vernos las caras, le escupí encima. No un verdadero escupitajo, dejé que de mi boca escurriese la saliva, un hilillo que le cayó en la nuca. No sé por qué lo hice, pero me quedé a gusto. Ella no se dio cuenta, ni siquiera cuando por fin emergimos y nos sentamos de nuevo a la mesa. Entonces, al mirarla, veía aquel grumo de saliva, una lágrima, que le había escupido y que poco a poco le caía por el cuello. Envolví mis perlas en la servilleta, tratando de limpiarlas de las secreciones de ella, de su olor podrido. De repente, Perro se llevó las manos a la cara, se la rascó con fastidio y estiró el cuello como si le doliese y quisiera extenderlo. Creí que se había dado cuenta de mi escupitajo.

«¿Quieres que te lo abroche?»

Preguntó Alessandro viéndome pelear nerviosa con el cierre. Se levantó y se puso de pie detrás de mi silla.

«Estáis estupendos así, ¿puedo haceros una foto?» Perro cogió uno de sus tres móviles alineados en la mesa. «Parecís una de esas fotos de las familias nobles, de esas con lebreles y cortinas detrás.»

«No, por favor.»

«¿Por qué no?»

«No me gusta que me fotografíen.»

«¿De verdad?»

«Voy a buscar a Guido.»

Dijo Alessandro alejándose.

Mientras ella hablaba, me hubiera gustado decirle que tenía mi escupitajo en el cuello y quizá también en la cara. Y que tenía una voz horrible. No eres una estilista, eres solo una costurera de mierda que cose botones en vestidos usados, nunca serás nada más que la hija cocainómana de un rico, estúpida hija de puta. Y solo tienes unos años menos que yo y los llevas mal. Y tu coño no es más bonito que el mío, para nada. Es igual que todos los coños del mundo. Y no te atrevas a fotografiarme porque te parto la cara, subnormal.

Yo había bebido mucho, pero solo champán. Todo me parecía posible. Hasta mi desprecio por ella me parecía elegante, dorado. Me estaba comportando muy bien, estaba segura. Mientras tanto volvió Alessandro.

«Tu hermano se ha hecho amigo de uno de los camareros. Los he encontrado fotografiándose los relojes. Dice que ahora viene. Son todos caboverdianos, también los dos chicos de la entrada.»

Cabo Verde. Debe de ser una isla, pensé. ¿No es ese sitio donde las viejas pagan a los jovencitos para que las follen? Había una película con Charlotte Rampling.

Mientras tanto, habían subido al escenario unas cuantas chicas disfrazadas. Wonder Woman, Cat Woman, la trapecista, María Antonieta, la mujer jaguar. Bailaban al son de la música de «YMCA» de Village People, pero la gente no aplaudía. Parecía un comienzo fallido y Perro se levantó resoplando.

«Voy al baño.»

Dejó los tres móviles sobre la mesa. Los tres juntos, como mandos a distancia. La vista de aquellos tres móviles sin vigilancia me resultaba insoportable. Por el esfuerzo de no alargar la mano, sudaba, temblaba, empezaba a sentirme mal. Me levanté pero Alessandro me puso una mano en el brazo.

«Mira.»

Respiré hondo y dirigí la mirada al escenario, donde se había quedado sola María Antonieta. Mientras se movía alrededor de un palo colocado en el centro, haciendo que revoloteasen las largas faldas y enaguas con increíble maestría, mordía un brioche de forma mucho más que sugerente. Conseguía desvestirse y comer al mismo tiempo, de tal modo que las migas, además de sobre el vestido, se le quedaban adheridas al cuerpo, que, mientras tanto, había desnudado de la cintura para arriba y al que debía de haber aplicado una crema pegajosa. Se acercó a la platea y se puso a cuatro patas delante de una pareja. Contoneándose, les hizo comprender que deseaba que le liberasen las tetas de las migas de brioche. El hombre se levantó de la silla, pero María Antonieta le hizo sentarse de nuevo, señalando a la mujer. Una mujer de unos cuarenta años, en minifalda, con las piernas desnudas y una pulsera en el tobillo, que se le acercó y, con una desenvoltura que dejó a todos pasmados, le lamió las migas del escote.

Cuando se levantó para volver a su palo, María Antonieta se liberó también de la falda y dejó al descubierto unas bragas con la bandera francesa pintada en el culo. La gente aplaudió pero yo no conseguía entender una mierda, sentía solo un mordisco alrededor del cuello y me costaba respirar. No sabía cuánto podría resistir sin rebuscar en los secretos de Perro, repantigada frente a mí. ¿Y si estuvieran protegidos con una contraseña?

Intentaba recordar sus gestos, si había notado que desbloquease los móviles antes de usarlos. Me parecía que no, pero teniendo en cuenta que siempre estaban activos, tal vez Perro no los apagara nunca y por eso no necesitaba desbloquearlos. Temía que Alessandro se diese cuenta de mi ansiedad y me obligaba a mí misma a mirar hacia el escenario. María Antonieta tenía un pecho magnífico. Un pecho perfectamente falso, grande, turgente, el relleno ideal para el corsé blanco que llevaba atado delante. Los pechos falsos son el revés de los sujetadores, están contruidos tomando como modelo un sujetador y, evidentemente, los sujetadores les quedan perfectos. Inmóviles, parecen no rozar siquiera la tela.

«Son falsas.»

Dijo Alessandro percibiendo mi admiración.

«¿Y qué? También la Nutella es falsa y está buenísima.»

«La Nutella no es falsa.»

«Claro que es falsa. ¿No creerás que está hecha de verdad con avellanas?»

«¿Con qué, entonces?»

«No lo sé, con otra Nutella.»

En ese momento uno de los tres móviles recibió un mensaje. Apreté los puños, una descarga de adrenalina me recorrió la espalda. Tratando de que no se notase, moví la silla, estirando la espalda y el cuello. Iba a estirar también la mano a fin de acercar el móvil lo suficiente para poder leer el nombre del remitente.

«¿Qué haces? ¿Me espías?»

Perro había vuelto y se había sentado pesadamente. Leyó el mensaje con indiferencia y respondió con rapidez.

«Pero ¿son falsas?»

Preguntó. Entretanto María Antonieta se había quitado el corsé y sostenía sus enormes tetas de silicona con las palmas de las manos. Eran dóciles como dos cachorros de golden retriever. Se les habría podido pedir cualquier cosa. Incluso que se marchasen y las tetas se habrían despegado sin demasiado alboroto para alejarse bamboleándose. Cuando apartó las manos, el público se puso en pie de un salto. Pero sin demasiada emoción. Los pechos de silicona tienen un único defecto verdadero: una vez desnudados no producen ninguna sorpresa, como cuando desenvuelves algo con forma de libro y

dentro encuentras un libro. Bajo las bragas con la bandera francesa, que se quitaba doblando las rodillas y ofreciendo una mejor vista de sus pechos, escondía un tanga. Tan pequeño que solo lo distinguí con claridad cuando hizo un movimiento frontal a pocos centímetros de nuestras caras. Un diminuto cuadrado de tela color carne.

En aquel momento llegó Guido. Estaba a mi lado, lo sentía vibrar en la silla al ver aquel coño apenas oculto. Sin poder contenerse, estiró las manos hasta mi muslo y lo apretó. Subía por mis pantalones, me acariciaba con fuerza. Alessandro no se dio cuenta. Por primera vez en meses sentí el deseo arder entre mis muslos, lo sentí volver, echárseme encima con el entusiasmo de alguien al que no ves hace tiempo.

Mientras María Antonieta, que gracias a la crema con lentejuelas brillaba como un calamar, inclinaba la cabeza para recibir los aplausos, Perro se puso de pie de golpe. Miró a Guido con aire suplicante y después, doblándose por la cintura, vomitó entre las mesas.

Las personas que estaban sentadas cerca se comportaron con mucha dignidad. Uno de los camareros caboverdianos acudió con un cubo lleno de serrín. Otro recogía todo con una escoba y un tercero pasó con una especie de balanza grande sostenida por una doble cadena de metal. Un recipiente en el que se quemaba incienso. Como un monaguillo, esparció por todo el local aquel humo perfumadísimo. Este gesto, sobre todo, encantó al resto de los clientes, que se sintieron seguros y volvieron a charlar inmediatamente. El local había sido limpiado, desinfectado, incluso, en cierto modo, bendecido. Cat Woman, con un mono ajustadísimo, subió al escenario.

Había sido todo demasiado rápido, lo habían solucionado con demasiada eficacia. Me asaltó la duda de si sería la eficacia de la costumbre. Que no fuese tan infrecuente que la gente allí dentro vomitase entre las mesas.

«¿Y no será que te has intoxicado con una de esas ostras?»

«Las ostras no son tóxicas. Esos son los mejillones.»

«Cállate, subnormal. Me parece que Renée tiene razón.» De repente Perro se estaba poniendo aún más blanca. «Y si uno se ha intoxicado ¿qué tiene que hacer?»

Guido pagó de prisa la cuenta, corrió a buscar el coche y un cuarto de hora después Perro estaba sentada en una silla de ruedas, tras haber vomitado por

lo menos otras cuatro veces, una de ellas por la ventanilla del coche en marcha. Mientras una enfermera de urgencias del hospital de Lanuvio la acompañaba más allá de las puertas cerradas, me confió un relojito. Fue en ese momento cuando vi que todavía llevaba la pulsera de puntas. La enfermera le dijo que no se preocupara, que podría guardar sus cosas en lugar seguro una vez que entrara.

-Quédatelo tú de todos modos. No me fío.

En el exterior del hospital había un jardín muy cuidado, con bancos de madera y grandes ceniceros con arena para apagar los cigarrillos. El hospital estaba en una ladera y delante se veía el mar. Cuando Guido tiró un cigarrillo al suelo, cerca de un arriate de petunias amarillas, se le acercó enseguida una mujer de uniforme para reprenderlo.

«¡Oh! Pero ¿esta qué quiere? Mi hermana está mal, ¿vale?»

La mujer, una esclava con acento muy marcado, le explicó que eso no era razón para no apagar el cigarrillo en el sitio adecuado. Aparte del hecho de que allí todos tenían a alguien que estaba mal, ¿por qué motivo, según él, estaban a la una de la madrugada paseando por el jardín de un hospital?

«¿Qué estás diciendo? No te entiendo cuando hablas. ¡Aprende el italiano, polaca!»

Recogí la colilla aplastada de Guido y la tiré dentro de uno de los ceniceros, excusándome con la mujer, que no sonrió. Más aún, se alejó moviendo la cabeza. Estábamos sentados los tres en un banco como madres en el parque.

«¿Cómo os sentís vosotros?»

Preguntó Alessandro.

«Yo bien. Pero ¿estamos seguros de que han sido las ostras? A lo mejor tiene un cólico. Nunca he oído que alguien se haya intoxicado con ostras.»

«Yo también estoy bien. Pero solo he comido una, sería de verdad la persona más desafortunada de la tierra. ¿Y tú?»

«También bien. Pero ¿por qué has comido solo una?»

«Porque las ostras me dan asco.»

«¡Estupendo! Y no has dicho una mierda.»

«¿Y qué tenía que decir?»

«¿Pues sabéis qué? ¡Celebremoslo!»

Guido sacó del bolsillo interior de la chaqueta una botella de Dom Pérignon todavía cerrada y fresca.

«Me iba a dar una congestión, me afectaba justo al estómago.»

Alessandro y yo aplaudimos, tratando de no llamar demasiado la atención. Él descorchó la botella y cuando nos volvimos para controlar, la vigilante eslava estaba todavía allí y sacudía la cabeza, mientras nos miraba.

«¿Quieres un poco, Varsovia? ¿No? ¡Pues lárgate de una puta vez, venga!»

Nos pasamos la botella en silencio. Teníamos delante el mar y me sentía bien.

«¿Cuánto creéis que la tendrán ahí?»

«Depende. Yo me intoxicé una vez. Es horrible. Te hacen un lavado de estómago y después el gotero para rehidratarte. Depende de cómo se encuentre. Podrían tenerla unos días.»

«¿Queréis un poco?»

Guido sacó del bolsillo un sobrecito transparente con cocaína.

«Atento que esa te controla.»

«¡Que le den! ¿Quién se cree que es? ¿La policía secreta?»

«Quizá deberías dejarlo por hoy.»

«Ya, ¿y quién aguanta a mi hermana cuando salga si no esnifo?»

«Solo una rayita pequeña.»

«¿También tú, Ale?»

Nos preparó dos rayas pequeñas sobre su billetera. Las esnifamos mirándonos a los ojos como amiguetes.

«¡Guido! ¡Guido!»

Soltándose de la vigilante que trataba de llevarla dentro y mantenerla sentada en la silla de ruedas, Perro se había girado hacia la puerta donde la habíamos dejado y nos llamaba. Acudimos los tres. Fumando, con la botella de champán en la mano y sintiéndonos culpables.

«Eran las ostras, creo, pero no me han hecho el lavado gástrico porque dicen que no hace falta. En su opinión, ya las he vomitado.»

Tenía el gotero puesto y lo movía como si fuese un mechón de pelo que le cayera sobre los ojos.

«Oye, Guido, llama a papá. Estos no me quieren dejar salir.»

«¿Y qué le digo?»

«¿Qué sé yo? Dile que mande a alguien para sacarme de aquí.»

«No estás en la cárcel para que tengas que pagar fianza. Si te retienen, quiere decir que creen que todavía estás mal.»

«Pero qué sabrán ellos. Yo no me fío de estos. Estamos en Lanuvio, te das cuenta, ¿verdad? Quiero marcharme. Renée, habla tú con ellos. Dame un sorbo de champán.»

Aprovechando una distracción de la vigilante, se bebió un largo trago de la botella. A continuación nos miró y vomitó sobre los Louboutin, sin levantarse siquiera de la silla de ruedas.

«Nosotros no nos moveremos. Cuando hayas terminado de vomitar, te sacamos de aquí. Pero date un respiro, ¿vale?»

Perro asintió y, de mala gana, dejó que la vigilante, que nos habría disparado encantada, se la llevara otra vez dentro.

Al amanecer Perro estaba abatida, exhausta. Ya en el coche, se me quedó dormida encima. Tenía el maquillaje corrido, el rímel emborronado sobre la mejilla parecía una mosca aplastada. Estaba descalza, llevaba las uñas de los pies pintadas de un burdeos muy oscuro. Los dedos largos, delgados, las piernas desmadejadas en el asiento. Las camisetas se le habían resbalado y tenía aquel lunar, el grande de la tripa, justo delante de los ojos. Visto al natural era menos impresionante, quizá hasta menos grande. Tenía un pecho al aire. Un pequeño pecho blanco con el pezón rosa, bien perfilado. Se despertó y miró por la ventanilla.

«¿Dónde estamos? ¿Por qué me has traído a Pirámide? Sabes que este sitio me da asco.»

Nos sentamos en el bar de la estación Ostiense, el único abierto a las seis de la mañana. Ante nosotros un muro, al lado los que corrían a coger el tren.

Perro llevaba todavía la tirita del gotero en el brazo y se lo frotaba. Su bolso, un bolso de mano pequeño y con correa, lo tenía yo. Dentro, ya lo había controlado, estaba la barra de labios, los tres móviles, un sobrecito de coca y horquillas para el pelo. Además del relojito.

El bolso acabó en mis manos por casualidad. Se había quedado en la silla

de ruedas. Lo recogí, no pretendía esconderlo. Dije en voz alta: el bolso. Ella ni se movió, pero Alessandro me sonrió. Así es que lo llevé bien a la vista durante todo el recorrido y después a mi lado en el coche. Quería que les quedase claro a todos que el bolso lo tenía yo y que me ocuparía de él hasta que Perro se recuperara. Mi objetivo era usar la evidencia para conseguir que todos apartaran su atención de mí. Como la carta robada del cuento de Poe. El bolso estaba expuesto a la vista de todos y era, por tanto, invisible.

Cuando ya nadie estuviera pendiente de él, podría llevármelo tranquilamente.

«Quiero un ACE.»

«Yo creo que no deberías tomar un zumo de naranja después de haber vomitado toda la noche.»

«¡Pero qué naranja el ACE! ¿Es naranja?» Preguntó Perro volviéndose hacia mí y cogiéndome su bolso de las manos. «¿O sea que la A es por la *arancia*, la naranja? ¿Tipo abreviatura?»

«No lo sé, no creo. Creo que es un acrónimo por las vitaminas.»

«Ah, seguro, son las vitaminas. La naranja no tiene nada que ver, estúpido. ¿Un acrónimo?»

«Chicos, me voy a dormir.»

«Vamos, Alessandro, espera. Tómate un café y después nos vamos todos.»

«Si se toma un café luego no duerme. Tómate un zumo tú también. Tomemos todos un zumo, ¡venga!»

La miré muy mal, me parece. ¿Un zumo? ¿Yo? Que cada vez que veía una de aquellas botellas de vidrio pequeñas, con formas extrañas, cada vez que oía la palabra grosella, me sentía desfallecer. Por culpa suya, además.

«Soy alérgica.»

Dijo.

«¿A los zumos?»

«No es exactamente una alergia, pero no los puedo tomar.»

«¿Es una intolerancia? También yo tengo intolerancia. ¿A qué tengo intolerancia, Guido, lo recuerdas? A eso que tiene la leche. Ay, Dios, otra vez me entran ganas de vomitar...»

«¿La lactosa?»

Lo dije en voz alta con la esperanza de que eso la hiciese vomitar de verdad. Todo lo de ella me molestaba. Los zapatos apoyados en una silla, el maquillaje estropeado, las pausas que hacía en mitad de las frases, como si estuviese pensando qué decir cuando simplemente se distraía.

«¿Entonces? ¿Zumo para todos?»

«No para mí, ya te lo he dicho.»

Alessandro me ofreció un cigarrillo.

«¿El primero de hoy o el último de ayer?»

«¡Es verdad! ¿Y qué hago yo que no fumo por las mañanas?»

«No fumar.»

«Pero ahora habéis hecho que me entren ganas. Significa que no es por la mañana y punto. Si no se duerme no ha terminado el día.»

«Yo estuve una vez despierto tres días. Pero había esnifado como un cerdo. Si esnifas los días son diferentes. La historia de las veinticuatro horas ya no funciona.»

«Entonces, ¿qué día es hoy?»

«El primero de nuestra vida sin ostras.»

«No, por favor, Renée, ¡que me ponga a vomitar!»

«Bueno, yo me voy. Dentro de dos horas tengo que estar en el bufete.»

«Voy contigo.»

Alessandro y yo nos íbamos, había terminado. Terminaba así y estaba bien, pero en ese momento sonó uno de los móviles de Perro. Miró la pantalla y con aquel tono suyo maleducado, a un volumen excesivo, quizá porque estaba aún bajo el efecto de los fármacos o simplemente porque es idiota, gritó:

«Davide, ¡vaya par de cojones también tú!»

Y a continuación, sin responder, lanzó el teléfono a la mesa.

No sé explicarte bien, Vale, qué me pasó en ese momento. Oí su nombre saliendo de aquella boca, pronunciado por aquella voz fea, ante personas desconocidas que reían. Me parecía todo asqueroso, todo lo que había sucedido en mi vida durante el último año era un asco y aquella mujer inútil era responsable de una parte importante de aquel asco.

No, Vale, Perro no es igual a mí. Es una gilipollas. Y yo estaba allí, delante de ella. Había esnifado y me sentía bien. Me paré, me di la vuelta y la

miré. Creo que Alessandro no se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Y siguió andando. El bar estaba cerrado por una pared y desde fuera no se veía lo que sucedía dentro. Bueno, creo que fue así, pero cabe la posibilidad de que sí se diera cuenta y me dejara seguir.

Perro me miró como si creyera que me había olvidado algo. El teléfono estaba en la mesa y vibraba. Parecía un insecto al que estuvieran torturando en medio de la indiferencia de todos. En la pantalla aparecía la foto y el nombre de Davide. Me acerqué, lo cogí y lo lancé contra la pared del bar. Después saqué a Perro de la silla con un empujón. La tiré al suelo sobre la espalda y la sujeté con la rodilla. Con una mano le tapaba la boca, porque no quería oír su voz. Todo fue muy rápido. Ella me mordió la mano y yo solté la presa. Pero un momento después le propiné un puñetazo en la cara. La cabeza golpeó el suelo con ruido y le rompí la nariz. Tenía el rostro cubierto de sangre y no hablaba. Guido se levantó de la silla pero estaba quieto, como en shock.

Me aparté. Me dolía la mano derecha, con la que la había pegado. Perro se levantó y huyó descalza hacia la calle, donde tendría que haberse encontrado con Alessandro. Pero no estaba. Después me contó que estaba al teléfono y no se había dado cuenta de nada. Pero no le creo. Yo creo que estaría fumando en la otra acera, disfrutando de la escena. Yo lo habría hecho.

Perro salió del bar y la gente la miraba. Tenía la cara ensangrentada y de pronto se había convertido en algo diferente. Ya no era la mujer sexy, con ropa de firma y un complicado peinado para ocultar las orejas de soplillo.

Era una vagabunda, una drogada que podía haber robado dinero a alguien, a mí, por ejemplo, que la había castigado. Mi puñetazo la había mandado al exilio de la gente de bien. Nadie la ayudaba, nadie se le acercaba. Quizá tenían miedo, pero sobre todo la despreciaban. Al amanecer, en un lugar frecuentado por desesperados, Perro se había convertido en desesperada. Y yo, que la seguía y quería atraparla y hacerle todo el daño que pudiera, había pasado al lado de la razón. Por primera vez en un año la razón la tenía yo. La había tirado al suelo, la había desfigurado. Eso era lo que tenía que haber hecho desde el principio: sacarla del sitio en que estaba. Donde la había puesto yo.

Pero había llegado un momento en que no podía pararme. Me sentía

fuerte y libre como una niña. Sentía las piernas, los brazos, las manos, hasta el coño. Mi cuerpo estaba otra vez allí, con una adrenalina que me hacía reír de felicidad. Y corrí detrás de ella. Como sabes, Vale, yo no soy capaz de correr, prefiero perder el tren a que me vean correr, pero corrí detrás y la alcancé. La cogí de un brazo y se lo doblé hacia la espalda para detenerla. Ella gritaba, le hacía un daño espantoso, pero yo no me paraba. Y cada vez tiraba más fuerte.

Al fin intervino alguien, era Guido. Me apartó de ella, pero tuve tiempo de retorcerle más el brazo. Algo de su cuerpo se dislocó entre mis manos y Perro cayó al suelo, desmayada por el dolor. Todos se inclinaron sobre ella, también Guido. Que me soltó y escapé. Corriendo.

Llegue a casa a la carrera. Entré, estaba sin aliento, abrí la ventana. La ventana de mi casa, desde la que se ve la punta de la Pirámide y al fondo el mar. Cogí el ordenador y lo tiré a la calle. Después me asomé y lo vi destrozado. Me eché a reír. Y mientras reía pensaba: no lloraré más, no quiero llorar más.

Y esta es la historia, Vale. Han pasado seis meses, más o menos. Perro no me denunció. Davide me llamó unas cuantas veces, pero no le contesté. Después dejó de hacerlo y no he sabido más de él. He vuelto a comer, lo bastante como para no entrar en los pantalones que me regaló Perro. Cogí un recipiente de metal, una camisa vaquera de Davide que se había dejado en casa y que todavía llevaba la etiqueta de la tienda de Campo de' Fiori, una botella de alcohol, los pantalones, y subí a la terraza del edificio. Lo quemé todo.

El cuerpo excluye. Se enferma, te deja en mitad de la calle, te aturde. Pero a veces, sin que tú te des cuenta, te pone a salvo, lejísimos.

Durante estos meses he follado con muchos hombres. Unos guapos, otros feos. Tan feos que ha empezado a parecerme divertido. Me preguntabas qué encontraba en eso. Trataba de explicártelo pero no lo lograba. A veces eran las cosas que decían, a veces porque no hablaban. Uno me gustó porque, caminando a mi lado por la calle, llevaba mi mismo paso; otro porque me dijo que no, no vamos ahí, ahí el café es malísimo. De otro me gustaba el pelo, de otro la tripa. Tú no dabas crédito, no conseguías reconocerme y te

divertías. Me decías que no, ¿ese también? ¡Ese no! Pero estabas contenta, lo sabía.

Y también hubo algunas mujeres, y mujeres al mismo tiempo que hombres. Yo te lo contaba. Te lo contaba todo. Las mujeres besan de maravilla y tienen manos pequeñas que saben lo que tienen que hacer. Cómo puedes desearlo todo, me preguntabas riendo.

No lo sé, Vale. Antes no era así. Antes de que sucediese todo lo de Davide. Ni siquiera cuando era adolescente. Ahora me gustan todos. Quizá porque estoy envejeciendo y el tiempo disminuye. Siento piedad por los cuerpos. Una gran piedad y respeto por los cuerpos. Sean como sean y por largo que haya sido el camino recorrido. Estén agotados o sean vivaces y alegres, todos los cuerpos, incluido el mío, me inspiran una gran ternura.

Algunos se salvan rezando, otros tomando medicinas o haciendo terapia. Cada uno es devoto de su propio santo. Yo soy devota de mi cuerpo, que me ha salvado. Y del de los otros.

De todo lo demás, amores y enamoramientos, querría no tener que ocuparme más. Querría evitar esa torpe confianza que nos ingeniamos por crear con las personas nuevas, contando hechos y cosas de nuestra vida, lo felices que éramos de niños, lo que queda de nuestros sueños. Ya no me gusta la intimidad que nos pasamos como una cerilla, cada vez más deprisa para que no se te quede en la mano. Me entristecen los gestos cotidianos siempre iguales y más insulsos con cada nueva relación. Lo he intentado, pero no es para mí.

P. D.

Sé que te lo estás preguntando, Vale, y la respuesta es sí, me tiré a Guido. Solo una vez. Pero no te preocupes, no se lo ha contado a su hermana.

No lo hice como revancha, lo hice porque me apetecía.

Me dijo que la nariz le ha quedado un poco torcida.

Qué pena.